

# EL COJO ILUSTRADO

AÑO V

1º DE AGOSTO DE 1896

Nº III

## PRECIO

## EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

## EDICION QUINCENAL

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4  
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

CARACAS — VENEZUELA

### MONSEÑOR GREGORIO RODRIGUEZ

El venerable Prelado que tan dignamente ocupa hoy la sede diocesana de Barquisimeto, estaba aclamado *in pectore* por el sentimiento cristiano para las altas funciones episcopales. Irradiaban en su frente las luces de la piedad; sus servicios como sacerdote dejaban huella indeleble de amor y de interés por la paz de las familias y el bienestar de los ciudadanos; la discordia desaparecía ante sus pasos; la serenidad de su espíritu se extendía como un aura benéfica á todos sus feligreses, y las olas irritadas de las pasiones apenas llegaban á sus pies. Era bueno, realmente bueno, sin debilidad, pues antes de emplear la razón del derecho ya había conquistado la sumisión por la benevolencia.

De estas prendas y otras muchas del corazón dio testimonio el Pbro. Rodríguez en el ministerio parroquial. La cura de almas que parece tan sencilla y que muchos toman por un beneficio para goces materiales, es una de las tareas más difíciles del sacerdocio. El buen Cura es rector, misionero, consultor, y así en los disturbios públicos como en las disensiones domésticas, la palabra del Cura está llamada á moderar los ímpetus y preparar un desenlace pacífico.

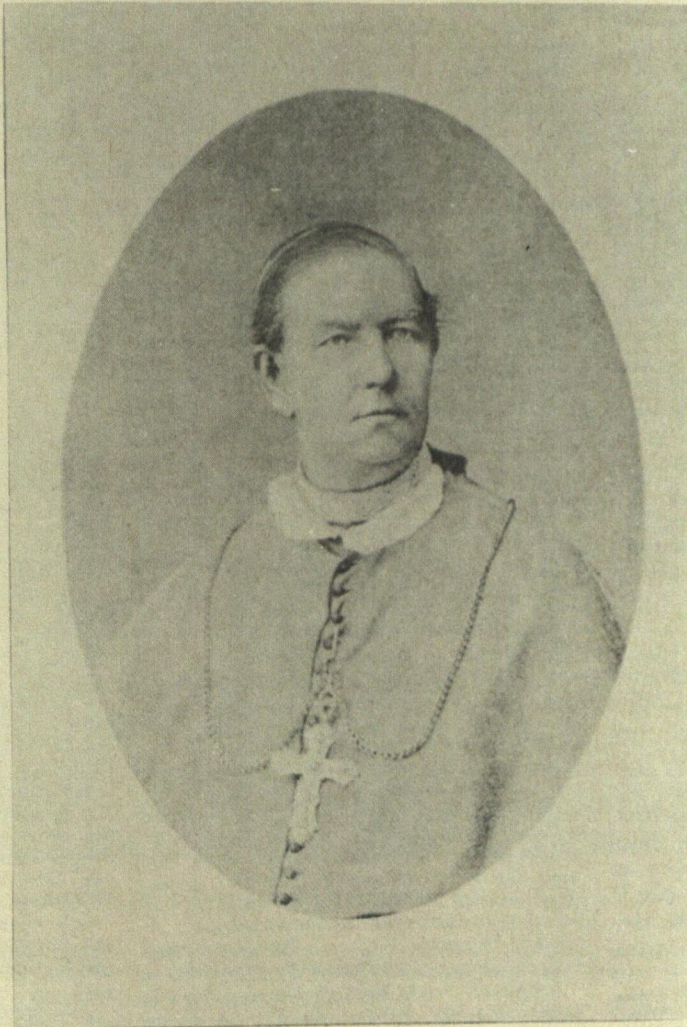
En las tremendas horas, en la hora de la despedida eterna, cuando llora sin lágrimas el semblante y el dolor se extiende en el recinto como una nube de plomo, sólo el Cura puede pronunciar eficazmente la primera palabra de consuelo: él señala el cielo, promete las bienaventuranzas y produce en el alma del enfermo la conformidad y en sus dolientes la esperanza. Cuadro solemne y terrorífico en que el sacerdote revela lo sagrado de su investidura y el poder de la caridad.

La predicación, el buen consejo, el buen ejemplo, la abstinencia de todo placer mundano, la circunspección en el decir y obrar, el alejamiento de los negocios usurarios, la abnegación, el sacrificio en fin por sus feligreses, son deberes á que debe pagar tributo el Cura diariamente. Se nos dirá que esas virtudes son raras y contestamos que es verdad; pero hay quien las tenga y quien las haya practicado todas, sin faltar una; lo que prueba que pueden exigirse.

Y siendo así que los Ministros de la Religión pueden llenar tan altas funciones, es claro que el sacerdote que las llene cumplirá una obra heroica y será reconocido por la Iglesia y por la sociedad como apóstol

del bien y miembro adornado de todos los merecimientos.

Decimos esto porque teniendo convicción de que en los Curatos que estuvieron á su cargo, observó esta conducta Monseñor Rodríguez, es justo que pintemos al buen sacerdote con las virtudes que sobresalieron en



MONSEÑOR GREGORIO RODRÍGUEZ, Obispo de Barquisimeto

él, al mismo tiempo que establezcamos los títulos que sirvieron de fundamento á su elección.

Pasemos por alto esa tierna edad de la adolescencia en que se revela instintivamente la vocación y digamos simplemente que Monseñor Rodríguez la sintió. En sus estudios, costumbres é inclinaciones, notábase esa predisposición del ánimo á lo espiritual y divino. Meditaba y creía; por tanto la moral y la teología le hallaron propicio á las verdades científicas como un terreno preparado para recibir la simiente.

Y como le halagasen sus propios adelantos y la aprobación de Maestros y condiscípulos, continuó su larga carrera con más entusiasmo hasta adquirir el último lauro académico.

Tenemos pues al niño que en el Seminario Tridentino comenzó por las primeras letras, convertido en varón ilustre por los lauros de la ciencia y fuerte por la virtud del sacerdocio, sirviendo al Instituto universitario como cátedrático y á la Iglesia como uno de sus apóstoles.

Bello y feliz fue el término de esta carrera de Monseñor Rodríguez; y rico el tesoro de aptitudes que pudo poner á disposición de esas fecundas tiernas madres, no pocas veces desconocidas, que llamamos Universidad y la Iglesia. A un y otra sirvió Monseñor Rodríguez como hijo cariñoso, como quien paga deuda de gratitud.

Larga es la lista de los destinos que se le confrieron en la Universidad Central y a más los puestos que desempeñó en la carrera eclesiástica pues fue nada menos que Previsor y Gobernador del Arzobispado de Venezuela. Pero donde brillan solas, exquisitas é indiscutibles las virtudes de Monseñor Rodríguez es en el Ministerio parroquial. Con su variedad de modos, constancia inquebrantable y acertadas medidas se le vio cumplir los múltiples deberes que pesan sobre el Cura. Administró, civilizó y concilió, y de esta acción permanente resultaron la paz, la concordia y el fomento del culto. A su entusiasmo y solicitud debe Caracas la erección de la elegante capilla del Cuzco en honor de Jesús.

En una palabra y para poner punto final á esta ya largamente reseñada vida, diremos que Monseñor Rodríguez llegado al puesto culminante en que hoy le vemos por merecimientos que reconocieron los hombres y premió el Cielo.

La Iglesia de Occidente ha sido afortunada. A la gracia tradicional del Obispo de Mérida, que fundaron Arias, teólogo, Unda, patriota, Boset, inocente, agrólogo, Lovera y Silva como eslabones de oro á prolongar la hermosa cadena. En Barquisimeto á Diez, prudente, sucedió Rodríguez progresista.

Dios mira con sus propios ojos la Iglesia de Occidente.



## TIERRA DEL SOL

## I

## BOTON DE ALGODONERO

Floreciendo el cundeamor  
llegaron ¡ay! los turpiales  
á cantar en los maizales  
la venida del amor.

Nunca os habéis detenido á escuchar algún pájaro selvático que en el ramaje ensaye su primer poema? Pues yo, como ese enamorado del follaje, desde un rústico establo, ensayo mis idilios. Hijos son del cielo azul; ósculos que en mi frente va dejando el eterno ideal de mis ensueños,—la Virgen Patria, cuando pienso en ella.—¡Amada ideal, madre fecunda, recibe como trino de turpial este manojito de mis sueños! Bésame en la frente y dame aliento para llevar tu luminoso beso al ánimo enfermo de mis rebeldes hermanos.

Morenas de mi tierra, donde el sol es garúa de oro, y un eterno verano, rival de primavera, conserva floreciente juventud en todo aquello que palpita en los sagrados senos de nuestro Zona de luz: para vosotras, muchachas de la misma razada, es la historia de una hermana vuestra, hija de estos valles, sencilla cual las florecitas del mastro; oliente á salvia silvestre y más incitante que entreabierto cundeamor.....

## I

No oís? Risas y charlas, saltan de matorral en matorral, por las laderas. Son las cojedoras de chamizas que descienden, con la puesta del sol, de las lejanas cumbres. Ved como bajan alboratadas. Ah! pícaro sol! Tuya debía ser la alegría; seguro estoy de que has soltado todas tus avispas de fuego tras sus espaldas macizas.

Ya se vienen muy de cerca; dejan el tope de los Suspiros y se detienen en la loma de los curujujules.... Ay! de ellos, ni uno habrá de quedar para los turpiales, pues la partida gusta de la ácida fruta, como el sol de las mejillas morenas.

Agitan en el aire sus rodetes; hacen señas á sus novios. Oh! trigueñas! tened cuidado, pues cañúas y zarzamoras de antemano se saben que vuestros novios os hacen señas desde el cañaver del río.

Muchachas!—decía la señora Plácida—una vieja chamicera que allá en sus buenos tiempos, también habría buscado nidos en los mogotes.—Siempre saltando. No os entran los consejos. Dejad á los socialadores, sacar su tarea. No corráis; tened cuidado! ¿Adónde va aquélla? ¿La mosquita muerta también tiene sus amorfos! y la otra? Todas! Válganos el cielo, si no hay una muchacha de juicio. Miradlas, pues! como se van con sus haces de chamizas por esos desbarrancaderos! Ah! en mi tiempo!..... Cuando la guerra larga..... Aquellos si eran buenos tiempos; las muchachas eran otras....

Solamente venía haciéndole compañía á la señora Plácida, Paulina, la que en llegando á la cañada del cachicamo, le dijo:

—Cuando coméis curujujules, ¿no os da sed?

—Son tan agrios, que ni los pruebo.

—Pues á mí, muchísima; tengo una, que me muero. Afortunadamente allí hay agua.

—Dónde?

—Allá abajo. En la cañada.

—Ahí puede quedarse.

—Pues yo voy á tomar. Siga andandito, señora Plácida, que nos tropezaremos allí mismito.

Y sin decir más, ganó la cañada, mientras alguien se escurría en el cujusal.

—Paulina! gritó la vieja—buscándola á los lados. Guá! si me he quedado sola.

Oh! muchachas de mi tierra! tomad

curujujules, á ver si vuestra sangre suaviza sus ardores!

\*

—Quién pasa?—Se decían las altas yerbas, balanceando suavemente sus cabezas. Se asomaban asustadas las turcas por encima de sus nidadas, y los negruzcos matos corrían á encuersarse. Paulina y Eusebio, su novio, el arriero que por dos veces al año visita la ciudad de Caracas, iban por el fondo de la cañada, charlando muy juntitos. El rabo de alacrán al verlos pasar, inclina sus espigas estrelladas de azul; al sentirlos, la sensitiva se adormece, y quedan suspensos en las ramas los tordos reales y y los cristofué.

—Eusebio! ¿pasado mañana sales de madrugada?

—Sí; pero bailaremos la llora.....

—Pero los dos solos.

—Con tal que tu mamá no venga con lo del domingo.

—No; yo voy sola.

Así iban charlando, internándose poco á poco en un cafetal vecino, hasta que se detuvieron en un café aislado, tentador, todo rojito, el cual comenzaban á desgranar las nerviosas ardillas. Allí se sentaron; ella sobre su haz de chamizas, inconscientemente dándole vueltas á su rodete; él sobre la yerba, golpeando con su machete los terrones; y se decían lo que se dicen las turcas cuando en una misma rama, toda llena de sol, mutuamente se escarban los buches repletos.

—Paulina, no estés con gazmoñerías!

—Sí; es verdad.... Tú no me quieres!

—Mira! no te quiero! y siento allá dentro una cosa como un hormiguero.....

—Pero ¿por qué te quedas tantos días en Caracas?

—Si el viaje son doce días!

—Sie:pre tú sales ganando.

—Ah! negra! y tú que eres más avispada que una caraqueña.

—Sí, tú las conoces bastante!

—Ni salgo de la ranchería.

—Pues ¿cómo dices que Caracas es muy bonita?

—Porque la miro del cerro.

—Tengo más ganas de conocerla. Dime: ¿cómo es?

—Mira! grandotota. Con más casas y gentes que granos de café se han cojío en la cojienda! Todo el mundo anda vestido, como si fuera domingo. En las iglesias.....esa retratáa de todos los santos! Y la plazota Bolívar, donde está el Libertador en su caballo, con las patas parás y ese hombre montao arriba con el sombrero en la mano. Ese hombre sí que era guapo. Si ese hombre estuviera vivo, no hubieran tantos ladrones! Mira! Paulina! tú no sabes? Caracas! Caracas!.....

—Y que no la conoces!

—Y cuando voy al mercado? Con todas sus tiendas abiertas, guindando de las puertas las chamarras, los camisones..... los cal.....

—Y nunca me traes nada!

—Ay! negra! Si yo pudiera traería todos esos burros quebrándose de corotos.

—De verdad Eusebio? Que sé uno pobre!

—Ver tantas cosas cuando pienso en tí.

—Tráeme un recuerdo.

—Un pañuelo como el de Juana?

—De seda azul!.....

Y estaban muy cerca..... Mirándose en los dormidos ojos de Paulina, Eusebio se quedaba boquiabierto, borrachito, borrachito!...

\*\*

Así como en la grieta de la oscura vertiente, la roja espiga del capacho silvestre se enlaza á la espadaña, y en el conuco el guaracaro, estrechado á la flexible caña del maíz, abre sus morados pensamientos; estos muchachos se amaban con ese amor que in-



L. M. URBANEJA ACHELPOHL

“Que la palma de la gloria pura se incline sobre las frentes más humildes.”

Hace pocos días que en una revista de esta capital dije algo de lo mucho que sobre Urbaneja Achelpohl puede decirse. Desaba que criterio más imparcial que el mío bosquejara aquí el perfil intelectual del ferriente paladín del “criollismo,” pero la Dirección de EL COJO ILUSTRADO quiere cederme ese honor, y no he de desdeñar la oportunidad de trazar cuatro líneas que irán á guisa de apostillas á las notas ya publicadas con motivo del compañero de *Cosmópolis*.

*Botón de algodónero* abre una exquisita serie de cuentos que revelan que Urbaneja Achelpohl en el largo silencio en que ha permanecido en estos últimos meses, ha llenado su alma de ritmos y colores, que su paleta se ha enriquecido con tonos vibrantes, con matices delicados; acaso ahora es que empieza á revelarse su verdadero temperamento antes constreñido por prejuicios de escuela.

Urbaneja tiene hoy la visión de lo que podría llamarse la realidad lírica: de un mundo, en que cada cosa canta y gime como arpa vibradora, *siente* su propia vida, en que cada cosa sugiere una imagen que la completa y un símbolo que la espiritualiza y le comunica un carácter de eternidad.

Escasos son los de la generación que se levanta que se hayan formado una tan noble concepción de la literatura. Para él, el Arte está á punto de ocupar la categoría de religión, y piensa bien, puesto que una emoción estética sentida plenamente, equivale á una plegaria, á una santa aspiración hacia el Ideal.

Acaba de cumplir los veinte y cuatro años. Luchador ardiente va por rutas nuevas bebiendo paisajes con sus ojos, atento á la inmensa palpitación de la naturaleza.

Para su frente no el ático laurel, sino la corona de juncos y flores tropicales.

pone al bravo querrequerre, morir junto á las rejas de la jaula soñando con el copo de las Ceibas.

Es la hora de separarse: la hora triste en que canta el cristofué desde los saucedales de la orilla; la hora en que las cocas dan su solo profundo: sostenida y desmayada nota de un himno colosal, con que las tardes tropicales, despiden á nuestro padre el rojo sol!.....

Acude la hurafia jaguar al llamamiento que desde el lejano enmarañado bosque le hace el jaguar celoso; la vacada, al viejo toro padrote le muge sus querellas; la ní-cua, al aleteo de las nocturnas mariposas, despliega el cáliz de sus blancas flores; la tierra se adornece; todo cede..... Paulina se doblega sobre el musculoso pecho de su Eusebio, como lirio salvaje, cojido entre dos vientos.

Verdes tallos; jóvenes retoños, que brotásteis del rugoso tronco esta mañana: Miradlos! Eusebio la llena de caricias; suaviza con su callosa mano los crespos cabellos de Paulina. Se miran con esa vaguedad infinita, con que las jóvenes almas se van lejos, muy lejos, á perderse en el país del ensueño.

Rosas moradas de apamate; rosas de fuego de araguaney; rosas blancas de guaya-cán; voluble motón de ceiba; rosa de algodónero, casa del sol!... No oís? No oís? Se besan! Flores rojas, símbolo del amor: ha comenzado la desbotonadura de dos jóvenes almas! Gajo de café graneado, esmaltado de rojo: ¿por qué te balanceas por encima de sus cabezas? No ves cómo entristecen...? Han descubierta, en una de tus ramas, el esqueleto de un nido! Algo muy frío ha bajado hasta el fondo de sus corazones. ¿No ves cómo se estrechan más y más? Es que un nido vacío presagia cosas dolorosas! Y ellos temen, sin poderse explicar, que, así como á las plumas descoloridas y á los ramos secos, se lleve el viento del olvido sus caricias. Oh! agüero! has logrado tú lo que nunca pudo ese licuado sol que corre por las venas de las muchachas del trópico, ayudado de la eterna estación dominante en las comarcas en donde viven en perpetuo florecimiento tarales y cundeamores.....!

\*\*

Ya, hasta el sol de los venados se había escondido, y en la masa oscura de las sombras, se veían, como ojillos de luz, á los cocuyos, cuando, sobresaltados, se pusieron en marcha al cercano caserío. Paulina, llena de ocultos temores al separarse de Eusebio, huía de las sombras, que al parecer

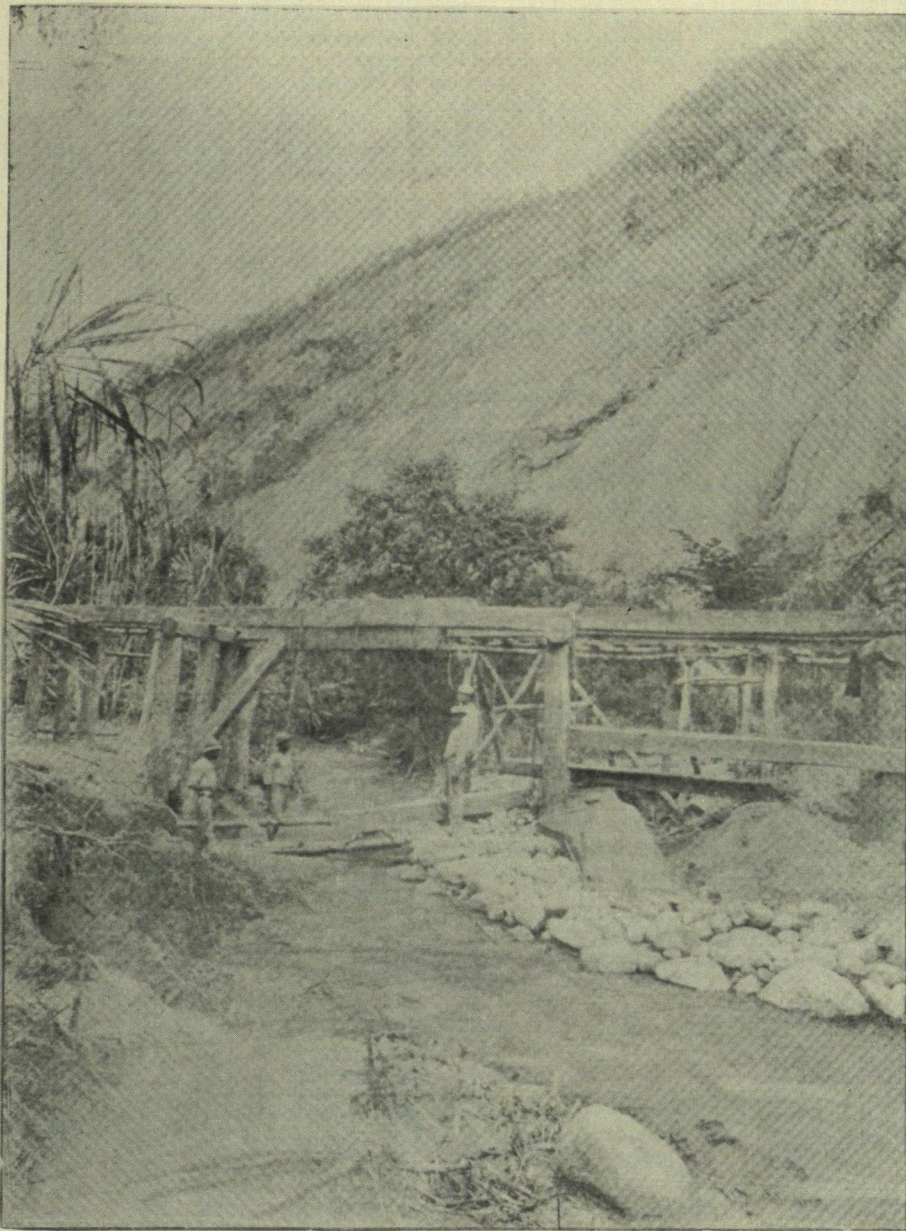
se descargaban de los árboles echándose sobre barrancos y sementeras: alejábese por aquellas veredas, que á diario recorría perseguida del sol, atolondrada y feliz; y en las cuales dejaba recuerdos de su primer afecto; ya en los recodos; ora entre las parchas silvestres, á cuyos morados cálices

arrollados los calzones hasta más arriba de la rodilla. Al pisar la yerba húmeda, á su asentado paso, levántasen y alborotan bandadas de capanegras y canarios. Cuando llegan al "Valle de la Paloma," que es un gran canjilón entre dos cerros, se abren en ala, distantes unos de otros pocas calles de café tupidas de altas yerbas, y á una voz del caporal, los doce echan sobre la yerba el garabato, y simultáneamente caen centellando en el aire los machetes. Siempre adelante la columna avanza; y al monótono compás de las hojas aceradas, deslízase ligera la macagua: enfurecidos los negros bachacos, contra aquellos asaltos á las yerbas, que en su caída desmoronan el hormiguero, de firme cargan sobre los desnudos pies y las gruesas pantorrillas. Más, los socialadores van sobre el repecho alegres, decididos: ya cantando, ora silbando, detiéndense á echar un trago siempre que el cansancio los fatiga; entonees la tapara con amargo de cidra ó yerbabuena va de mano en mano; y luego ellos, vuelven al trabajo sudorosos, siempre alegres como el locuaz pájaro azul de la selva americana.

\*

A la fresca mañana se suceden aquellas horas en que el sol, de llano, cae sobre la tierra: reposan los grillos entre las yerbas, y las aves, abierto el abanico de su cola, esconden la cabeza bajo el ala. Los socialadores, después de su frugal almuerzo, se tiran sobre la yerba panza arriba; echan sobre los ojos el amplio sombrero de cogollo y se entregan á dormir la siesta. Antonio, el caporal, gozaba la suya en un mullido mogote, cuyos flexibles altos tallos ya tienen dorada madurez, cruzadas las manos bajo la nuca. De repente, desperezándose, desde allí mismo, comenzó á decir á sus compañeros, haciéndose la señal de la cruz:

—Padre, Hijo y Espíritu Santo me acompañen!  
Cuando á uno lo cojen las pesadillas no puede pescar ni un sueñito.  
—Qué soñabas? preguntáronle los socialadores.  
—Ahorita mismo? Con una cascabel, que se me venía encima con la boca abierta, y los ojos echando candela y sonando los cascabeles.  
—Enredo! dijeron los socialadores. ¿La mataste?  
—Qué iba, si salió corriendo?  
—Pues ¡ojo alerta!  
—Y á noche con aguas revueltas.....



PUENTE "CAMARILLO" EN EL FERROCARRIL DE SABANA DE MENDOZA Á VALERA [Estado Los Andes]

temblosos, como senos virginales, acuden á emborracharse de amor los negros cigarrones zumbadores.

II

Rayitos tibios de sol van despertando los retoños. Mañana húmeda, día de gran calor; la tierra ha comenzado á desperezarse.

La hacienda del Bucaral es hermosa: ocupa todo un valle en la cima de los altos cerros; ella sola es una mata. Dociientos mil cafetos florecen de un solo golpe. Trescientas cojedoras y cincuenta caporales se ocupan de la cojienda.

Están muy contentos. Es el último día de la semana y tras el jornal vendrá el baile. Pero es necesario preparar el trabajo de la semana próxima y doce socialadores, guiados por el caporal Antonio, van á través del cafetal hacia el "Valle de la Paloma": al hombro los garabatos, machete en mano y

—Pleito seguro.

—Qué pleito de los demonios?

Quien tenga la devoción del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ni le pegan las balas, ni le pican las culebras, ni lo vuelven bobo las mujeres.

\*

Sólo, en compañía de sus recuerdos, Eusebio; sin reparar en los socialadores, lentamente hacia ellos se acercaba. A cada paso, encorvándose sobre la tierra, recorría de nuevo los sitios que en la pasada tarde, y de manos con Paulina, había cruzado. Sucediáanse y le golpeaban allá en lo íntimo de su alma graves cosas que jamás había sentido. Bajo la corteza rústica del muchacho arriero, criado en medio de las fatigas de los campos, algo dolorosamente alegre y angustioso se agitaba; algo dulce, balsámico, hiriente; espinas clavadas en el pecho, ardores de hojas cáusticas. Bajo esa fiebre hija sola de estas encendidas comarcas, donde todo es fugaz y brillante, su amor era, como racimo de frutas del trópico, de esas demasiado ardientes, que soplan la calentura en las venas: racimito de anón aragüeño, de mereyes salvajes y jobos maduros.....

\*

Sueña! sueña! muchacho del campo!.....

El pobre chico, con los ojos muy abiertos y sin fijarse en nada, de improviso vuelve en sí, y se dice como asustado:—Con que me ama! Nunca hubiera creído que Paulina bajara hasta el fondo de la cañada. Paulina, la que nunca había tenido amores, la que siempre iba con su madre á los joropos! Y recordaba que no hacía mucho, una mañana, al ayudarla á colocarse la tinaja en la cabeza, le había dicho:—“Eres muy fea, pero tienes el jocio más lindo del mundo.” Desde ese día la hubo perseguido en los moteles; bailaba con ella en todos los joropos; pero Paulina no había querido ir allá abajo, como hacían las demás que buscaban encontrarse con sus novios en los espesos cañaverales. Así iba Eusebio, sin dejar de encorvarse á cada paso sobre la tierra, hasta que, á la voz de “hermano! ¿qué se le ha perdido?” distinguió á los socialadores tumbados sobre la yerba.

—Mi reliquia contestó!—La que me regaló mi táita cuando se estaba muriendo.

—¿Y para qué servía?

—Guá! para que no le entren á uno ensalmos ni balas. Mi táita la llevó siempre y nunca lo rasguñaron. Y eso que estuvo en Coplé donde llovían las balas y caían los hombres como racimos de cambures.

—¿Para qué te sirve á tí, si tú nunca has oído el plomo?

—Ay! hermano! Como que usted no sabe que el mundo da mucha vuelta, y cuando menos lo piense verá usted al indicito Eusebio arrastrando ese machete por las calles de Caracas, y ¡chuplún! para arriba, y cuando usted me haga ¡jipa! me vera más condecorao que el Ilustre Americano.

—Guá! mirén al indio! Entonces sí que no se rueda con nosotros.....

—¿Dónde se te perdió el escapulario? díjole uno de los socialadores.

—Por aquí. Y lo siento, mi vale. Cuando mi táita se estaba muriendo me llamó y me dijo: “Mira, Eusebio, lo que soy yo, por más que digan que nó, me voy, como mango maduro.... A mí no me gustan hombres que se pegan romitos y zapatean. Te lo digo. El hombre es hombre, y siempre está bien cuadrao, y por donde le zumben allá le mete la tapa y jala y afloja por donde caiga. Si le llegó su turno, cayó, pero como hombre; que nadie ha venido para semilla. Así he sido yo. Mi salvaguardia ha consistido en mi reliquia y nunca la he ensuciado con ninguna maulería. Yo me voy

á morir: tómalala pues. Esta viene de atrás: me la regaló mi táita, el hombre que en barajustando el potro, le ponía al más resbaloso la lanza en el pecho. Póntela. Con ella andarás más seguro que en compañía del Padre eterno.” Y desde entonces siempre la he llevado, hasta que ayer, se me reventó el cordón y creo que fue por aquí.

—Lo que es por aquí como que nó—dijo Antonio; pues no se ha encontrado y hemos echado todo ese monte abajo.

—Si la encuentran me la guardan.

—No tengas cuidado!

—En usted me voy confiado, mientras la busco por otro sitio. Y Eusebio se alejó, no sin dejar de encorvarse de cuando en cuando sobre la tierra.

\*

Reanudaron los socialadores el trabajo; las yerbas llenas de fragancia y de verdor caían, á los secos golpes del machete, único ruido que vagaba en la calmosa tranquilidad de aquellos sitios. Negros y vistosos cigarrones, en aquella hora del bochorno, borrachos y lascivos, adormitados se quedaban en el fondo de los cálices, maltratando con sus patas los estambres, y la culebra cazadora, aletargada tragándose algún sapo, Perezosamente se encogía para tomar el sol. Ni un grillo, ni una rana canturriaban en la monotonía de la agreste faena: los socialadores silenciosos avanzaban, hasta que uno de ellos dijo:—Miren el escapulario de Eusebio!... y todos los garabatos quedaron suspensos en el aire, en tanto desplegabla la amplia tela de un grueso rodete.

—Yo conozco ese rollete,—dijo Antonio el caporal.

—Como no! si es de aquella muchacha que vive en el Caujarito,—contestó uno de los socialadores.

—Sí, de Paulina,—dijeron los demás.

Con lo que el rostro bonachón de Antonio, se llenó de asombro, y en sus ojos de culebra, pequeños y nerviosos, por un instante se asomó la dulce vaguedad de la tristeza.

—De Paulina, nó; ella no tiene amores con nadie,—replicó.

—Pues yo lo aseguro,—dijo uno de los socialadores; ayer mismito los ví.

—¿A Paulina?

—Sí; ella no es como las demás!

A lo que exclamó Antonio:—¿Caramba! qué se estará pensando!; que Eusebio es mejor que yo! Y volviéndose á los socialadores, dijo:—Dejemos á las mujeres que ya se viene la tarde.

Oh! hierbas malignas! Curiaara manchada de sangre, que produce una muerte violenta! Nongué morado, que regalas el sueño letárgico! Por qué Antonio no bebió el zumo de vuestras hojas? Por qué no se quedó dormido entre las altas yerbas, hasta que bajando por su hilo casi invisible la peluda araña de la montaña, chupara su sangre rabiosa!.....

\*

Dad, caranganeros, el uno con los palillos, el otro con la inflada vejiga, en las armónicas fibras de la juajua! Vibrad, ¡oh cincoos!, y tronad maracas, alegres y bulliciosas como emigrantes bandadas de loros silvestres! El carángano rezonga; llamando está á la lora. Allí en el patio de la hacienda, en medio de las grandes masas de follaje que remedan arcadas, bamboleantes á los suaves empujes del viento, se encuentran los bailarores. Bailan una pobre camata sorprendida por los socialadores en el monte, calentando su nidal en un manchón de espadilla silvestre.

Músicos y cantadores, bajo un viejo apamate crecido en un ángulo del patio, lleno de gajos comenzando á desbotonar sus

rosas de un morado desfalleciente, han comenzado á tocar la lora; al pie del árbol en una de cuyas ramas bajas cuelga amarrada de las patitas la camata; alumbrados todos por la rojiza luz del candil colocado en un agujero del mismo árbol, y por la opaca luz de una luna, precursora de un día triste y lluvioso.

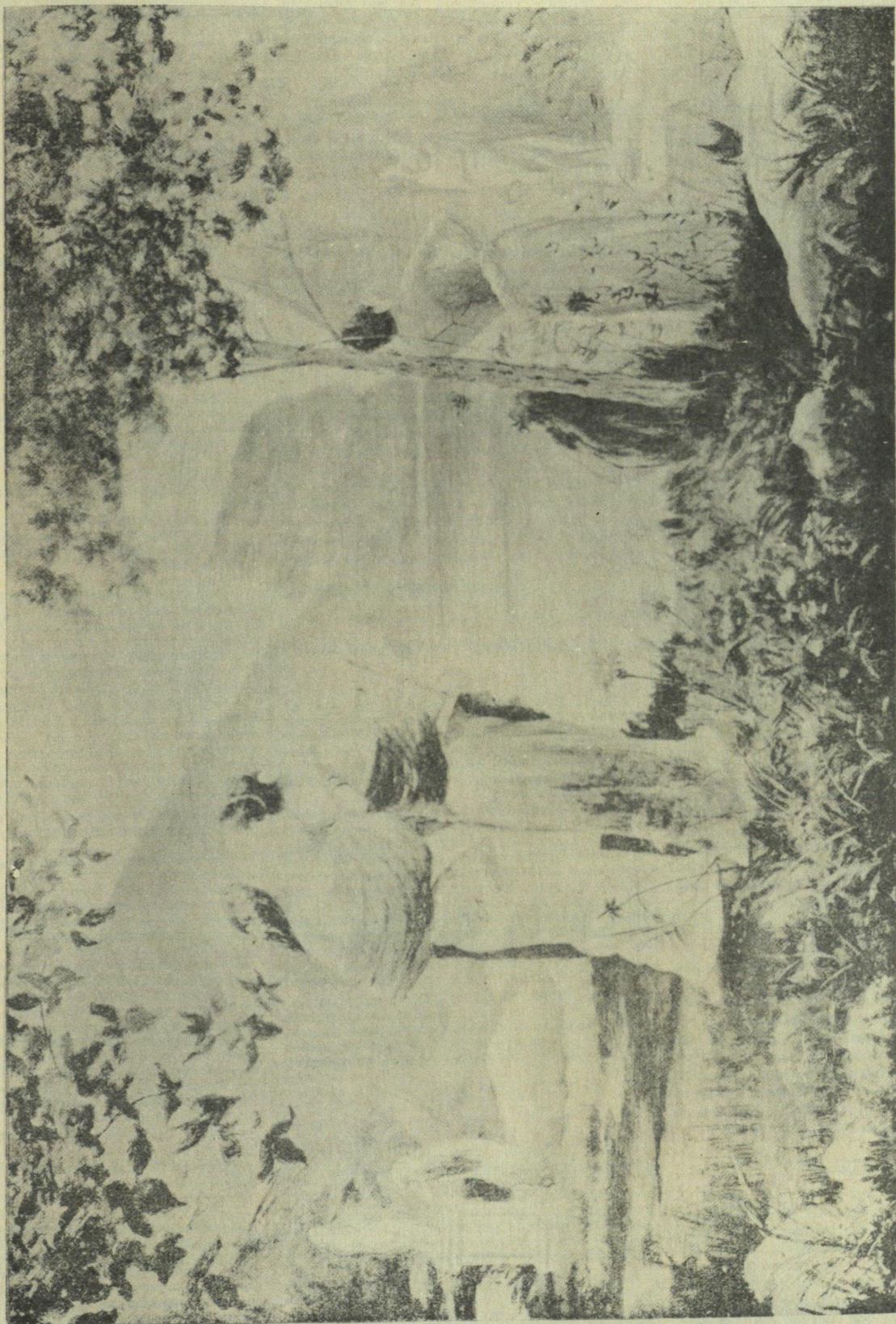
Muévese la rueda de los bailarores, no oyéndose sino el golpeteo de un compás entrecortado y la voz de los cantadores en su afanoso contrapuntearse. Las notas, paulatinamente, principian á precipitarse, y el jadeo cunde en la rueda. Los acordes del carángano, producidos por los palillos en las fibras, claros, brillantes, son bruscamente apagados, confundidos en los desbordantes chun-gueos de la vejiga, repleta de vibraciones intensas, ásperas, brutales, de multitud de sonoridades encausadas á producir efecto de sarcástico lloriquear de mujeres ébrias de amor y de eucuy. Gira frenética la rueda; gira lanzando estimulantes alaridos! Ay! del que cae! La rueda no se detiene jamás; por sobre él saltarán, ébrios y locos haciendo retemblar la tierra, cual si un atajo de potros alzados, cruzaran indómitos la inmensa sabana.

Allá va Paulina en el torbellino de la lora: suelta la cabellera, llevando encima todas sus galas, aún olientes á las frescas ramitas de albahaca con que mullía el fondo de su baúl: fustán á franjas rojas, sobre fondo amarillo, como la corteza luciente del jobo maduro, y cota demasiada estrecha para soportar el seno vigoroso, alto, duro, como el fruto todavía no en época de desprenderse de la rama. Allá va, en alas del jadeante compás: ya gira en brazos de Eusebio: ora en rítmica contorsión, tomada por éste bajo la nervuda arcada de su brazo, asoma el risueño rostro moreno, ligeramente hacia atrás, presentando su boca entreabierta, como temblorosa campánula roja, al primer beso del sol, después de un fuerte chubasco!

Dichosos se hallaban en alas de la lora, esos buenos muchachos que habían cruzado el primer beso, en una tarde dorada, ocultos en un alto matorral, cuando Antonio, acercándose á ellos, le pidió á Eusebio una paloma, el cual le contestó:—Hermano! de esta fruta nadie come sino yo!

Ensoberbecido, alejose refunfuñando el desairado caporal, hasta que de brazo con una pareja entró de nuevo al baile; bailaba furioso, deteniéndose á cada instante á descansar, y á humedecer la garganta con un trago de amargo, de un verde tan hermoso como el listado lomo del camaleón. Pero el amargo tuvo la culpa; su somnolencia es torpe; relaja demasiado los nervios, las piernas se llenan de temblores, tanto que el caporal, en un girar de la rueda, se enredó cayendo con su pareja. Quiénes le saltaban por encima, mientras que, aquellos otros, débiles de piernas, arrastraban en su caída á la compañera, rodando con Antonio que hacía por levantarse. Gritaban los bailarores, tronaban las maracas, excitaba con más furia el carángano, levantábanse los caídos, sacudían sus faldas las mujeres, reían á carcajadas los hombres, y la no interrumpida lora seguía haciendo cosquillas en los pies de los bailarores.

Antonio el caporal, tentándose las carnes, se fue lejos de la rueda, yéndose á sentar en una piedra, sosteniendo entre ambas manos la cabeza, acesando como un perro; hasta que á un seco grito gutural, salido de la rueda, en instantes en que todos se hallaban entregados á los desbordamientos de las notas intensas, dolorosamente brutales, con las cuales todas las salvajes sensaciones dormidas en el fondo de aquellas almas, echábanse á vibrar por todos los nervios, al toque de aléluya del carángano, ba-



PAIS IDEAL. — Cuadro de Chabas (Salón del Campo de Marte — París — 1896)

jo los nutridos changueos de la vejiga, Antonio saltó entre los bailadores, como al toque del clarín guerrero, el potro revienta con el pecho el escuadrón, antes que por la espuela, por los estremecimientos de la carne. Así cayó el carporal, tomando por el fustán á la primera muchacha que estuvo á su alcance, diciéndole: baila! baila conmigo, pajnata! mientras que con el brazo hacía por separarla de su pareja. En mala hora para el caporal, sujeto á aquellas faldas: la muchacha era Paulina, y al que trataba de separar, Eusebio; quien dándole con la callosa mano por la raíz de la oreja, hízole bambolear y caer, como pesado árbol que se desploma, entre lastimosos y ásperos crujidos.

Válganos el cielo! exclamaban las mujeres rodeando á los peleadores. En un grupo forcejeaba Antonio: "dejadme—decía—abrirle á ese.....un agujero en el pellejo"; más allá Paulina, echados los brazos al cuello de Eusebio, cubriálo con todo su cuerpo. Vociferaban todos, remolineando cual una punta de ganado cimarrón. Enguachafitase la llora; y entre gritos y lloriqueos rozna el pardillo; centellean en la oscuridad las grises hojas de los machetes, como á pleno sol las sabanas recién quemadas. Así, como brusco torbellino de pronto precipitado por alguna abra lejana en el valle, azota los viejos jabillos con la revienta las cañas, Antonio, deshaciéndose de los que lo rodeaban, cayó con el cachá—blanca en la mano sobre Eusebio, quien, sin libertad para sacar el cuerpo, recibió en el pecho el cuchillo, el que se le quedó allí oscilando, cual una altiva espiga de maíz batida por los vientos de la noche.

En medio de la confusión ganó el caporal el monte: huye al través de los enmarañados bejucos, buscando la montaña, perseguido de los hombres, como á res desgarrada los perros de presa.

Y en el lugar del baile, al lado del carángano, bajo el viejo apamate corpulento, donde cuelga amarrada la camata, Paulina cubre de lágrimas y besos la cara de Eusebio, en cuya boca la muerte ya cuaja dolorosamente la última sonrisa.

Oh! *soi-solas* de estas comarcas: ya florecen los tarales! Acudid: el gajo se viste de estrellas de fuego, con centros muy negros, carnosos y tersos: desde allí cantan los desdichados amores de dos pobrecitos muchachos, que como frutos gemelos se amaron, á una misma caricia del sol!

### III

Cantad! Cantad tristemente sauceles desde el borde de vuestros nidos; pues garúa que garúa, la mañana está muy fría. Oh! guaritotos sombríos y espinosas lenguas de vaca, que al ella pasar os prendíais de sus faldas: no más Paulina ha de volver por agua al jagüey, pues en la noche pasada, cantó por tres veces la lechuza desde el alero del rancho, mientras ella bailaba la llora, allá en el patio de la hacienda!!

\*

Han pasado muchos días. La madre de Paulina, dice á su comadre la curiosa, que hace un cocimiento de yerbas en el rústico fogón de tres piedras, á la puerta del rancho, bajo el alero:—En oscureciendo, una negra mariposa viene y da vueltas al redor de la luz; una sombra se escurretras de la empalizada; los perros del vecindario ladran toda la noche, mirando á la luna!...La curiosa se santigua y la madre vuelve los ojos al cielo azul y radiante.

\*

Paulina ha contraído un asma, ha dicho la curiosa; pero la pobre muchacha va mal;

ya no va por chamizas á las lejanas lomas doradas; y, casi se arrastra cuando va por agua al jagüey.

Oh dolor! las ceibas han comenzado á soltar sus hojas, y aún los ojos de Paulina están turbios, como las aguas de los jagüeyes. Pronto reventarán los margullos de las ceibas; vendrá el amor y guindará los nidos; pero los ojos de Paulina siempre turbidos, estarán pálidos y muertos, como las blancas lanas del garüoso enero!....

Oh! cardenillo! tú, que te complaces en cauter en las sabanas solitarias, sobre las espigas del gamelote, en las horas silenciosas de la tarde, dá á tu silbido pesaroso, la tristeza del alma de Paulina!

\*

Oh! blancas flores de nícuca! ¿Qué os pasa? El primer rayo de luz ha sorprendido á las nocturnas mariposas adormitadas en vuestros húmedos cálices! El día es triste y opaco. Los zapos aún cantan en el jagüey; los grillos aún no se han retirado y los pájaros acurrucados en el nido, no han saludado la venida del sol! ¿De quién es esa tinaja rota? ¿Quién esa muchacha tirada sobre la yerba, con la cara en el agua? Los saltones, subidos sobre los húmedos tallos, con sus ojos brotados y vidriosos, la miran asustados. Las chicharras del primer chubasco, conocen toda la historia. Traen un nuevo estribillo.... Ahí viene un grupo de muchachas; oíd como redoblan las chicharras: Oh! trigueñas cofedoras de chamizas! tened cuidado de que vuestros rodetes, no se os olviden jamás en el monte!

L. M. URBANEJA ACHELPOHL.

## EL CASTIGO EN LA VENGANZA

Alfonso Roger era un monarca del arte; la naturaleza revivía en su paleta; en ella yacían en germen todos los encantos plásticos de la forma, y él los hacía fructificar al golpe de sus pinceles y los derramaba sobre sus lienzos.

El mundo entero con sus líneas y colores le brindaba un venero de oro.

Era grave, silencioso; los laureles le abrumaban con la gran pesadumbre de la gloria nunca interrumpida ni agotada que despierta en el corazón un hastío dulcísimo. Para sus propios hijos era reservado, indiferente; su alma vagaba en las alturas del arte, y hasta los lazos de la familia eran muy débiles para obligarle á descender á la vida real. Durante su juventud los triunfos le exaltaron y le conmovieron, arrancando chispas de pasión á su inalterable frialdad; pero después, ahito de gloria, abrumado de laureles, hastiado de lisonjas y de aplausos, acudía á las luchas artísticas como Baltasar á sus festines, sin afán y sin gozo.

Félix, su hijo, obtuvo de él todas las atenciones que un buen padre prodiga á su hijo amado; pero jamás una expresión de ternura paternal, nunca una mirada de esas donde el alma se asoma y sonríe.

\*\*

Félix, el hijo del artista, era su mejor discípulo; pero había entre el padre y el hijo bastante diferencia. Félix; sobre su vanidad, era tan grande como su padre, pero su vanidad era mucha.

Aun era mayor la de Susana, su novia, que pensaba y decía que artista alguno podía compararse con Félix, y no nacía esta idea del amor que le profesaba, sino que, por el contrario, le amaba por su persuasión de que era verdadero y justo el concepto que de su novio había formado.

Ciertas amigas de Susana, por rivalidad, envidia ó instintivo impulso de hacer daño, procuraban siempre contradecirla y desilusionarla, afirmando de Félix que era un pintor adocenado, vulgar, falto de ideas, de originalidad, de maestría; y como Susana le defendiera usando la fraseología artística que de sus labios había escuchado, y las amigas le combatieran con retazos de críticas de otros pintores, sostenían aquellas mujeres la disputa más original del mundo, zarandeando el tecnicismo de la pintura, en la cual eran tan profanas como en el latín y el griego; todo lo cual trajo por consecuencia una afirmación concreta

que hizo Susana, relativa á que su novio obtendría con un cuadro suyo el premio de honor en el próximo certamen, contra la opinión de sus amigas, que era opuesta en absoluto á ésta; por donde Susana se comprometió á romper sus relaciones con Félix si perdía, y las amigas á regalarle el vestido de novia si ganaba.

De este modo, aquella mujer frívola y vanidosa transformaba en materia de apuesta y en trance de suerte la constitución de su familia, el rumbo de su porvenir y la pasión de su prometido, al cual habló de esta manera, mientras le zumbaban en los oídos todavía las sátiras mordaces de sus amigas:

—Félix, estoy en un trance apurado de mi vida.

—¿Qué te pasa?

—Nuestro noviazgo no puede prolongarse por más tiempo.

—Ya sabes que estoy dispuesto á casarme contigo cuando tú quieras.

—Estás dispuesto, pero no estás en disposición.

—Yo soy rico.

—No me basta eso. El matrimonio no es la conjunción de dos capitales ni de dos almas; es algo más... En él es necesario asegurar hasta la posesión de las mutuas vanidades. En un desierto se amarían muchas personas que no se atreven á amarse en sociedad, porque es forzoso pagar tributo á la gente que nos rodea... El matrimonio ha de ser una *postura muy cómoda*, porque ha de durar toda la vida.

—Pero ¿qué quieres decir con todo eso?

—Quiero decir que una mujer como yo no puede casarse, no digo con un hombre cualquiera, sino con un rico cualquiera... Deseo algo más.

—¿Qué?

—Un marqués me ha hecho ciertas insinuaciones...

—¿Ingrata! ¿Amas á otro?

—No le amo, aunque por su nobleza merece ser amado. Sin embargo un buen artista es un aristócrata del talento.

—Entonces...

—Es que tú... aún no tienes los títulos bien adquiridos; hay quien duda... quien niega... En fin, si en la próxima Exposición de pinturas obtienes el premio de honor, aquel día, aquel mismo día seré capaz de casarme contigo. Es el único camino que te ofrezco para llegar hasta mí.

—¿Antepones tu vanidad á tu amor?

—No; pero quiero tener vanidad de mi amor. Detesto á las medianías y á los hombres vulgares. He leído en un libro que las fieras obtienen sus hembras luchando delante de ellas, de suerte que el vencedor recoge como trofeo de su victoria á su amada. Pues bien; yo quiero rugir de alegría de ver que venzas al rival que te muestro.

—A nadie temo sino es á mi padre.

—Pues has de vencerle si lucha contigo.

—¡Por Dios!

—De tí depende todo. Si no me alcanzas, quéjate de tí mismo.

Susana le volvió la espalda y se alejó moviéndose majestuosamente su airoso talle.

\*\*

El padre de Félix pintaba en su estudio; aquel hombre impenetrable tenía misteriosas conversaciones con las figuras de sus cuadros; aquellos hijos de sus manos obtenían las ternuras que jamás prodigó al hijo de su alma.

Félix llegó temblando hasta el caballete donde Alfonso apoyaba el tiento, que le pareció una espada amenazadora y siniestra.

—Buenos días padre—le dijo tartamudeando.

El padre le miró un breve instante, y sin contestarle prosiguió pintando.

Félix no se atrevía á hablar; después de larga pausa, le dijo:

—¿Ese cuadro lo presentarás en la Exposición?

—Sí.

—¿Has dicho que sí?

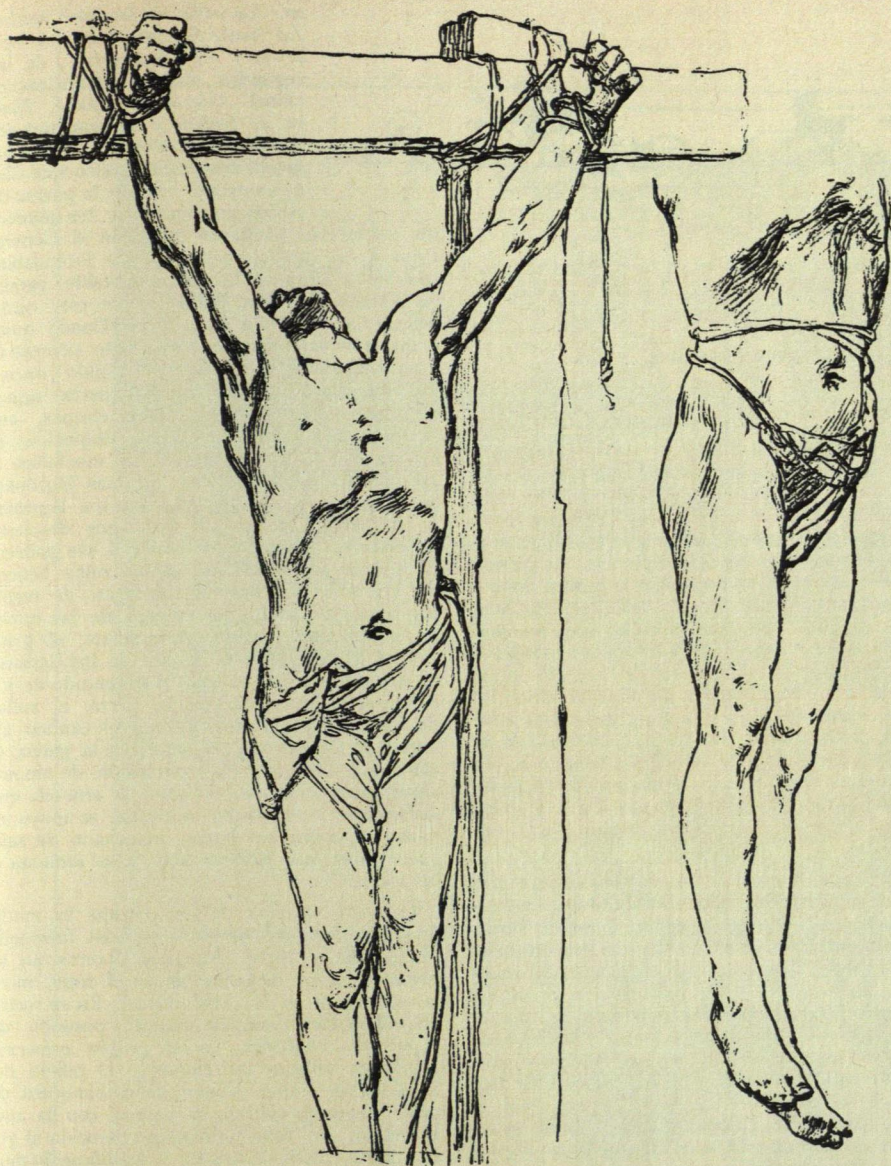
El padre no replicó. Más de una hora estuvo Félix inquieto, silencioso, mordiéndose los labios. Cuando la noche derramaba sus primeras sombras en el estudio, Alfonso arrojó los pinceles y se dirigió hacia la puerta sin preocuparse de su hijo, el cual le cerró el paso cogiéndole las venerables manos entre las suyas convulsas.

—Padre... padre...

—¿Qué quieres?—dijo Alfonso sin perder su calma eterna.

Entonces Félix le refirió la historia de sus amores con Susana, su pasión ardiente, la condición extraña que ella le había impuesto para conseguir su mano; todo, en fin, terminando con estas palabras:

—Padre de mi alma, haz por tu hijo el sacrificio de retirar esa obra; renuncia á un aplauso más,



ESTUDIO DE ARTURO MICHELENA

Subió por el pequeño montículo, en cuya cumbre se levanta el palacio; hizo sonar fuertemente el aldabón pesado, cuyo bronco ruido se dilató en el espacio como una queja amarga y dura. Nadie respondió; el fresco viento de la mañana traía á sus oídos vagos y misteriosos murmullos, y jugaba con sus cabellos removiéndolos con cierta caricia burlona. Sonó un segundo aldabonazo, y otro, y otro después. Al fin el conserje abrió la puerta.

—¿Qué quiere usted?  
—Tengo un cuadro y necesito hacerle una enmienda.

—Eso no es posible.  
—Tome usted —replicó Félix, dejándole algunas monedas de cobre entre las manos.

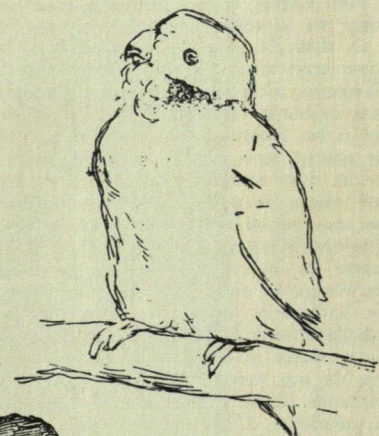
Atravesó con pasos inciertos las anchas galerías, donde sus pisadas resonaban con ecos graves; la luz tenue del crepúsculo empañaba el aire, y en aquella penumbra las altas figuras de los cuadros, á uno y otro lado, parecían saludarle con muecas horribles, actitudes sarcásticas de feroz y despiadada ironía, y él avanzaba tembloroso entre aquellos fantasmas que con su muda y espantable presencia llenaban de pavor su pecho.

Distinguió el cuadro de su padre, cuyas figuras serenas y reposadas destacaban á la incierta luz del alba sus admirables formas; se llegó á ellas como el asesino á la víctima, con el brazo tembloroso y la conciencia turbada; empuñó los pinceles, requirió la paleta y esprimió sobre ella uno de los tubos de color, que arrojó de su seno una culebrilla encarnada y sinuosa, y luego otro, y otro, de varios colores. Alzó el pincel como un puñal, y hábilmente comenzó á desdibujar las figuras, á desproporcionar las sombras y á agriar los colores, luchando con la inquietud y la zozobra de su espíritu, al propio tiempo que con la luz débil y tímida de aquel alba nublosa y tarda. A medi que el día acentuaba su claridad creciente, iba Félix mirando con más horror el estrago de su fiera, patente en aquellas figuras monstruosas que de la obscuridad de la noche salían iracundas como testigos mudos, pero ciertos, de su acción inicua, de su maldad y de su venganza. Horrorizado ante aquel espectáculo, huyó precipitadamente; anduvo por las calles sin rumbo fijo, dominado por la fiebre y el sobresalto, creyendo escuchar voces espantables de aquellos monstruos del cuadro que le perseguían gritando:—¡Fratricida, fratricida! . . . ¡Qué has hecho de nosotros! ¡Qué has hecho de los hijos del alma de tu padre!

.....  
Cuando llegó á su casa le entregó un criado esta carta:

“Hijo de mi alma: No presentes tu cuadro, que yo he llevado el mío con tu firma. ¡Qué menos puede hacr por tí un padre que te adora!—Alfonso.

RAFAEL TORROMÉ.



ESTUDIO DE ARTURO MICHELENA

que yo á nadie temo sino á tí; y ya que me has dado la vida, no me la quites ahora por una satisfacción de artista. Mira que cada pincelada que das sobre ese cuadro es una gota de veneno que arrojas sobre mi corazón. Por Dios, por Dios, abre tu pecho de padre cariñoso; apíadate; no me pongas en el trance de morir dudando de la bondad del cielo.

A pesar de la rudeza de este lenguaje apasionado, el padre sólo respondió con estas graves palabras:

- No entres más en mi estudio.
- ¡Padre!
- No entres más en mi estudio, y trabaja en el tuyo.

\*\*

Al poco tiempo encontró Susana de nuevo á sus amigas, y como les dijera que había comprometido á Félix para alcanzar el premio que era objeto de su apuesta, ellas se desataron en improperios sobre el mérito artístico del novio de Susana, la cual se defendía con todo el tesón de su amor propio comprometido; y luego, para excitar más la voluntad y los alientos de Félix, le refería con detalles tan impertinentes conversaciones, las cuales le herían y le desesperaban, de manera que su deseo de triunfar era ya una obsesión, un delirio acompañado de nerviosa fiebre

\*\*

Todos los días espía Félix los progresos de la obra paterna, atisbando por el ojo de la cerradura del estudio, mirando con horror que se agrandaban, robustecían y destacaban aquellas amenazadoras figuras, implacables verdugos de su dicha.

La víspera de la apertura de la Exposición

Félix vio que sacaban arrollado el gran lienzo donde su padre consumó su obra más perfecta. Después de haber saciado sus miradas furtivamente en aquel cuadro maravilloso, corría Félix á contemplar el suyo, y quedaba anonadado y vencido con la cotejación.

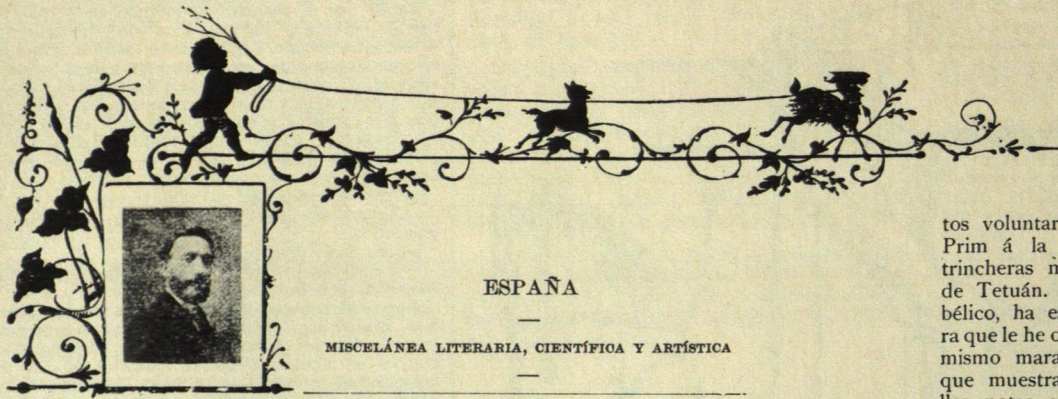
El padre de Félix no había permitido que nadie entrase en su estudio desde el momento en que comenzó el cuadro; y como esto no había ocurrido en otras ocasiones, Félix pensaba que el gran artista quería producir mayor expectación y sorpresa con su obra, y todo lo achacaba á mala voluntad y celos que de él tenía y al perverso deseo de hundirle en la desesperación y en la desgracia.

—¡Ah, padre desnaturalizado y brutal—exclamaba,—que, harto de aplausos y coronas, eres incapaz de sacrificar una hoja de tus laureles por la felicidad y por la vida de un hijo que te amaba! ¡Ah, viejo egoísta, corazón de hiena: así mueras menospreciado, como yo muero lleno de desesperación! . . .

Diciendo esto, los ojos se le cubrían de ardientes lágrimas y golpeaba y escupía las figuras de su cuadro, cuyo lienzo temblaba como la lona de una nave.

.....

No pudo dormir; al rayar el alba se dirigió de nuevo á su estudio: con mano febril y convulsa cogió al azar varios pinceles, una paleta y un puñado de tubos de colores, sin pararse á distinguir ni á reconocer los que fueran; se los ocultó en el pecho, cogió el sombrero y la capa, envolvióse en ésta, y cruzando las calles todavía desiertas, se dirigió corriendo como un loco á la Exposición.



## ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA

**N**OTA culminante en la manifestación del sentimiento estético, han sido, estos últimos días, los conciertos y serenatas que han efectuado en Madrid los mil quinientos obreros cantores, representantes de setenta sociedades corales de Cataluña, y venidos expresamente á la capital de España, desde varias poblaciones de las cuatro provincias que forman aquella región.

El fundador de esas sociedades, fue don José Anselmo Clavé, un joven obrero catalán, nacido en la condición más humilde. Trabajando siendo niño aún en el torno de una fundición de hierro, adquirió una grave dolencia en la vista, y quedó casi ciego. Mejorado algo de su enfermedad, hubo de abandonar el trabajo manual, y, sin más instrucción que la primaria, dedicóse al cultivo de la poesía y de la música. Compuso versos amoratorios que, con el título de: *El Cantor de las hermosas*, publicaba en hojas sueltas en forma de lo que se llama en España romance de ciego. Aquellos versos algo efectistas, pero de delicadísimo sentimiento unas veces, de vigoroso nervio otras, siempre armoniosos, llamaron la atención de los inteligentes, y más cuando se supo que la tonada con que los trovadores en las serenatas y alboradas amorosas cantaban aquellos versos eran del mismo Clavé. Aquel obrero resultaba á más de poeta, músico y compositor. Tañía la guitarra y tocaba la flauta en los cafés-conciertos, acompañando á los que cantaban sus composiciones, y así consiguió procurarse lo necesario para la vida.

Pero Clavé, como todos los espíritus soñadores de aquellos tiempos, era republicano, y en días de agitación popular, hubo de componer una canción revolucionaria titulada: *La Campana*. Con este canto, especie de Marsellesa española, se enardecía en aquellos tiempos á las multitudes de Barcelona. Y no sólo fue cantor sino también soldado de la revolución, pues aunque contrahecho de cuerpo y casi ciego, se unió á los trescientos audaces que una noche intentaron asaltar la ciudadela, fortaleza inexpugnable que Felipe V hizo levantar en Barcelona, no para defenderla de extraña gente, sino para domeñar á sus inquietos habitantes. Preso dos años más tarde en aquella misma fortaleza, consiguió con su carácter dulce y reflexivo, captarse las simpatías de sus carceleros y jueces, se le permitió tener libros é instrumentos de música en su calabozo. Clavé leyó mucho, perfeccionó su gusto literario, estudió en tratados de composición musical y concibió el proyecto de regenerar, por medio de la educación del sentimiento artístico, al obrero, apartándole de los goces groseros, substituir los cantares populares entonces desvergonzados y deshonestos, por otros cultos y espirituales y levantar el ánimo del pueblo al amor al arte y al de la patria y de la libertad.

Salió Clavé, un año después, de la cárcel: en cuanto se vio libre, dedicóse á la realización de su pensamiento: compuso música apropiada á las grandes masas corales, inspirándose en los viejos cantos de las comarcas de Cataluña, y, principalmente en el espectáculo

de la naturaleza. Reclutó estas masas entre los obreros, desposeídos de toda instrucción, pero que manifestasen aptitudes y, sobre todo, voluntad para adquirirla. No lo hizo sin lucha. Echáronse encima los músicos encopetados, los encastillados en sus diplomas, los teóricos que sostenían ser imposible la música popular como la entendía Clavé. Pero éste era hombre práctico. Se desatendió de toda polémica y, con el nombre de: *La Aurora*, organizó una asociación compuesta de sesenta individuos á quienes enseñó á cantar al oído. Pocos meses después, inauguraba, en las afueras de Barcelona, un teatrillo, rodeado de jardines, que tituló: de la *Ninfa*, donde se daban conciertos vocales é instrumentales al aire libre, dirigidos por el mismo Clavé y se ejecutaban piezas de relevante mérito por él compuestas.

Lo más original de los noveles artistas, consistía en ser todos ellos rudos trabajadores que pasaban el día en el taller ó en la fábrica y, llegada la noche, en vez de pervertirse en la taberna, iban á cantar en la casa del maestro, quien además les inculcaba la virtud del ahorro, induciéndoles á dejar en la caja de la Asociación un tanto semanal para las necesidades extraordinarias de sus familias y para fines benéficos y educativos. La semilla fructificó; el jardín de la *Ninfa* se convirtió en los grandiosos *Campos Elíscos*, donde se daban conciertos matinales y vespertinos, y grandes festivales á los que acudía la mejor sociedad de Barcelona. Pocos años después de su fundación, los coros de Clavé se extendieron por todas las principales poblaciones de Cataluña. Hoy constituyen una especie de federación que cuenta más de ocho mil individuos.

Clavé murió cuando la gloria más le acariciaba, en el año 1874, pocos meses después de caída la República española, de cuyas Cortes constituyentes había sido diputado. Murió de tristeza creyendo que la reacción que se iba á entronizar, disolvería las asociaciones corales tenidas por democráticas, y los obreros por él redimidos del vicio y de la ignorancia, volverían á embrutecerse y á servir de escalón á los tiranos.

Se engañó en sus tristes presentimientos. Los gobiernos han respetado á las Asociaciones corales, y éstas no sólo no han sucumbido, sino que han crecido, y salvando los límites de Cataluña, se van estableciendo en las provincias vascas y en alguna población de Galicia, Baleares, Valencia y Aragón. Barcelona erigió á Clavé un hermoso monumento en una de las principales plazas de la ciudad nueva. Al morir, dejó Clavé buen número de composiciones para cantar á coro. En todas ellas es además suya la letra: casi todas están escritas en idioma catalán, del cual sabía Clavé aprovechar para su labor artística, tanto las palabras más suaves propias de los cantos bucólicos, como las majestuosas, vibrantes y érgicas, necesarias para sus composiciones solemnes y para las guerreras. De las primeras, son notabilísimas *Las flores de Ma-*

*yo, La niña de los ojos azules, La Noche de San Juan, La vendimia y Los pescadores*: de las segundas, tienen mérito excepcional: *Gloria á España, Honra al trabajo* y lo tiene muy sobresaliente *Los nietos de los almogávares*, canto bélico que Clavé compuso cuando la guerra de

Africa en honor de los quinientos voluntarios catalanes que, con el General Prim á la cabeza, asaltaron las formidables trincheras morunas en la memorable batalla de Tetuán. Castelar, hablando de este canto bélico, ha escrito lo siguiente: "Donde quiera que le he oído—dice—me ha causado siempre el mismo maravilloso efecto aquel rápido ¡*ánem!* que muestra la decisión por la guerra: aquellas notas ardorosas que, como chispas, encienden el corazón; la tierna despedida; el ¡*Adeusian!* á las playas, á las montañas, á las riberas patrias, lleno de esas lágrimas, tanto más preciosas, cuanto que son lágrimas de héroes; el toque de diana que despierta al catalán, anhelante de imitar á sus padres, de pelear por pelear, de oír el ruido bélico, de ver rotas las huestes enemigas, de respirar vapor de sangre en medio de las nubes de polvo que levanta el combate; el grito ¡*avant, avant!* entre el sonido de los clarines, el estridor de las armas, el estampido de los cañones, el retremblar de la tierra, el aullar de las kabilas, y, por último, el cántico alborozado de victoria, el cántico á la patria, el cántico á Dios, aquella conclusión de himno, aquel esfuerzo último del arte, la armonía que sintiéndose ahogada en la tierra, se apoya un momento sobre su barro, manchado de sangre, y abre sus blancas alas y se remonta á los cielos."

La breve estancia de los coristas ha modificado momentáneamente la especial fisonomía de la villa y corte. Aquellos obreros no se parecen, á los de aquí: ni en el traje, ni en la actitud, ni en las costumbres. En su rostro se refleja cierta altivez natural, posesión de sí mismo, confianza en el propio esfuerzo. Muestran callosas las manos y el reflejo del ideal en la frente. Visten todos chaqueta de paño negro y cubren su cabeza con la roja barretina. Es esta última algo parecida al gorro frigio, pero de origen y significación muy distintos, puesto que pertenece á la indumentaria clásica de los montañeses catalanes, casi todos tradicionalistas en política y en religión. La *barretina* es la prenda obligada por la costumbre para todas las expediciones colectivas de los catalanes fuera de su país. La llevaba la cohorte que fue al Africa en 1860, y era también el distintivo de los que formaban los cuatro batallones de voluntarios que Cataluña envió á Cuba en la pasada guerra separatista. La barretina ha constituido una nota de color original y alegre en las calles de Madrid, y más en el magnífico festival dado en el Campo grande del Retiro, al destacarse sobre el fondo verde de aquellas frondosas arboledas y en el azul de nuestro hermoso cielo.

La Reina Regente y sus hijos, con los ministros y la alta servidumbre, asistieron á este gran concierto. Los mil quinientos coristas desfilaron ante el estrado en que se hallaba la Real familia. Bajábanse, al pasar, los ricos pendones de las Sociedades, y la Regente y el Rey, correspondían al saludo con una grave reverencia. Casi todas las asociaciones corales catalanas, fundadas en la época revolucionaria, tienen origen político. Las más de ellas pertenecen á asociaciones democráticas, pero como su objeto es esencialmente artístico y moralizador, de algún tiempo á esta parte las hay también carlistas. En el primer pendón que ante el regio estrado rindió tributo á la monarquía, se leía en letras de oro: *Fraternidad republicana*. Hoy la significación política va en ellas desapareciendo, pero conservan todas carácter ostensiblemente regionalista que, tratándose de Cataluña, donde la aspira-





GERMANICO ANTE EL DESASTRE DE VARO — Cuadro de Lionel Boyer — ( En el salón de los Campos Eliseos 1896 )

ción á la autonomía va borrando las diferencias establecidas por los antiguos partidos, no deja de inspirar recelos á los aspirantes á una imposible uniformidad nacional.

Llegada la noche de aquel día, los mil quinientos coristas, divididos en grupos, cantaron en la plaza de armas del Real palacio, ante los edificios del Senado y del Congreso, en casas de algunos nobles y en las redacciones de los principales periódicos.

El pueblo obrero de Madrid, aun cuando se trataba de compañeros de trabajo, no se identificó con ellos, no se entusiasmó en la audición de los coros. Una vez más se ha evidenciado la gran diferencia existente entre las razas del norte y oriente, y las del centro y mediodía de España. Aquellos cánticos, ora melódicos y espirituales, ora majestuosos y enérgicos, no llegan al alma del pueblo castellano, educado de antiguo en las alegres expansiones del desgarrado bolero y en el flamenquismo sensual de la moderna música andaluza. Además los conciertos, en campo abierto, no producen, en esta alta meseta de Castilla, el efecto deseado: la atmósfera, aquí ya muy enrarecida, no trasmite los sonidos con la fuerza y extensión que lo hace en los valles y en las riberas del mar. Aun para los inteligentes, el mérito de los coristas sólo ha podido apreciarse en las audiciones efectuadas en casa de la duquesa de Denia, marquesa de Marianao y de Cerralbo, y en algún otro lugar cerrado.

Sólo tres días estuvieron los coristas en Madrid: la expedición les costó doce mil duros, y el producto de las entradas á los conciertos y el de los donativos particulares, no pasa de cuatro mil, y aún de esta cantidad hay que deducir 1.500 pesetas que las sociedades corales dieron al ministro de la Guerra para nuestros soldados heridos en la campaña de Cuba. De modo que, cada uno de aquellos obreros, habrá puesto de su bolsillo particular cinco ó seis duros. Es una manifestación de amor al arte casi incomprensible en estos tiempos, tanto más tratándose de un pueblo como el catalán, considerado eminentemente práctico y positivista.

Dos dramas de nuestros buenos autores, se han estrenado últimamente en Madrid, ambos escritos expresamente para ser traducidos al italiano y representados por el eminente Novelli. Uno de ellos, *Amor salvaje*, es de José Echegaray. Al juzgarlo, han estado de acuerdo todos los críticos en decir que debe colocarse entre las pocas obras en que el eximio dramaturgo se ha evidentemente equivocado. A lo inverosímil de los caracteres y de la acción—que es la parte débil del coloso—hay que añadir ahora la falta de interés en muchas escenas. Cierta que en el nuevo drama de Echegaray, relampaguea, como en todos los suyos, el genio; pero esto no basta para un buen éxito: tratándose de un autor de la talla del que hablo, hay derecho á exigirle más. Aparece esta vez en su favor la circunstancia atenuante de que el drama ha sido escrito en pocos días y al parecer, sobre el pie forzado de adaptar el carácter del personaje principal, á algunas de las varias y encontradas facultades en que sobresale Novelli. Por otra parte, en la traducción puede el original haber perdido mucho; pero aún así, no se puede sostener que *Amor salvaje* sea digno del autor de *Locura ó Santidad*. Representada la obra por quien no tenga el asombroso dominio de la escena que todo el mundo reconoce en Novelli, parecería todavía más deficiente.

Puede el señor Echegaray consolarse de este contratiempo, en presencia de las felicitaciones que estos días recibe con motivo del éxito que ha obtenido en París la representación de su hermoso drama *El Gran Galeoto*. Una mu-

jer de talento, madama Retazzi, gran amiga de España, y conoedora de nuestra literatura, tenía, hace tiempo, traducido al francés el drama en cuestión. Representóse hace poco en el Teatro de los poetas, de París, un arreglo de dicho drama, y aún cuando aparece bien hecho, dista mucho de poder, por él sólo, apreciarse en todo su valor la magna obra de nuestro eximio dramaturgo. La traducción de la señora Retazzi, representada en el teatro Internacional, es trasunto fiel de la obra española, y ha sido en París un acontecimiento literario, un homenaje rendido al gran autor y á su eminente traductora. El teatro Internacional, fundado por la Retazzi: tiene por objeto dar á conocer en Francia la literatura dramática de todas las naciones latinas. A la representación del *Gran Galeoto*, siguió la de *Un divorcio*, drama en un acto del escritor portugués Antonio Eunes, el mejor de cuantos en el vecino Reino escriben ahora para el Teatro. Madame Retazzi ha publicado en la *Nouvelle Revue Internationale* un extenso artículo á propósito de la representación de las obras de Echegaray en París.

El otro drama, estrenado últimamente en Madrid y traducido también al italiano, es de don Eugenio Sellés, el inspirado autor de *El nido gordiano*. En esta ocasión la fortuna hásele mostrado más propicia que á Echegaray. El público docto é indocto, con razón ó sin ella, sólo elogios ha tenido para el nuevo drama. Además de las innegables condiciones especiales que para hacer agradable toda obra dramática tiene el señor Sellés, en el éxito de la de ahora ha contribuido mucho lo nuevo é interesante del argumento: la pasión feroz de un anarquista empedernido, dominada súbitamente por el cariño filial representado en un niño. Los recursos sencillos y naturales á que para ello apela el autor, tanto en el lenguaje como en la acción, impresionan hondamente al espectador: en esto consiste quizá todo el mérito del drama, ya que el estilo brillante, la dicción clásica son ya cosa, descontadas al disponerse á juzgar una obra de Sellés, por ser cualidades inherentes á su personalidad literaria. La traducción italiana está hecha con especial esmero y habilidad, en términos de la peculiar al idioma castellano. Inútil es añadir que Novelli estuvo admirable al representar el papel de protagonista.

Llevar á la escena á los anarquistas y regenerarlos transformándolos en hombres de bien, ha tenido ahora en nuestra sociedad burguesa de Madrid buena acogida. No ha sucedido lo mismo en Barcelona: allí, un mes antes de que escribiera Sellés *Los domadores*, título del drama á que acabo de referirme, se representó otro basado en el mismo ó parecido pensamiento fundamental: la regeneración de un anarquista por medio del amor y del espectáculo de la paz del hogar en la familia patriarcal y cristiana de las comarcas rurales de Cataluña. El señor Guimerá, el eximio autor de *Mar y Cielo*—drama de que habré de ocuparme algún día al hablar del teatro catalán contemporáneo,—dio á la escena *La fiesta del trigo*, drama de admirable contextura, como todos los suyos, con personajes que parecen materialmente arrancados del natural, pero presentados con aquel arte, propiedad de los que comprenden y sienten profundamente la vida. Guimerá es de los que creen en la posibilidad de la regeneración del mundo por el amor de todos á todo, como lo predicó Jesús y quizás mejor que él—considerando á Jesús, únicamente en su naturaleza humana—San Francisco de Asís cuando decía que para salvarnos debemos amar á todos los seres vivientes, hasta á los árboles y á las plantas.

Es ese amor universal, ley de vida y fun-

damento de toda racional filosofía, puesto que por él se explica desde la atracción molecular, hasta la armonía de las esferas siderales; desde el instinto que confundiendo en uno dos seres, los reproduce, hasta el que, acercando á los individuos crea y organiza la familia, funda los pueblos y las naciones y federa las razas. Es este amor la filosofía del sentimiento: el hombre no sigue esta filosofía, no la sigue ó por causa de deficiencias de disciplina social que le impiden el conocimiento sencillo del bien, ó por aberraciones de la mente lanzada en pos de ideologías sin objeto. Recuerdo que allá en mis mocedades, cuando sólo pensaba con el corazón, escribí una fantasía en que armonizaba todas las antinomias del espíritu, resolvía todos los problemas políticos y sociales por medio del amor. Después, cuando me hube engolfado en el estudio de los antiguos y de los modernos pensadores, identificándome con unos y rechazando á otros, creí en las grandes síntesis y en que todo puede y debe ser ordenado sistemáticamente por medio de la razón pura y la voluntad bien educada, reíme de aquellas que consideré candideces de la soñadora juventud. Ahora que tras años y desengaños he aprendido á analizar por medio de la investigación experimental, y héme persuadido de que muchas cosas no son lo que parecen ni parecen lo que son, comprendo que el pensamiento moderno dude y vacile, que haya tendencias bien determinadas hacia lo espiritual, lo vago, lo superior y que se hable de reacciones y retrocesos que asustan á los que creen firmemente que el progreso material, la atención únicamente fija á lo práctico y á lo positivo bastan para dirigir á la humanidad y consolarla ante la innegable deficiencia de sus medios para realizar la justicia.

Esta tendencia no es un retroceso hacia la moral sujeta á dogmas y á ideologías sin base sólida ante la razón: lo es hacia la naturaleza invariable, hacia la contemplación sencilla de sus leyes inmutables y eternas.

El problema social, no en su esencia sino bajo el aspecto que hoy se presenta, pudiera resolverse el día en que la fraternidad entre las razas y los pueblos y entre los individuos entre sí, fuese un hecho y no una aspiración vaga é indeterminada como es ahora. Hay muchos intereses que parecen inconciliables y, en realidad, no lo son: lo parece porque los vemos á través del prisma del sórdido interés individual y preocupaciones de clase. Guimerá, en su drama, enaltece aquella aspiración, y hace morir al anarquista víctima de sus ideas, pero pesados de haber odiado más que amado: muere gritando: "enseñad á amar á los que no saben, y decidles que alienten en la convicción y en la esperanza de que la sociedad se transforma y mejorará."

Es la idea del amor que redime y salva, latente en casi todas las obras del gran dramaturgo catalán, pero idea independiente de todo dogma y prejuicio de escuela. Es el amor, no afeminado y debelador de las varoniles energías, sino aquel que aun cediendo á los apasionamientos y desviaciones innatas en la naturaleza humana, equilibra y ordena y armoniza los actos de nuestra vida. Es el alma universal presente en todas las transformaciones que llamamos nacimiento y vida, errores y aciertos, pecados y arrepentimientos: es la vuelta á la armonía de la naturaleza después de la peregrinación por la escabrosa senda de la vida puramente cerebral que hacemos los moradores de las grandes ciudades.

Y esta idea que se desprende claramente con la sola lectura del drama, no ha entrado en el público de Barcelona; se ha acusado á Guimerá de glorificador del anarquismo. De nada le ha valido el acierto en la contextura de la obra: de nada el hermoso recurso de oponer á las terroríficas ideas de odio y exterminio que nublan la mente del anarquista

al llegar á la granja rural, el hermoso y poético espectáculo de la *Fiesta del trigo* que consiste en ir las muchachas de la aldea al campo el día de la siega, coger espigas, cuantas puedan abarcar sus brazos, depositarlas ante el altar de la Virgen, bendecirlas el cura en el ofertorio de la misa, y luégo llevar la gavilla ó haz á la ventana principal de la casa, y dejarla allí todo el resto del año para que el dorado grano sirva de alimento á las aves del cielo que, como dijo Jesús. *ni siembran, ni cosechan.*

Pocos días después del fracaso de Guimerá, Sellés, coincidiendo con aquel en la idea de regenerar al anarquista por medios afectivos llevaba á la escena su drama *Los domadores*, de pensamiento mucho menos profundo y trascendental, y, como ya he dicho, obtuvo un triunfo.

Esta vez Madrid ha mostrado mejor instinto artístico que Barcelona, ó menos miedo al anarquismo.

Publicóse en Madrid, ha pocos meses un libro titulado: *Los jesuitas de puertas adentro*, sin nombre de autor pero cuya paternidad se atribuye al P. Mir, docto sacerdote que ha pertenecido ó pertenece aún á la famosa Compañía de Jesús. El P. Mir es además individuo de nuestras Academias de la Lengua y de la Historia y muy inteligente, sobre todo en numismática y arqueología; pero se cuenta en el número de los que tratando de expresar su pensamiento, atienden más al fondo que á la forma. Lo que se dice en este libro no ha sido por nadie rebatido formalmente; lo que sí se ha conseguido es que la sagrada Congregación del Índice, lo condene. Pero no ha quedado aquí la cosa; ha salido estos días un bachiller *Francisco de Estepa*, con otro libro titulado: *Los jesuitas y el P. Mir*, en cuyas recogidas páginas se pone, como suele decirse, de oro y azul al ilustrado sacerdote. No se trata, según dice el anónimo autor de la terrible catilinaria, de vindicar á los jesuitas, sino de probar que el P. Mir, al atacar á éstos se enardece: tanto, que se olvida por completo de que es académico y de que el serlo le obliga á escribir bien, cuando lo hace en lengua castellana. Mordaz y en ocasiones despiadado, aparece el crítico: exagera á veces en su ingrata labor, pero no se puede negar que es el suyo un trabajo que revela ilustración, ingenio y, para la burla mortificante, excepcional aptitud. Se ha dicho que el autor de este libro es el notable literato don Antonio Valbuena, pero no parece cierto: la opinión se fija ahora en un ilustrado miembro de la Compañía de Jesús. Si el autor es sacerdote, aun cuando escriba en defensa propia, habrá de convenir en que al hacerlo, no ha tenido para nada en cuenta la caridad y la mansedumbre que recomienda el Evangelio.

Ha aparecido el tomo séptimo de la colección del Teatro selecto de Shakespeare que publica la Biblioteca clásica de la casa Hernández, de Madrid. Contiene los dramas *Troilo y Cresida*, *El Rey Juan* y *Medida por Medida*. Están admirablemente traducidos al castellano por Guillermo Macpherson. Otros dos tomos publicados por la expresada Biblioteca contienen las *Obras políticas* de Maquiavelo.

En clase de buenas traducciones hay que mencionar también las del Dr. Luis Marco, relativas á los libros: *La superstición socialista*, original del barón R. Garofalo y *La sociedad futura*, trabajo muy curioso de Juan Grave, el anarquista doctrinario. Ambos libros están editados por la casa editorial: La España Moderna.

J. GÜELL y MERCADER.

Madrid: 1896.



ESTATUA DEL LIBERTADOR EN CIUDAD BOLÍVAR

## CRONICAS LIGERAS

### FAMILIARIDAD



DISGASE lo que se quiera, la familia venezolana es muy unida. No se fijen ustedes en una que otra paliza improvisada, ni en tal cual navajazo que un miembro de la familia propine á otro.

Yo miro la cuestión bajo otra faz. Me refiero á la comunidad de bienes.

La hermosa teoría según la cual 'el trasto no es de su amo sino de quien lo necesita' tiene entre nosotros partidarios entusiastas y convencidos.

Hay quien viaja en una bestia prestada, y al llegar al lugar de su destino vende la cabalgadura. Luégo se dirige al telégrafo y lo participa al legítimo dueño del animal en estas sencillas pero elocuentes frases:—'Fulano—Tuve que negociar la mula.—Dispensa.'

Suponga el lector (una suposición no quiebra hueso) suponga que un día recibe una tarjeta de invitación para un baile, á tiempo que llega á manos de su esposa un *pa-pelito* concebido en estos términos:—'Querida Mercedes asme el favor de prestarme tu salida de teatro para berla bien pues boy á comprar una igual, te la deboberé inmediatamente. Tu afeptísima Laura de Gorrín.'

Llega la noche; la señora Gorrín no ha

devuelto la "salida" y la esposa de usted no va al baile.

Pero va su amiga.

Al cabo de veinte días, ó treinta, logran ustedes recuperar la que antes fue elegante prenda, en un estado deplorable.

¿Hay algo más hermoso en materia de familiaridad?

Instala usted en su casa un aparato telefónico para comodidad suya y de su familia. Pero hay en la misma cuadra en que usted vive una señorita que opina precisamente lo contrario. Es decir, que el aparato no ha de ser un mueble útil para usted sino una fuente de disgustos.

Como que ella, la vecinita, tiene su novio en La Guaira, y necesita comunicarse diariamente.

A las seis de la mañana, cuando la sirviente de usted abre la puerta, ya está allí la apasionada joven.

—¿No se han levantado?

—Tuavía nó, contesta la fámula.

—Voy á hablar al momentico por el teléfono.

—Bien pueda.....

—Rin, rin, rin..... ¿Estás ahí, mi cielo?... Ajá..... Porque tú no me quieres..... ¿Cuándo?... ¡Ay, no!..... ¿Y si lo sabe mamá?.....

A la hora de almorzar, la niña; á la hora de comer, la niña; á todas horas, la niña.

Como el aparato está situado en el comedor, la graciosa joven tiene buen cuidado de enterarse de la calidad y cantidad de lo que ustedes consumen, para contárselo á todo el que quiera oírlo.

¡Oh familiaridad encantadora!



GRUPO DE HUSARES EN LA APOTEOSIS DE MIRANDA—(fotografía de Lessmann)

Conozco una familia de apellido Carbuco que es el azote del vecindario á que pertenece.

¿Que hay que celebrar un santo en la casa? Pues se le piden prestados los platos á las Fulanas, los cubiertos á las Menganas, las servilletas á las Perencejas, y así de lo demás.

Antes de espirar los dos meses la persona que suministró los platos los recibe descabalados, echa de menos tres cuchillos la que contribuyó con los cubiertos, y la propietaria de las servilletas está inconsolable.

—Lo que siento es que tienen mi monograma, suele decir en tono lastimero.

¿Que hay un convecino aficionado á las flores, y las cultiva en su casa á fuerza de afanos y gastos? Pues ya puede estar seguro de que las Carbuco entrarán todos los días á saco en el jardincito sembrando la desolación y la ruina.

Tiene esta familia una muy marcada afición á la lectura, y de tal manera se encariñan con los autores que se le prestan, que no hay forma de que se deshagan de ellos.

Envíeles usted una de esas *finzas* de vecindario cursi, un poco de dulce, por ejemplo, y le costará Dios y ayuda para que le devuelva la dulcera.

Como gente llana y francota, las Carbuco.

Fuera interminable este artículo si continuara señalando detalles de la vida en familia. Además, hay cosas que no son para dichas en público.

JABINO.

#### LAS FUERZAS DESCONOCIDAS DEL HOMBRE

\*\*\*

**C**N el artículo "Metempsicosis" había hablado de los extraños hechos que comienzan á llamar la atención del mundo de los sabios y de los cuales había sacado la conclusión de que la existencia del alma estaba á punto de ser científicamente demostrada.

Después, otros hechos han sido experimentados, más sorprendentes aún que los que yo había citado, y tan prodigiosos que no me atrevería á describirlos si otros no hubiesen probado que los experimentadores no han sufrido engaño por aberración simultánea de todos los sentidos.

M. de Rochas ha coleccionado los procesos verbales auténticos más notables de sus experiencias y pronto los publicará en una obra titulada: *La Exteriorización de la motricidad*. Tengo la buena suerte de poder extractar algo de ella para los lectores de esta revista.

Espíritus superficiales han creado á M. de Rochas una reputación de brujo. El no es en suma sino un físico, desprovisto de toda superstición espiritista, que busca los hechos naturales que han dado origen á ciertas leyendas y de éstas deduce la realidad fisiológica.

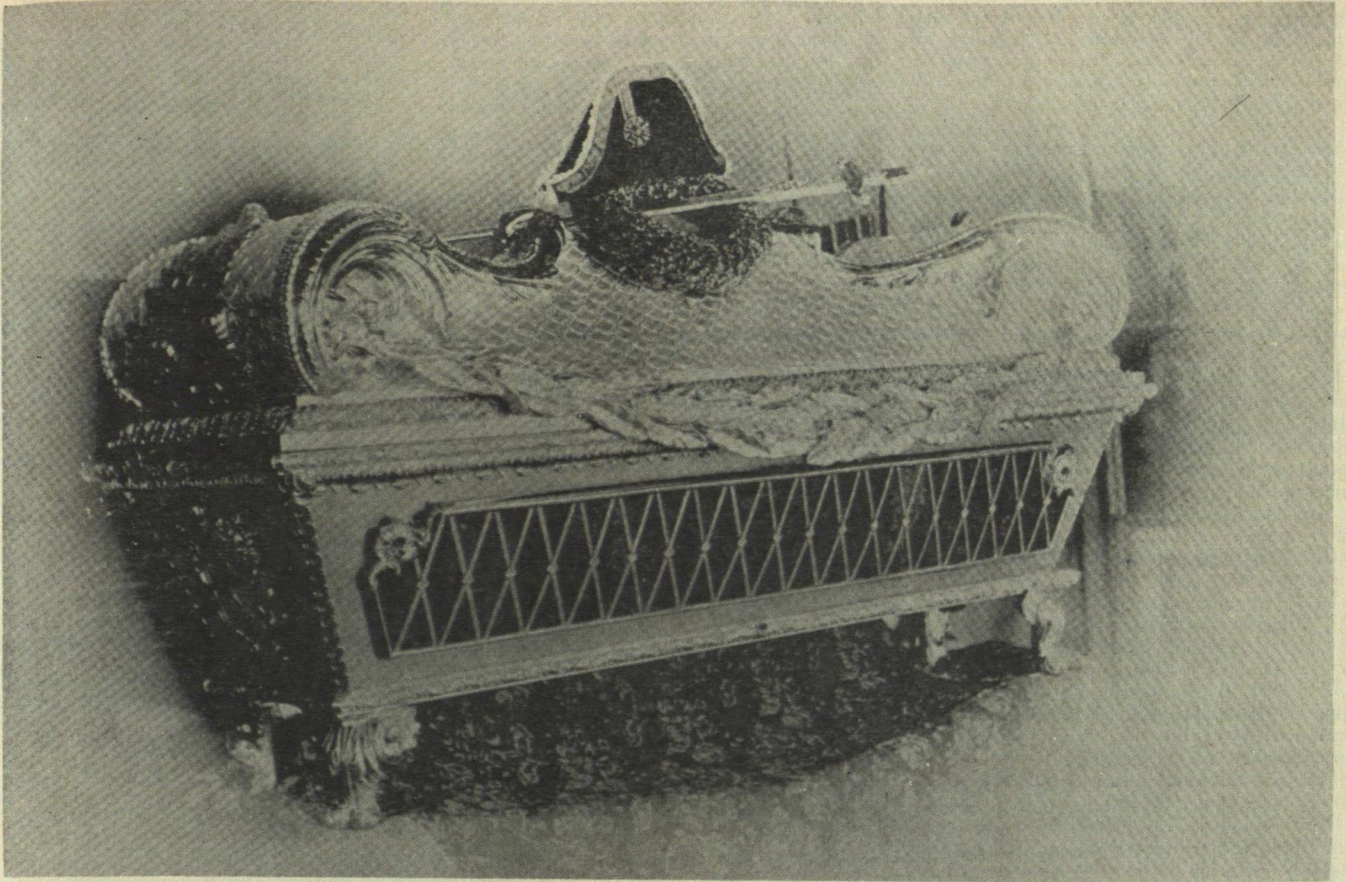
La tradición y los libros sagrados de todas las religiones han transmitido hasta nosotros hechos misteriosos, hasta ayer inexplicables, que la creencia oficial tiene por apócrifos, bien que algunos ocurridos en nuestro tiempo han sido consignados por testigos imparciales.

¿Qué dirán los sabios materialistas cuando las apariciones de fantasmas, la volatilización de un cuerpo material encerrado en una tumba, entrando en el orden de los fenómenos físicos posibles, puedan, en circunstancias favorables, ser reproducidos experimentalmente?

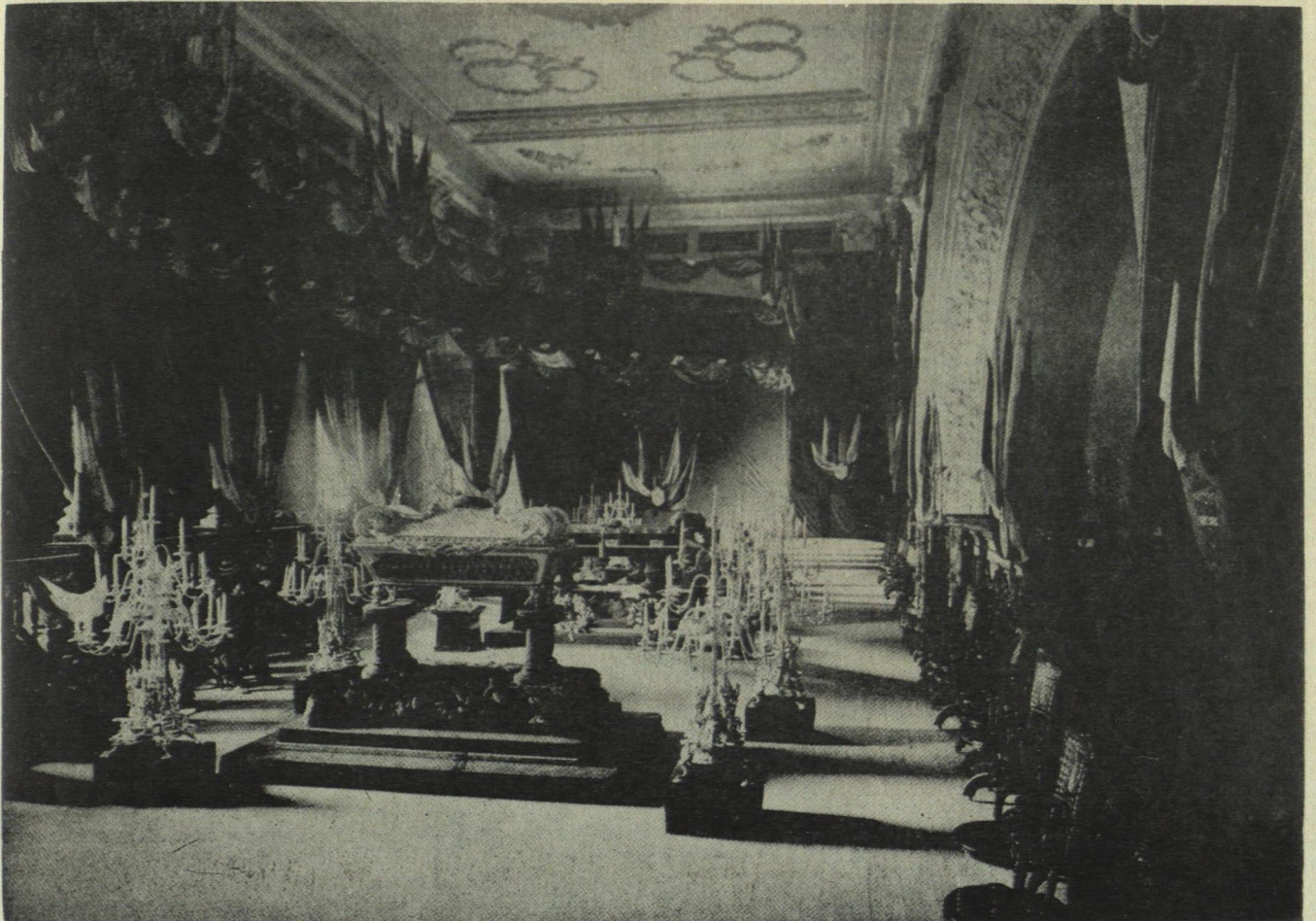
—El dominio de la ciencia nos dice á ese respecto M. de Rochas, limitado en su origen á los hechos groseros y constantes, crece poco á poco con el estudio de aquellos que á causa de su delicadeza é inestabilidad habían escapado á la observación de nuestros predecesores. Pero como ha escrito Karl du Preel: "Las fuerzas de la naturaleza no esperan, para entrar en actividad, que se las haya descubierto ó bautizado; ellas han obrado siempre y han dado lugar á fenómenos de una física desconocida, negada durante muchos siglos. hasta que aquellos se han impuesto por la evidencia de sus manifestaciones."

"Cuando por primera vez, en 1880, hablé en *La Nature*, de la audición coloreada, los sabios se echaron á reír y algunos pusieron en duda la firmeza de mi cerebro. Y luego se me ha dado la razón ante el testimonio de multitud de personas que después han declarado que han oído amarillo, rojo ó azul, según la intensidad, la naturaleza, la gravedad ó el tono de los sonidos.

"No hace apenas sesenta y dos años que se tenía por un prejuicio popular la existencia de los aerolitos, en virtud de este razonamiento de Lavoisier: "No hay piedras en el cielo y por consiguiente es imposible que caigan de allí?"



URNA EN QUE FUERON CONDUCIDOS LOS RESTOS DEL ILUSTRE PRÓCER JOSÉ FÉLIX BLANCO, AL PANTEÓN NACIONAL.—(Construida por la casa J. Boccardo & C<sup>o</sup>—Caracas)



CAPILLA ARDIENTE FORMADA EN EL SALÓN DEL SENADO PARA LOS RESTOS DE LOS ILUSTRES PRÓCERES GRAL. MARIANO MONTILLA, Pbro. GRAL. JOSÉ FÉLIX BLANCO Y DR. FERNANDO DE PEÑALVER — (Obra de la Agencia Funeraria La Equitativa)

“En *La Exteriorización de la motricidad*, me propongo establecer un hecho tan real como “las lluvias de piedra,” negadas un día por la ciencia oficial, pero que aventaja aquel por haber sido experimentado. Este hecho es: que con la ayuda de una fuerza emanante del organismo de ciertas personas puede ponerse en movimiento, sin contacto, los objetos inertes.

“Toda persona que quiera tomarse el trabajo de buscar y que tenga la fortuna de encontrar la ocasión favorable, se vencerá por el testimonio concordante de todos los sentidos, que el fenómeno de la “exteriorización de la motricidad” presenta el mismo grado de certidumbres que cualquiera de los en que se apoyan nuestras ciencias físicas.

“Hé aquí por ejemplo un fenómeno que ha sido comprobado varias veces, y que en Milán, en 1892, lo ha sido veinte y dos veces por la fotografía en condiciones excepcionalmente favorables: el fenómeno de levantarse una mesa en el aire.

“Una comisión se había reunido para examinar los hechos atribuidos á la célebre medium Eusapia Paladino. La comisión contaba entre sus miembros: A. Aksakof, consejero de Estado de S. M., el emperador de Rusia; G. Schiaparelli, director del observatorio astronómico de Milán; Karl de Preel, doctor en filosofía de Munich; G. Gerosa, profesor de física; A. Brofferio, profesor de filosofía; G. B. Timacara, doctor en física. Los señores Carlos Richet, profesor en la Facultad de Medicina de París y César Lombroso, el célebre criminalista italiano, asistieron también á varias sesiones.

“En tanto que Schiaparelli, sentado en el suelo, observa lo que pasa debajo de la mesa; que Brofferio de pies ve lo que pasa encima; Karl de Preel, con el codo izquierdo apoyado en la mesa, y la mano izquierda tomando la mano de Eusapia, y la derecha en las rodillas de ésta á fin de ver si no se movían; Eusapia levantando el brazo derecho levanta la mesa más de treinta centímetros á pesar de la presión ejercida por Karl de Preel. La mesa pesaba ocho kilos. Esta experiencia de levantar la mesa se hizo varias veces y siempre con éxito en presencia de las personas que acabo de citar.

“Con Eusapia, he observado en otra ocasión, que colocada sobre una balanza su cuerpo podía *aumentar ó disminuir en diez kilos*.

“Pero es en la obscuridad, á media luz, que los fenómenos se convierten en fantásticos. A veces manos misteriosas vienen á tocarnos el rostro, y á nuestra vez nosotros tocamos un rostro que no es el del medium, ni el de ninguno de las personas presentes. A menudo se han visto aparecer manos y rostros en un fondo ligeramente luminoso y han venido á modelarse en la tierra húmeda preparada de antemano.

“Uno de nuestros más brillantes cronistas asistió un día conmigo á una experiencia. De repente sintió una mano que le frotaba el rostro. Como es enemigo del engaño agarró la mano y suplicó que alumbraran. Se alumbró y con gran estupefacción del cronista continuó sintiendo la mano que poco á poco se deslizó de entre sus dedos.

“Todos estos fenómenos tienen por causa primera los efluvios que se desprenden del cuerpo del medium, á ciertas horas especialmente, bajo una forma semejante á la del fluido eléctrico. Estos efluvios pueden ser dirigidos por la voluntad del sujeto al objeto sobre el cual quiere obrar, y se escapan por ondas cuya intensidad corresponde al esfuerzo que las produce. La luz ejerce sobre ellos una acción disolvente; pero parece que son más intensos cuando el sujeto está en contacto directo con el suelo, sin interposición de sustancias mal-conductoras de electricidad.

“Tal es la definición que puedo actualmente dar de la fuerza misteriosa que se

manifiesta en la exteriorización de la motricidad; pero considero que los fenómenos observados en los diversos mediums presentan grandes semejanzas; y estoy dispuesto á admitir la teoría de un cuerpo fluidico, es decir, la existencia de un alma semi-material que sirve de medio y unión entre el cuerpo material y el espíritu inmaterial. Esta es la teoría de los filósofos de Oriente y de los padres de la Iglesia que parece hoy confirmarse por pruebas objetivas.

“Sé que me alejo más y más del dominio en el cual la inteligencia *positiva* debería encerrarse, según los escolásticos que tienen la pretensión de limitar la ciencia á los hechos que estudian y á los métodos que emplean.

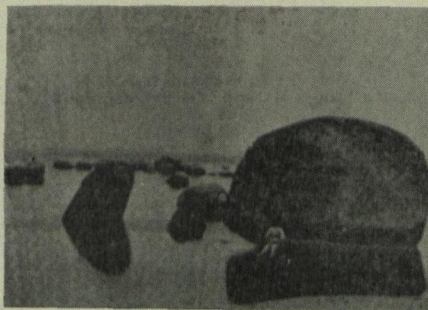
“Pero la ciencia por excelencia es aquella hacia la cual tienden todos los que se atreven á hacer investigaciones sobre las fuerzas más ó menos sutiles y que comienzan á entrever el momento en que el hombre, convencido por pruebas experimentales, de que de su cuerpo puede desprenderse durante la vida algo que piensa y que siente, concluya por asegurar que esa cosa puede sobrevenir á la destrucción de la carne y reemplazar entonces por una convicción sólida su fe vacilante.”

ENRIQUE DESORMEAUX.

## APUNTES AMERICANOS

### I

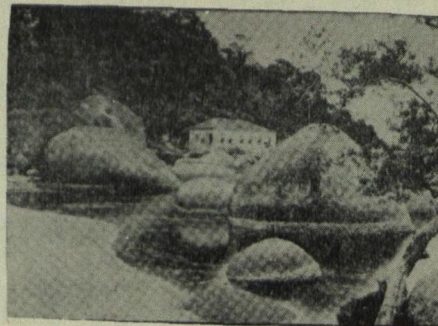
Yo no sé si es privilegio de los pueblos nuevos esta lujuria indomable de su naturaleza; esta incontenible exuberancia de su suelo; estos caudales aterradores de sus ríos; el indefinible capricho de las crestas de sus cordilleras y de los gigantes pompones de verdura de sus montañas, como si en la inclemencia de los cataclismos geológicos que los hicieron brotar de la tierra, ésta implorara de sí misma, en obsequio de sus bellezas inenarrables, la merced de vivir; y suspendida repentina é irrevocablemente la ira de las entrañas del mundo, hubiese quedado sobre el abismo, rompiendo el espacio y desafiando al cielo, el atalava de granito.



Piso de Paqueta—(Río de Janeiro)

Y he pensado si el éxtasis voluptuoso con que se contemplan estos espectáculos, nace del detritus de eterna animalidad que reposa en el fondo humano y que empuja á codiciar todas las improfanadas virginidades y á arrostrar la impotencia de todas las majestades.

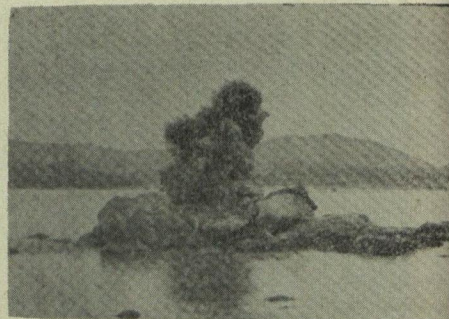
Mientras hendía el paquete las ondas y apuntaba su alta proa la circunferencia del horizonte, yo me trasladaba á los días más risueños que ha gozado el espíritu, á las cátedras de las antiguas lenguas, comprendiendo ahora cuánto



Isla de Paqueta



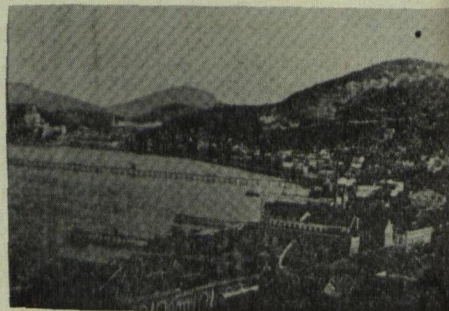
Barrio y Morro de la Gloria—(Río de Janeiro)



Playa de las flechas

ha habido de delito inconsciente al dejarme vencer, en mis indolencias de niño, por el profundo sintético del idioma griego, buscando en las floridas descripciones de Tito Livio lo que despreciara encontrar en Strabón.

Anteriormente he hablado de esta bahía única en la América. *Ciféndola* en elevado horizonte corren los morros en que mueren las sierras de Tacare-pagua y Sepiatiba, á los que trepa la capital federal por sus empinados flancos, semejando blancos convoyes, entrelamiento de trenes humeantes que discurren por las veredas, proyectan sus minaretes sobre la negrura de los montes ó penetran en los bosquecillos; son las casas, las fábricas, los monumentos de la ciudad, que se columpian sobre el seno apacible de los estuarios; con sus blancas fachadas manchadas por las ventanas y las ojivas, con sus chimeneas piramidales que señalan de lejos su armazón de acero y ladrillos, con sus torres grises que atrapan el rayo en el extremo acerado de sus cúpulas, con sus “estradas” empenachadas de palmeras tropicales que entonaron el himno de las bellezas americanas, saludando á los conquistadores. A veces se distingue entre el indeciso panorama, adonde llegan primero el espíritu y las lentes de los anteojos de viaje, un serpeo inquieto, al que sigue tenue nubecilla como hábito de hidra: son los funiculares y los ferrocarriles de cremallera que ascienden hasta los *chalets* que coronan las cumbres. De un pliegue oscuro de los cerros se levanta profunda humareda que flota sobre el laberinto de te-

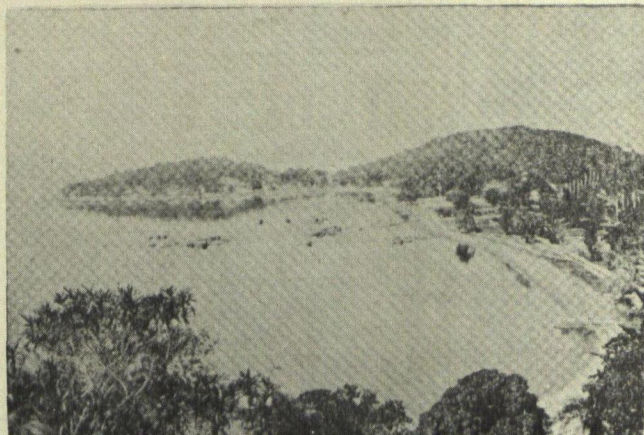


Playa de la Lapa y Morro de la Gloria

chos y almeñas, como azul montgolfiera, siguiendo los tumbos del trueno con que anuncian la llegada de nuevos paquetes los cañones de los fuertes. Y el vapor va deslizándose, con inquietante lentitud, por entre rompientes y escollos que clavan el manto de la bahía, y costeano islas de tan loca forma como la isla de las Flechas, amontonamiento de negros cristales sobre los que arroja el oleaje verdes girones de nubes



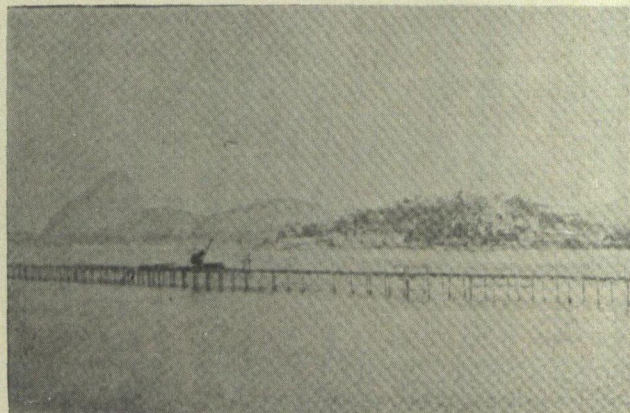
Entrada de la Bahía de Río de Janeiro



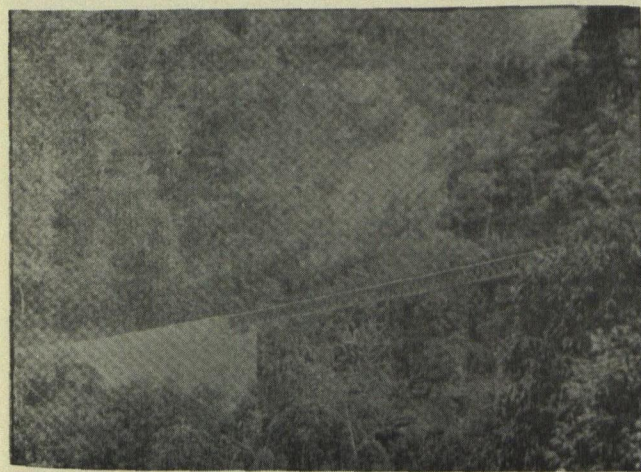
Barrio de Paqueta



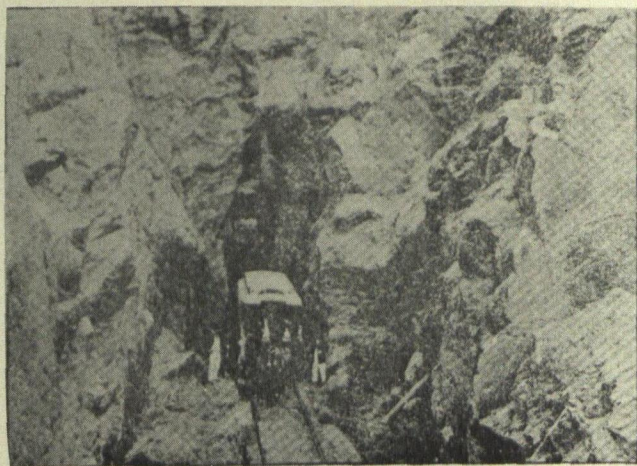
Vista de Niteroy, capital del Estado de Río — Frente á la capital Federal



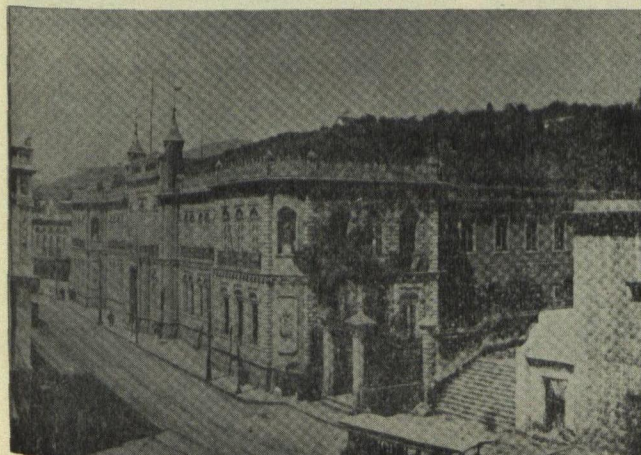
Morro Pan de Azúcar—Playa de la Gapa y Barrio de la Gloria



Puente del Ferrocarril del Corcovado



Túnel de Copacabana



Edificio de la Imprenta Nacional



Ministerio de la Agricultura



Vista exterior del Jardín Botánico



Estatua del Emperador en la plaza Rocío

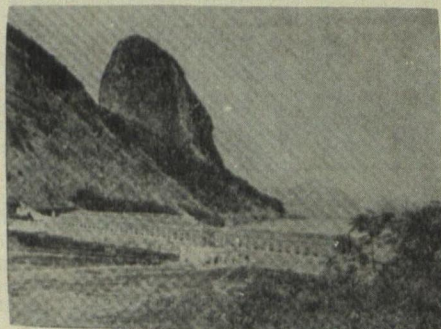
go que sirven de abono á juncales amarillentos. Y ya es el paso de Paquetá, un juego de moles relucientes posadas sobre cojines de hongos; ya es la isla incalificable, umbrosa, húmeda, rumorosa, bacante fluminense cantora de este inagotable orientalismo, desordenado derroche de luz sobre sus canales, de flotantes penumbras en sus recodos, de cantos de pescadores semi-desnudos; pescadores italianos que han venido en incesantes inmigraciones, para establecerse á las orillas de esta misma playa de Paquetá que les brinda ensenadas ondulantes como las ensenadas de sus islas del Mediterráneo, herederas del encanto armonioso de los archipiélagos helénicos; que les ofrece paz bajo un cielo riente de azul imperturbable, como el azul de sus bahías napolitanas, seno amoroso á que se acogieron aquellas islas que ama-



Paseo público

ñalando, con repetidas insinuaciones, *Pan de Azúcar*, un cono de 400 metros de altura apostado en pleno mar como una boya colosal; *Corcovado*, un pico de mil metros, agudo y brumoso, desde cuya altura se dominan la bahía y la ciudad.

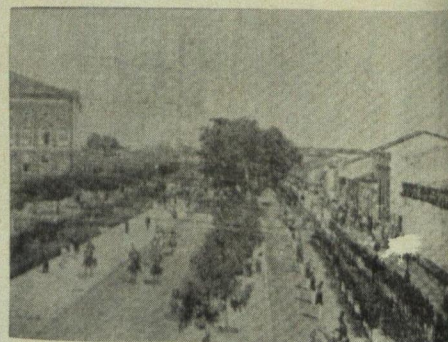
Desde que estamos en el muelle empieza la agitación de la llegada; el laberinto enojoso de mensajeros; la solicitud de una habitación al abrigo de los miasmas epidémicos; el deseo de verlo todo de un golpe; la inquietud de no apreciar bien ni conocer certeramente el lado notable de la ciudad nueva, de la capital alabada adonde se dirigen razas y pueblos en perennes migraciones; el temor de no saber comunicar á lectores de una de las más cultas capitales de la América, muchos de los cuales han sentido la vida vertiginosa de las metrópolis



La Escuela Militar

pagano, en todo lo que tuvo de bello é inmortal,—me hace amar á sus infelices hijos, ultrajados por esta impiedad de los intereses modernos . . .

A nuestra derecha va desenvolviéndose la accidentada playa en donde está construida Niteroy, la antigua capital del Estado de Río de Janeiro, frente á la capital de la República, en una curva de la bahía, trazada con fuego en las noches sin luna por los mecheros de la orilla y los farolillos verdes y rojizos de las barcas que hacen el servicio. Desde las primeras horas de entrada los pasajeros invaden el castillo de proa para observar cómo van surgiendo en escala ascendente los picos de los morros en donde están edificados los arrabales, y van se-



Belén del Pará, Plaza del Teatro de la Paz

ron las sirenas, aquellos fragmentos de la Grecia mutilada que flotaron hasta las orillas de un mundo nuevo, llevando la herencia salvadora de la cultura ateniense, Capri, Ischia y Prócida. A este abrigo de Paquetá se han acogido esos hijos abandonados, hijos errantes de la patria más hermosa que ha tenido el espíritu humano en los tiempos modernos: aquí han traído la ruidosa alegría de gritos y colores napolitanos; aquí comercian en macarroni y baratijas, tienden sus redes, construyen sus bateles y reman hacia el vivero, á compás de las dolientes barcarolas de la risueña madre del arte, ó entonando al rumor acariciador y bullente de este golfete alegre, el canto nostálgico de la *Mandolinata*. Mi inextinguible amor por aquella encantadora tierra,—que recogió las palpitaciones del espíritu



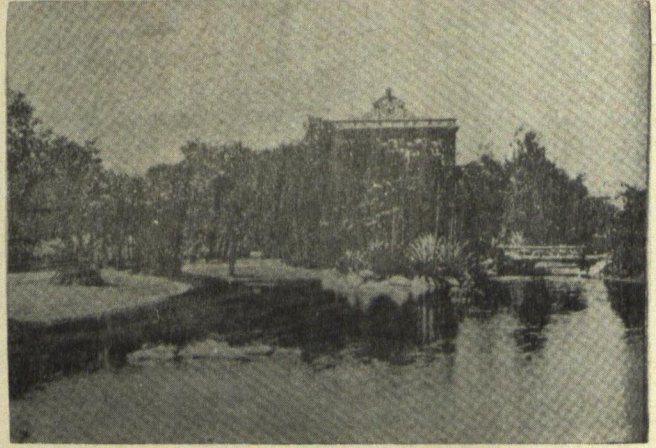
Estufa del Jardín Botánico—(Río de Janeiro)

europas, impresiones de recién estrenado turista; la agonía de sofrenar las tendencias de un espíritu trabajado desde niño por la aridez de estudios especiales que han atrofiado, si es que no han marchitado y muerto, todas las alegrías de la infancia y todas las candideces de la adolescencia; la preocupación de no enviar sino soporíferas tiradas de consideraciones personalísimas que á pocos importan, en bastarda prosa; y una vez reunido el material, el sufrimiento no de todos conocido para conciliar la profunda huella de reflexiones críticas que deja el estudio de nuevas sociedades, con mucha levadura de arte, de plasticismo rebelde á venir-se á las cuartillas, que deben ennegrecerse en un minuto, sin tardanza, sin tiempo para acicalamientos de toilette: dura faz del deber, do-



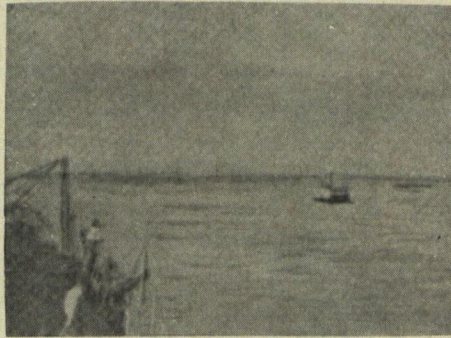


Calle 1º de Marzo



Lago de la Plaza de la República

lor intenso de furtivo alumbramiento. Y empieza la peregrinación anhelante por calles estrechas y pantanosas, á la sombra de edificios desconocidos, entre una multitud repugnante de niños descalzos y semi-desnudos, de mujeres en cuyos rostros ha asestado sus bofetadas el deleite, de hombres harapientos y sudorosos, de ensordecimientos de pregones y carromatos, y campanilleos de ómnibus y gritos de vendedores ambulantes, prometiéndonos que la ciudad está detrás de esas paredes semi-derruidas y sombrías, á la salida de esa callejuela asquerosa, al caer de aquella rampa tupida de yerba silvestre abonada por el lodo corriente del destrozado pavimento, y sin que aparezca en tantas vueltas esa soñada ciudad, sino todo este pedazo de Gueto mugriento y mal oliente, camino de los recomendados arrabales, trepando por sus inclinados ferrocarriles, penetrando en larguísimos túneles como el de la Copacabana, para caer, apenas con aliento para contemplar el espectáculo, en estos barrios sonrientes, *Lapa*



Entrada al río Parati

la *Imprenta Nacional*, el *Ministerio de la Agricultura* y la *Casa de Moneda*, acaso porque la esplendidez de la naturaleza de los trópicos les presta fisonomía de regios castillos, circuidos de palmeras, de quintas y de lagos; naturaleza desbordante hasta hacer innecesaria la intervención humana, bastando "escasa industria" al rico florecimiento de estos paseos públicos, como el que lleva este nombre y la plaza de la República, vasto parque de aspecto parisién, y la plaza de la Aclamación, en la que se ostenta la estatua ecuestre de D. Pedro, estatua monumental á la que sirven de basamento atributos de la zona brasileria y episodios de su historia, simbolizados en bronce.

El entusiasmo, el movimiento, la agitación de la vida mundana de Río se concentran en la calle del Oidor (*Ruado Ouidor*). Es una calle completamente egipcia, estrecha y semi-oscuro, que corta el centro de la ciudad, pero que á una hora determinada del día encierra el oleaje rumoroso de cuarenta mil transeúntes.—Por qué?



Avenida de San Jerónimo—Belén del Parati



Muelle del Reducto

y *La Gloria*; la *Escuela Militar*, con sus amplios cuarteles de instrucción; su campo de maniobras; sus colinas y hondonadas para aprendizaje de artillería de sitio y de montaña; sus matorrales para emboscadas de guerrillas; sus vistas al mar, á cuyas lejanas perspectivas se habitúa la mirada de estos estudiantes, cuyo aspecto y costumbres y vida merece especial descripción; imberbes é infantiles conscriptos de la patria, á cuyo llamamiento acudirán un día; tallados bajo los estrechos y vistosos uniformes; niños de plácida fisonomía, de miradas penetrantes, que merecen amable atención, por la graciosa arrogancia marcial que ponen en el caminar ordinario, marcando el paso; ladeado el kepi; lustrosos los galones; algunos ostentando con noble orgullo sus medallas escolares sobre pechos que ayer nomás calentó el regazo materno y que están aprendiendo á palpar al impulso de otro amor grandioso; ceñido el espaldín cuya empuñadura golpea el tratado de Algebra ó de Balística; presentando las armas con ágil desenvoltura; haciendo gimnástica con el fusil; trepando á las garitas; corriendo en el campo en guisa de ayudantes y edecanes, ó paizar y arriar banderas; atentos al toque de

corneta que los saluda al alba con sus dianas enardecientes y les grita hacia qué sombra del matorral espía la guerrilla enemiga ó hacia qué punto semi-escondido y eminente de las colinas asoma su negra boca el cañón de sus diminutas baterías: escuela de santo culto, en donde va á fortalecerse en salvadoras inspiraciones el espíritu y á lubricarse el cuerpo en saludables ejercicios; á los lados, en los extremos de los cabos, y en medio del mar, los castillos y los acorazados amenazantes y siempre en vela, y entre las palideces de la bruma que arropa el morro del frente, el arrabal *Santa Teresa*, á cuya cumbre extrema dominan los elegantes parques del Hotel Internacional.

ELOY G. GONZALEZ.

Río de Janeiro—1896.

APUNTES AMERICANOS

II

Pocos monumentos posee la capital. Sus principales edificios no son tan notables que puedan hacer excepción entre las ciudades americanas. Entre ellos se distinguen el edificio de

Porque en ella están los grandes almacenes, la alta banca, la aristocracia de la moda y del placer, la exhibición desaforada del lujo, en joyas y artefactos, y telas é invenciones; calle interdita al tráfico de vehículos desde las diez de la mañana y á la que concurre presurosa la pobre humanidad, á exhibir sus debilidades, sus tonterías y sus tristezas. Sombreros altos y relucientes, redingotas recién salidas del taller, seda, crujiente seda, prendas, brazaletes que son capitales, todo corre en ella de las dos á las cuatro de la tarde; al lado, sí, de estremecedoras tristezas, de dolorosos engaños, de andrajosos reclamos de la baja miseria, al lado también de reclamos pomposos de esa miseria más dolorosa aún, la alta, la que se enguanta de cabritilla y se trajea de frac y blanca corbata, llevando una sonrisa en los labios, limpio el bolsillo y pavorosa el alma. Rozando de propósito al transeúnte y envolviéndolo en atmósfera de penetrantes perfumes, pasa la cocotte, herofina de amargos episodios, provocadora de terribles dramas; y luego la obrerilla ajetreada y coquetuela, apresurada y remilgosa, llevando los materiales de la labor; y una especie de nabat, pronunciado el pecho, retorcidos los gruesos



Boulevard de la República—Belén del Pará

mostachos, con aire de triunfal bolsista, de empujado banquero y que á la vuelta de la calle de moda, en una casa de remates, ha salido de su última prenda, los botones de oro y brillantes de la pechera; y un desgraciado, pálido, achacoso, de triste mirada y rostro de limosna, raído el *jaquet*, grasiento el sombrero, empolvados los borcegues y que percibe de los bancos la modesta rentecilla de cinco mil dollars por

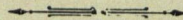
“Magia Negra”; y la madre modesta y sencilla, frente á vidrieras tapizadas de confituras y vidrieras ondulantes de raso y cachemiras, pensando tal vez que sus hambrientos hijos no han almorzado bien y que sus pobres hijas acaso no podrán volver á vestir, por “miareada,” en la próxima festividad religiosa del año entrante, la humilde falda de tosca zaraza de fantasía; y un pregonero de periódicos que os

grita la renuncia del Presidente de Francia! y otra victoria de Menelik!: lastimosa humanidad, miserable rebaño cada día sacrificado, que vive en eterno carnaval de efímeras alegrías y perennes amarguras, llevando artificial desde el sentimiento hasta la idea, llorando en tus orgías y riendo con histéricas carcajadas frente á los patíbulos! . . . Así la *Rua do Ouvidor*, tiranizada por el fausto, sembrada de humanos hon- gos.

No se transita á pie en las otras calles, en esta capital; ni menos en carruajes que son de escaso uso y que por un paseo cuestan de sesenta á ochenta mil *reis*, próximamente catorce dollars al cambio de hoy, y alrededor de ocho libras esterlinas á la par. Se emplean tranvías tirados por mulas y algunos de tracción eléctrica que cruzan por todas sus calles la ciudad y cuyo pasaje importa 0.02. En ellos se va hasta los arrabales de la planta baja, y ellos conducen hasta este otro sitio digno de visitarse: el *Jardín Botánico*, de los más notables de la América. Su descripción ha de ser científica y más propia de una cátedra que de un periódico: excúsome de hacerla aquí, en donde habría de cansar la nomenclatura botánica y la envío, junto con la guía sistematizada de las especies vegetales de este utilísimo establecimiento, á mi distinguido profesor de Ciencias Naturales en la Universidad de Caracas.

ELOY G. GONZALEZ.

Río de Janeiro: abril de 1896.



## CHANZAS Y VERDADES

## GRAN BAILE



## A BOLIVAR

Cuando las armas que forjó Vulcano  
Pasan, cual prenda de celestes dones,  
En liga misteriosa de eslabones,  
De Júpiter olímpico á tu mano;

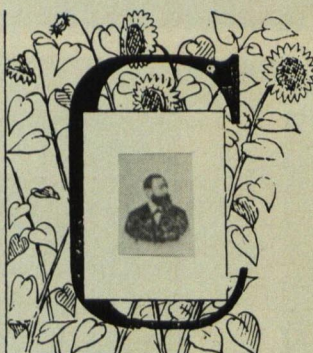
Por magia del valor y del arcano  
Estremecen el Orbe tus legiones,  
Y humillas, á la faz de tus pendones,  
El dorso andino y el poder hispano.

Paladín con tus armas, la Victoria  
Del genio esclava y á tus pies rendida,  
En tablas de oro cinceló tu historia;

Inerme ya, la espada desceñida,  
Pontífice en el trono de la gloria,  
Te vio la envidia y te asestó su herida.

SANTIAGO GONZALEZ GUINAN.

Valencia: 24 de julio de 1896.



OMPACTA muchedumbre de curiosos llena, delante de la casa de don Salomón Mercader, todo el espacio de calle que dejan libre los coches en que llegan á la hora señalada

los convidados al espléndido sarao. La acera del frente la ocupan familias de la alta sociedad, no invitadas á la fiesta ó impedidas de asistir á ella, las cuales en són de paseo acuden con mal disimulada curiosidad á presenciar la llegada de los concurrentes, y á inspeccionar lo que del adorno de la casa y de las “tuiletas” de las damas pueda verse desde fuera. Cada ventana ostenta al exterior un frondoso racimo de pueblo soberano que cuenta con nutridos grupos de relevo, debajo, en la acera, y mantiene un flanco numerosísimo é intrépido delante de la puerta, guardada por dos agentes de policía destinados á contener dentro de sus fronteras la invasora curiosidad de aquella onda humana pujante y formidable, á través de la cual, y por angostísima brecha, tienen que pasar las damas, temblorosas bajo sus tules y armiños, y dejando en pos fragancia tentadora, aspirada con deleite por los curiosos de alpar-gata.

La morada de don Salomón lanza á la penumbra de la calle cuatro cataratas de luz, correspondientes á las tres ventanas y la puerta, por las que salen, con aquellos cuatro rayos de un mismo foco, otros tantos vahos de aire caliente y perfumado. En él llegan á los oídos de “la barra,” ahora la escala cromática de una carcajada femenil, ahora las quintas del violín que se templá ó la ronca nota de algún cobre que se prueba; ecos que se mezclan con los ruidos de

la calle, donde alterna el golpe de la portezuela con la rechifla que levanta la caída de una fruta humana al desprenderse del racimo, ó con la franca risa que provoca un dicho agudo al alzarse sobre el tono general de la crítica susurrante y corrosiva.

De un lujoso *landean*, tirado por soberbio troneo americano, bajan los esposos Faría y sus hijas Matilde y Ernestina; y sea casualidad ó esperada coyuntura, al bajar del coche la última de aquellas se encuentra de manos á boca con Perico Luces en flamante y correcto traje de etiqueta, y á quien no parece preocupar el contraste que con su porte de alta ceremonia hace la cachuchita de entre casa, que cubre á guisa de sombrero la cabeza.

—¡Qué feliz casualidad!—exclama Perico ofreciendo el brazo á Ernestina y pasando adelante para abrir paso por entre los curiosos al abultado abdomen de don Francisco, aumentado lateralmente por las amplias caderas de su consorte que con él entra de bracero. Matilde de par en par, como siempre, por culpa, cree ella, de los hombres “confiscados” que no quieren tener ojos juiciosos, cuando la culpable es en verdad la naturaleza que la hizo sosa y fea.

En el orden dicho penetra el grupo al zaguán empetatado, y luégo, por la puerta interior, abierta de par en par, al corredor principal, empetatado también, y cuya decoración la forman, señaladamente, artísticos, caprichosos, y algunos monumentales ramilletes de flores naturales arriados á las paredes, donde interrumpen, de trecho en trecho, las hileras de sillas de Viena, y se miran á la luz de los grupos de girándulas y de los invariables racimos de cuajados globos, en la diversidad de espejos que cubren ahora la acostumbrada desnudez de los sólidos murales.

Con gran disgusto de Perico y gran contentamiento de Matilde, dos caballeros comisionados *ad hoc* por el amo de la casa ofrecen el brazo á las niñas, sin hacer caso de la impedimenta de los papás, quienes con pesado andar y distribuyendo saludos de cabeza á derecha é izquierda á la concurrencia masculina que se rebulle en el corredor, siguen á las parejas precursoras hasta la puerta de la sala, donde son todos cortesmente recibidos por don Salomón y su costilla; pero no tanto que don Francisco salga del embarazo que le ocasionan el decañito de castor y el gabán, ni doña Ca-

silda y sus niñas de la duda sobre el punto á donde han de ir á despojarse de los chales, hasta que dos officios invitados acuden en socorro de todos, para indicarles los lugares de la casa destinados á depósitos de abrigo y sombreros, que en perfecto orden se reciben y numeran.

No poca desazón causa á don Francisco lo que presencia en el ropero cuando allí acude á dejar el gabán y la chistera. Mientras el encargado de recibir las prendas ata á las del nombrado caballero el cordoncito de que pende la cartulina con un número igual al que se le ha entregado, nuestro hombre ve con sobresalto que, ocultamente y acompañados de propina indefectible, son allí también depositados, por docenas, revólveres de dimensiones y clases varias, como si se temiese que aquella fiesta social en respetable casa de familia entrañase oculto atentado contra la vida de los concurrentes; ó como si pretendiesen los jóvenes conseguir parejas á balazos.

Empieza el bueno de don Francisco á temer por la seguridad de su familia; y acrece sus temores el ver cómo los mismos depositantes de armas mortíferas ocurren presurosos al botiquín en solicitud de brandy ó lo que haya allí de espirituoso, y que, de paso sea dicho, lleva ya camino de agotarse antes de romper la música del baile; y comparte con don Francisco tales temores cierto caballero francés recién llegado, de nombre Mr. Gastón Machine, hombre cultísimo, que acaba de hacer conocimiento con aquel, á quien se dirige en estos términos:

—Mais, Monsieur Fariá, yo no tenga armas sobre mí. No creer esto necesario: estar invitado á un baile y no á un combate. Tiene en mi casa mi sable de antiguo oficial de coraceros. Yo puede ir y traerlo, todo de seguida. ¿Cree usted que yo deber hacerlo?

A vapores se ve don Francisco para disuadir de su propósito al francés, y para darle explicación racional de cómo puede acontecer que personas cultas, caballeros distinguidos, despachen en una hora y en un sarao una caja de cognac.

—Venga usted, Mr. Gastón,—exclama al concluir el señor Fariá,—venga usted: tendré el placer de presentarle á mi señora y á mis niñas. Y tomado del brazo por el aún alarmado Mr. Machine, don Francisco recorre en su compañía salones y corredores en busca de doña Casilda y de sus niñas, de las cuales, para sin par satisfacción é inmortal recuerdo de Matilde, es ella la primera con quien dan. Está sola, con su programa en la mano y la angustia en el semblante: el fantasma terrífico del "pavo" le hace muecas de burla desde las vírgenes paginitas del programa. ¡Oh, padre bondadoso, amante y previsor! ¡Oh, francés sublime y oportuno ante quien, después de los cumplimientos de la presentación, huye el pavo mefistofélico al són de estas palabras:

—Yo estaría afortunado de bailar con la señorita.

—Vamos, hija—dice don Francisco—¿tendrás por casualidad una pieza libre para este caballero?

Disimulando la emoción que la sofoca, Matilde consulta *pro forma* el cuadernito inmaculado y hace como que recuerda, para exclamar al fin y de pronto:

—¡Qué casualidad! Tengo libre el vals de introducción que están empezando á tocar.

Y con correcto disimulo evita que Mr. Machine vea el programa y la coja en la mentira. Pero no bien se ha levantado y tomado el brazo del francés, cuando, como brotada de la tierra, aparece doña Casilda presurosa y la interpela como sigue:

—¿Vas á bailar, Matilde? ¿No sabes que el método te lo ha prohibido en absoluto?

—Pero, mamá.....!

—Bueno, pues; te dejaré bailar esta pieza. Pero ésta y nada más, ¿lo oyes bien? después, ninguna otra.

(¡Oh, comedias disculpables de la ternura maternal!)

Ni Mr. Machine sabe bailar el vals venezolano, ni Matilde el francés ni ningún otro. Pero intrépidos se lanzan en medio del torbellino de danzantes, dando pisotones á diestro y siniestro, achatando narices, tumbando ramilletes y atropellando á todo el mundo en medio de imprecaciones y de burlas dichas por lo bajo.

—¡Cójalos, que van desgaritados!

—¡Ayayay! Que se lleva mi pie derecho en el tacón ese franchute!

—¡Misericordia! ¡que nos matan!

—¿Y no hay policías en la puerta?

—Don Salomón! Le tumban la casa.

La pareja destructora se detiene á tomar aliento, obediendo á una disimulada insinuación hecha por Ernestina á su hermana, y Mr. Gastón aprovecha este descanso para oír la música y observar á los danzantes.

Perico Luces baila con Ernestina. La lleva acostada sobre el brazo derecho que rodea la cintura de la niña, hasta tocar con los dedos el lugar donde ella tuviera el hígado si no lo hubiera desalojado y encaramado sobre los riñones el corsé. Ella coloca el brazo izquierdo á manera de almohada sobre el hombro derecho de Perico, y allí reclina la artística cabeza, é imprime en la solapa del frac del lechuguino la huella de polvo de arroz de la mejilla sonrosada. La solicitud de Perico por su delicada compañera va hasta no tomarle la otra mano, á fin de conservar la izquierda suya libre y servirse de ella para defender de empellones el cuerpo de Ernestina estrechamente abroquelado; y ella, para no dejar la mano no tomada por Perico á merced de llevadas y traídas, la mantiene encima del cuadril del mozalbete, de suerte que el brazo es cabalito para sorpresa de Mr. Gastón, que no esperaba hallarse allí con "eso."

La orquesta derrama sus notas desde el kiosco central del patio, por encima de los luminosos vasitos de color que á manera de luciérnagas esmaltan los cuadros del jardín. El violín de Isidorito y el clarinete de Teodoro hacen primores, y producen frenéticos efectos sugestivos de danza desenfadada en los bailarines, con aquellos contra-tiempos, fugas y silencios de sorpresa, y aquella hábil reminiscencia del *joropo* con que salen de las cuerdas y las llaves los majestuosos vales de Waldteufel, no reconocidos por Mr. Machine entre el rasgueo del *cinco* que reclama á gritos la compañía de las maracas.

El frenesí de los danzantes llega al colmo: comprendiendo los músicos y creen oportuno introducir aquellos sonidos imitativos, del clarinete y del violín, y de ordinario reservados para las piezas de la madrugada; y nueva sorpresa se apodera de Mr. Machine que no sabe donde maullan los gatos, graznan los gansos y rebuznan los burros calumniadores del buen gusto de Waldteufel.

Perico Luces y Ernestina se detienen á tomar aliento muy cerca del francés y de Matilde, de suerte que Mr. Gastón puede escuchar el diálogo siguiente:

—La próxima pieza también es mía.

—No puede ser, Perico, la tengo comprometida.

—Mentira, negrita.

—Es verdad, y no sea fresco.

—Guá! Mírenla que *chivata* está hoy!

Los ojos de Mr. Machine echan chispas detrás de los lentejos, y airado vuela el francés en busca de don Francisco, á quien

encuentra á punto de "entrarle" á un helado de naranja.

—¡Oh! ¡Monsieur Fariá!.....; ah!.....; oh! qué escandaloso!.....Un animal..... un atrevido y bruto..... un imbécil colado se está atrevido de bailar con la señorita hija de usted.....; Ah! si usted oyera cómo groseramente le habla! Venga usted Monsieur Fariá. *O'est trop fort, trop fort, trop fort!* Fuerza prevenir á Monsieur Salomón de los insolentes colados. Ah! mire usted: ellos se avanzan.

—Pero, Mr. Gastón; el que viene con Ernestina es Perico Luces. Usted se ha equivocado.

—¿Comment? ¿Ser ese un caballero?

—Sí, señor; le digo á usted que es Perico Luces.

—(¡Sapristí! *O'est bizarre ça!*)

A este tiempo da las doce el reloj de Cathedral, y corre la voz de que ya se ha abierto el buffet.

Mr. Machine, que no ha podido desprenderse de Matilde, porque no ha acudido á buscarla ninguno de los parejas mitológicos, resuelve llevarla al buffet, cometiendo inocentemente la indiscreción de invitarla á comer un poco de pavo; y, como llegan de los primeros, encuentran el servicio aún en orden.

Dejémoslos allí y observemos cómo se va doblando el fondo hasta desaparecer la primera fila de los que cenar detrás de una segunda, y pronto ésta detrás de una tercera; y así sucesivamente hasta presentar el buffet el aspecto de un enjambre de moscas sobre un terrón de azúcar. Los sirvientes no pueden atender á tanta gente que quiere cenar al mismo tiempo. Los de las últimas filas se impacientan y empiezan á pedir las cosas en voz alta. Va creciendo la algazara. Este pide galantina para una señora; aquel reclama en todos los tonos dos copas de champagne; el otro pide un plato servido. Por aquí se oye una voz que dice: "jamón y pavo para mí"; por allá otra exclama: "las uvas que pedí hace media hora!" Todo el mundo quiere á la vez cosas distintas. El servicio de los que están detrás se hace por encima de las cabezas de los que están delante. Se ven quinientas manos alzadas y agitándose, y viajando por ellas platos, bollos de pan, tenedores, manzanas, copas de vino que llegan medio vacías á su destino, conchas de helados que se derraman; todo acompañado de gritos y de gestos. Hay quien con familiar resolución le mete el hombro á aquella muralla de cuerpos, dispuesto á abrirse paso de este modo hasta la mesa. Perico Luces, que se está comiendo con los dedos una tajada de jamón, refiere, muerto de risa, cómo derramó sin culpa una copa de champagne sobre la calva de Mr. Machine. A don Francisco lo sacan casi exánime de las entrañas mismas de aquel monstruo humano de quinientas bocas. Tanto lo apretaron contra la mesa que la tabla de ésta le hizo una zanja en el nacimiento del abdomen. Una señora sale con una diadema de brillantes en alfmbar; otra con un penacho de plumas á la crema. Se oyen á un mismo tiempo quebrar de copas, cascar de nueces, rodar de cucharas por el suelo, estallidos de platos, exclamaciones, gritos, risas, todo en la creciente confusión de un familiar desenfreno, audaz, ciego, arrasador á insaciable.

Sofocado, con los lentejos rotos, la calva bañada de champagne, el frac rasgado y lleno de grasa y crema, sale de entre el enjambre con violento esfuerzo Mr. Machine, con el espanto de quien, después de un terremoto, aparece entre las ruinas. Nada sabe de Matilde ni ya se ocupa de ella, violento por correr en busca del sombrero y el gabán, antes que salgan á lucir los revólveres, cuyo objeto ahora se explica, y



LAS PAMPAS — (Apure) — De fotografía del señor Avril

creyendo ya oír el tiroteo. Pero llega al ropero y sólo encuentra una especie de campo de Agramante, un cuarto que los que cenaron y se fueron dejan esterado de chisteras apabulladas, de *camaritas* grasientas y maltrechas, de gabanes arrastrados por todos los rincones, sin que asomen por ninguna parte las prendas del francés, ni persona á quién reclamarlas.

— *Oh!.....oh!.....c'est trop fort, trop fort!* — exclama cubriéndose á prisa la cabeza con lo único que en aquel desastre halla servible: con la gorrita de entre casa de Perico Luces.

EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA.

Julio de 1896.

### COSTUMBRES TEATRALES

“EL DRAMA SERÁ EXORNADO CON TODO EL APARATO QUE SU ARGUMENTO REQUIERE”

AL haya mi suerte, señores míos, y la hora en que pensé hacerme célebre por el camino de la literatura!

¡Mal haya la hora en que terminé y dí al teatro mi primero y último drama!

Si me pusiera aquí á relatar los sudores

y fatigas que empleé para idearle, planearle, escribirle, corregirle, limarle ..... serían interminables estas plañideras frases.

En fin, le hice, le llevé, busqué una recomendación para que le leyeran, luego otra, casi todos los abonados se interesaron por mí..... Al cabo le leyeron.

—Es preciso que varíe usted el lugar de la

escena del acto segundo, me dijo el empresario. No tenemos decoración de playa y ya ve usted, que pintar una decoración para un autor principiante.....

Tan necesaria me era á mí la playa en el acto segundo, como el alimento á mi cuerpo. Sin embargo, varié la escena y llevé nuevamente la obra.

—Se *sacará de papeles* y se repartirá, me dijeron, y me fuí con el corazón henchido de gozo.

Volví á los muchos días y ya estaba reparado; pero me acometió el galán joven.

—¡Vaya un papel que me ha escrito usted, amigo!

—¿Yo? Le aseguro á usted que el papel no le he escrito para usted ni para nadie; cuando escribí la obra no me acordaba de ningún actor.

—¡Mal hecho! En eso demuestra usted que es un principiante. Los papeles se escriben siempre para tal ó cual persona.

—¿No sabía yo!.....

—Además, ¿cuál es el protagonista de su obra?

—No lo sé. Creo que todos concurren al éxito del pensamiento y al fin que me propuse; pero en cuanto á protagonista.....

—¿Lo ve usted? ¡Si cuando empiezan ustedes á escribir se aconsejaron de nosotros, que entendemos más de eso que todos ustedes juntos!.....

—Así lo haré otra vez.....

Y me llamó la dama.

—Le tengo que pedir á usted un favor.....

—Señora.....

—Sí, es preciso que me ataje usted el parlamento del acto tercero. ¡A ustedes se les figura que es lo mismo escribir versos que recitarlos!.....

—Creo que no, señora, como no es lo mismo recitarlos que componerlos.

—Bueno, pues si usted tiene interés en el buen éxito del drama. ....

—¡Comprenda usted si lo tendré!.....

—Sí, lo comprendo; más interés que yo,

porque al cabo yo ya tengo mi reputación hecha, y usted ahora empieza á formarla..... Pues bien, debe usted quitar la mitad por lo menos de las décimas.....

—Señora, ¡si no son décimas!

—O piezas de perro.....¡lo que sean!

Y me llamó el director de escena.

—Diga usted, Fulano, en el acto segundo, ha indicado usted que se pasea por la escena gente del pueblo.

—Sí señor, representa una plaza.....

—Bueno; pero, ¿serán suficientes cuatro ó seis comparsas?

—Creo que no, porque ya ve usted que una plaza pública de una importante población marítima.....

—Amigo, muchas gollerías pide usted. Es preciso considerar que en las plazas públicas la gente que se pasea no la paga las empresas de teatros y aquí cada persona cuesta dos reales.

—Pero si es preciso para mejor exornar.....

—¡Exornar!.....buena palabreja! ¡Que la obra fuera buena, que lo demás.

\*\*\*

En fin, señores míos, anoche se estrenó mi drama, y.....¡aún vivo! ¡Seré yo valiente!

—¡Lo que yo sudé! ¡lo que yo rabié! ¡lo que yo sufrí..... no es para dicho!

Desde la primera escena empezó á balancearse el telón de foro.

—¡Por María Santísima! dije al empresario que zascandileaba de un lado para otro; que hagan porque no se mueva ese telón, porque en las casas nunca se ha visto que bailen los tabiques.

—Es que al pasar por detrás, tropieza el traspunte en él y se mueve. ¡La precipitación no permite cuidado alguno! ¡Lo importante es que la obra sea buena!

—¡Paciencia! dije yo para mi capote.....

Algún tiempo después, se debían oír unos ladridos de perro.....

—¡Guau! ¡guau! ¡guau! empezó á gritar vociferadamente un comparsa.

—No, hombre, no, exclamé indignado; no diga usted *guan*, porque aunque parece que los perros al ladrar dicen *guan* la verdad es que dicen otra cosa muy distinta.

—¿Y qué pretende usted? objetó de mal humor el traspunte: ¿que tengamos aquí un perro que ladre correctamente y con propiedad cuando á usted se le autoje? ¡Si la obra fuera buena!.....

—¡Paciencia! volví á exclamar con resignación.

Al poco rato un nuevo disgusto. En la escena más interesante de mi drama, la dama, indignada, arrojaba á la cara del traidor, un puñado de monedas. El público se disponía á recibir entusiasmado la situación; pero cayeron las monedas al suelo, y como eran de hoja de lata, produjeron un sonido parecido al de las pesetas falsas que ocasionó la hilaridad general. Nadie comprendía que por los trozos recortados de una cafetera, ocurrieran aquellas cosas. El efecto estaba destruido.

Mi agonía iba en aumento como en aumento fueron los descuidos y las impropiedades de la escena.

El final del acto primero era de efecto. El marido sorprendía á la dama en brazos del amante.

—¡Cielos! ¡Oigo sus pasos! decía ella, y en este momento el traspunte, por su cuenta y riesgo, empezó á dar unos tacomazos tan fuertes junto al primer bastidor, que oírlos el público, que estaba silencioso, y soltar la carcajada todo fue uno.

Excuso explicar á ustedes mi indignación. Poco me sirvió advertir que la época en que el drama ocurría no se usaban tacones, que las habitaciones no tienen, por lo común, el piso de tabla, sino de losa, que el que quiere sorprender, procura no hacer ruido al andar .....á todo contestaba el traspunte:

—¿Si querrá usted saber más que nosotros? ¿Conque dice la dama que siente pasos y no los ha de sentir también el público? Si la obra fuera buena...sino que estos autorecillos.....

\* \*\*

Llegó el acto segundo, las campanadas de un reloj de torre se hicieron dando con un cuchillo en una copa de cristal; la gente de pueblo que paseaba, lo hacía uniformemente como los quintos que aprenden el ejercicio, y varios espectadores que no consideraban el tormento que el pobre autor sufría, empezaron á contar el paseo



COSTA DEL JOVAL EN EL RIO APURE—(HATO DEL SEÑOR CARLOS PALACIO)

de los comparsas diciendo en voz alta: ¡Uno!.....dos! ¡uno.....dos! ¡uno.....dos!.....

Las barbas de algunos eran de paño y las llevaban colgadas de las orejas: á unos les estaban grandes y se les escondían en el gazarate; á otros.....

Llegó el final de este acto que terminaba con una insurrección. ¡Qué desbarajuste! ¡Qué algarabía!

Las voces de ¡viva! ¡viva! se daban uniformes, secas, cortadas. El primer disparo sonaba entre bastidores, pero en vez de un disparo seco y atronador, se usó el de un cohete y se oyó con claridad el *fffff*..... *pam!*

—¡Nuevo sistema de armas de fuego! decían algunos.

Estalló la insurrección, y como los compar-

sas llevaban armas de madera de pino, tuvieron que imitar los disparos con la boca, y empezó un graneado de voces que decían: ¡Pim! ¡pam! ¡pum! ¡pim! ¡pum! recorriendo todos los tonos del diapason. Las risotadas del público dominaron la escena; cayó el telón, dejando fuera á un hombre del pueblo que continuó apuntando con su lanza, gritando ¡pim! ¡pam! ¡pum! hasta que se metió por un costado.

\* \*\*

Para no ser difuso en el relato de mis angustias, diré que la obra terminaba con una tempestad. La Providencia se encargaba de colocar en su respectivo sitio la virtud y el vicio, castigando éste en la persona del barba á quien confundía un rayo del cielo.



GRUPO DE VAQUEROS EN EL HATO DEL SEÑOR CARLOS PALACIO—(APURITO)



ENCIERRO DE CABALLOS EN APURITO



LAGUNA DEL PARADERO - ( APURITO )

nocido coro: ¡Otro too...ro!  
¡Otro too..... ro!

—¿Cómo se llama usted?

—Mi nombre debe permanecer en la oscuridad, repuse avergonzado y corrido.

—Permanezca en buena hora, pero no hoy, interrumpió el empresario; la empresa necesita decir mañana en la prensa que fue usted aplaudido y llamado á escena, y usted no tiene derecho á perjudicar nuestros intereses.

—Me llamo Fulano de Tal, exclamé medio muerto.

—Alzóse el telón para decir aquello de «la obra que hemos tenido el honor de representar, etc.» Los coros situados en el paraíso entonaron la cantata segunda, con la letra: «¡Que sal.....ga..... el.....au...tor!» y la música de «¡No lo.....entiende usted!»

Me sacaron (conste que no salí, sino que me sacaron), me condujeron á la contaduría, me dieron un vaso de agua con unas gotas de aguardiente, y hubo hombre que todavía se ensañó en mí, abrazándome y dándome la enhorabuena.

\*\*\*

No digo, señores míos, que no volveré á escribir dramas, el deseo de gloria ciega mucho al hombre; pero si los escribo será cuando las empresas consideren que la imitación de la naturaleza no puede abandonarse al poner en escena las obras dramáticas, y que el autor por sí solo no basta para dominar al público.

Si así fuera, las obras se imprimirían y pondrían á la venta sencillamente, sin representarse, sin traer y llevar al poeta durante muchos meses, exigiéndole modificaciones en su trabajo y rebajas en los derechos que le corresponden.

M. MATOSES.

Al empezar la tempestad, empezó á oírse un redoble de tambor, parecido al que usan entre explicación y explicación los que enseñan el titiri mundi.

—¿Qué es eso? pregunté. ¿Por qué tocan á generala?

—Son los truenos! me dijo el empresario. ¡Cómo ha tenido usted el mal gusto de acabar con una tempestad!

—Pero, señor, ¡si los truenos no se parecen en nada al racataplam!

—¿Y qué quiere usted? ¡Qué por su cara bonita se anuble ahora el cielo, y á pesar de estar en invierno se oigan los truenos como en verano! ¡Si la obra fuera buena!

—Maldita sea la obra y el.....!

Me cortó la frase el golpe final, el rayo.

¡Ay qué rayo!

En las bambalinas estaba preparado el Jí-

pter de la empresa, y al exclamar la dama:

—«El cielo temple sus iras  
que si no perdidos somos.....»

gritó el traspunte: «¡Ahora!», se oyó encender un fósforo, le tiraron á la escena, y aunque se apagó á la mitad de su camino, cayó desplomado el barba, no sin decir: «¡Caramba, que me he hecho daño!» y cayó el telón cubriendo aquel cúmulo de torpezas eseénicas.

—¡Gracias! ¡Ya acabaron mis penas! exclamé.

Pero no habían concluido, porque á las cajadas del público pagano, se sobreponían las voces de un coro de muchachas que la empresa había colocado en el paraíso, alevosa y premeditadamente.

—¡El autoo.....or! ¡El autoo.....or! gritaban unísonamente, aplicando la música del co-

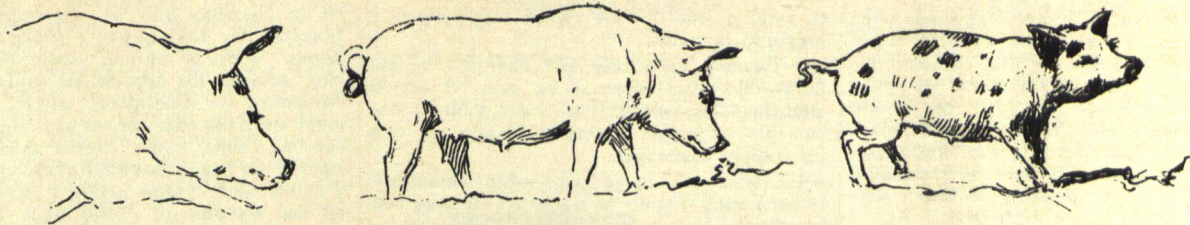
## CONFITEOR

Me acuso de adorarla, señor cura, pero con tal pasión, de tal manera, que me absorbe su amor el alma entera y es á un tiempo placer y desventura.

Ora tengo mi dicha por segura, ora llego á dudar de que me quiera, y la esfinge tenaz me desespera y más la quiero cuanto más me apura.

Loco, tras mi ilusión desorientado, la espuela de mi afán llevo conmigo..... ¡No imponga penitencia á un desgraciado ni acreciente mi culpa lo que digo, que si este amor terrible es un pecado, en el mismo pecado está el castigo!

SINESIO DELGALO.



ESTUDIOS DE ARTURO MICHELENA

## EL NIETO

(POR JACINTO OCTAVIO PICON)



El general don León Bravo de la Brecha y Pérez Esforzado, décimo cuarto conde de la Algarada de Lucena, primer marqués de Durobando, noble hasta la médula de los huesos, senador por derecho propio, modelo de caballeros, carácter de acero y corazón de oro, feo de rostro y hermosísimo de alma, era hombre que haciéndose querer inspiraba respeto, mas en tal grado religioso, autoritario y linajudo, en una palabra, tan montado á la antigua que parecía la viva encarnación de todos aquellos ideales que cumplida su misión en la vida, van quedando honrosamente almacenados en la historia por la inflexible mano del tiempo.

A bueno nadie le ganaba, á severo le aventaban pocos, y en punto á reaccionario no había quien le igualase. Fue feliz durante casi toda su vida, porque la Fortuna le halagó propicia, siendo para él en la juventud novia cariñosa, en la edad viril mujer amante y luego sumisa compañera; únicamente en la vejez, cuando creía tenerla más sujeta, comenzó á mostrarse rebelde, como hembra cansada de ser fiel mucho tiempo.

El general veía con pena que cuanto amparó con su prestigio y cuanto defendió con su espada se iba desmoronando. La fe se bastardeaba convirtiéndose en devoción superficial y mundana; las clases sociales se fundían derretidas por la fiebre del oro; el principio de autoridad cedía en vez de resistir; todo lo que él consideró esclarecido y alto tendía á oscurecerse y caer, todo lo vil y bajo á brillar y subir; lo poco antes calificado de utopía era casi realidad, los sueños se hacían tangibles y á las amenazas se respondía con reformas; lo que en su mocedad se dominaba á tiros, ahora se arreglaba con fórmulas.

Su mayor pena, su disgusto más hondo consistía en ver á su propio hijo participar de las ideas nuevas y sentarse como diputado en los bancos de una minoría liberal apoyando las que él llamaba soluciones avanzadas, y al pobre viejo le parecían herejías contra lo más santo y ataques á lo más respetable.

Por mucho que cavilase, no se daba cuenta de cómo aquel hijo, educado por padres escolapios, había salido volteriano hasta votar la tolerancia religiosa é importarle un bledo que el Papa estuviese cautivo. Cuando le oía afirmar que era monárquico y enseñaba que la idea de Patria no es consustancial con la monarquía, se le llevaban los demonios, y finalmente á punto estuvo de desheredarle sabiendo que durante las elecciones asistió á una reunión de distrito donde solicitó el voto de los descamisados.

Mas como todo está compensado en la vida, la amargura ocasionada por aquellas ideas del hijo tenía contrapeso y hasta recompensa en lo que prometía el nieto.

Siete años acababa de cumplir Pepito y por sus tendencias dominadoras, por su carácter resuelto y su genecillo voluntarioso indicaba que había de parecerse, no á su padre, sino á su abuelo. El general experimentaba impulsos de ternura, nunca sentidos, escuchando referir ó presenciando y oyendo rasgos y respuestas del chico, que no pasaban de meras insolencias infantiles y que á él se le antojaban claros indicios de ideas sanas, principios severos y voluntad enérgica.

Pepito era indudablemente á sus ojos un caso notabilísimo de atavismo.

Los procedimientos de fuerza le encantaban. En vez de pedir merienda la cogía del aparato: espíritu de conquista, decía el general. Agradábase sobre manera ir limpio, bien vestido y majo: gustos aristocráticos, pensaba el buen señor. Una vez en la calle, viendo reunirse á dos muchachos, y caer debajo al más débil, se arrojó á su defensa: clara muestra de comprender la misión de su nobleza. Finalmente, un día en una tienda donde su madre regateaba unos juguetes, Pepito llamó ladrón al comerciante: horror al mercantilismo imaginó el abuelo.

Para que tan brillantes disposiciones y facultades no se debilitaran ni maleasen en la viciosa confusión de un colegio ni al contacto de malas compañías, el general, desconfiando del criterio y carácter de su propio hijo, resolvió encargarse de la educación del chico: y no pusieron los reyes de Francia más cuidado en buscar maestro á un Deltin que puso él para admitir preceptor á su gusto.

Tras muchas cavilaciones, previos respetables informes y seguro de sus buenos antecedentes, recayó la elección en un capellán profundamente religioso, de intachable moralidad y lo bastante conocedor del mundo para dirigir los primeros pasos de un niño á quien su linaje y fortuna tenían reservado puesto seguro y distinguido en el banquete de la vida.

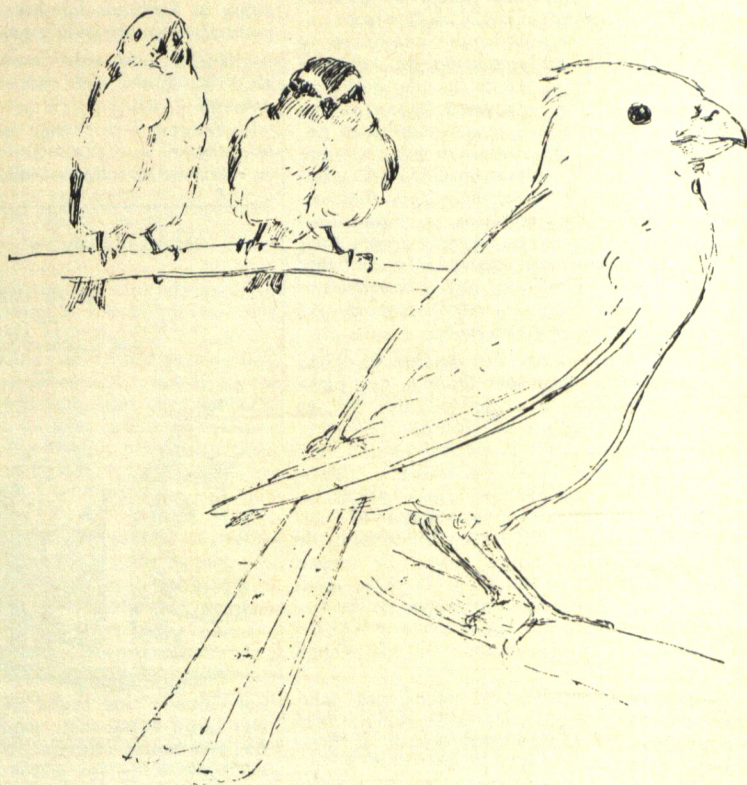
—Quiero — le dijo el general — que sea hombre de bien, capaz de grandes cosas, enemigo de las pequeñías. . . . y aunque no ha de cantar misa,

ni hace falta que se coma los santos, muy religioso. Nada de beaterías: espíritu religioso, temor de Dios y amor al prójimo. ¡ Cristiano de verdad ! ¡ En fin, que sea todo un hombre !

El capellán — nadie le llamaba por su nombre en la casa — era lo que se decía hace cincuenta años un buen maestro: tal vez algo duro; más amigo de hacerse temer que estimar; antes partidario de enseñar lo que sabía que de inspirar amor al estudio; con ideas fijas vaciadas en la antigua turquesa donde se fundió la sociedad de nuestros abuelos; seguro de lo que tenía por bueno; irreconciliable con lo que juzgaba malo; ilustrado, pero intransigente; bueno, pero fanático.

Pepito aprendió de sus labios algunas cosas que son verdades eternas; otras que en su tiempo lo fueron, y muchas que no lo han sido nunca; mas todas, al parecer, sujetas y enlazadas por maravilloso espíritu de unidad. Adaptándose á la tierna imaginación propia de la edad del niño, hízole considerar la ciencia como trabajo humano que pugna por acercarse á lo divino; el arte como emanación y resplandor de lo bueno; la historia como inmenso campo al través del cual marchan las razas guiadas por Dios á su destino; y la vida como valle de amarguras en que para las más acerbadas lágrimas y los más intensos dolores hay consuelo cuando, poniendo el pensamiento en lo alto, quieren ser caritativo el poderoso, agradecido el miserable, sensible el fuerte, humilde el débil, y todos esperanzados en la justicia del Señor.

Poca era la edad del niño, mas tales la inteligencia y la claridad con que se expresa-



ESTUDIOS DE ARTURO MICHELENA

ba el capellán, que el discípulo prometía honrar al maestro. Varias veces examinó el general á Pepito; en más de una ocasión le hizo preguntas, al parecer inocentes, en realidad encaminadas á ver el cauce por donde iban sus inclinaciones; y siempre quedó, aparte pasión de abuelo, que es padre doble, maravillado del instinto con que se asimilaba cuanto trascendiese á hombría de bien y sentimiento de justicia.

—¿Qué aguinaldo quieres, monín?—le dijo pocos días antes de Navidad.

—Un nacimiento—repuso el chico.

Su abuelo fué con él á Santa Cruz, le dejó escoger cuanto quiso, pagó contento, quedó el niño gozoso, y dos criados trajeron á casa el peñasco lugar de la sagrada escena y la banasta llena de figuras de barro que habían de representarla.

Al día siguiente, gracias á la febril actividad del niño y mediante algunos consejos del capellán para que pusiese cada personaje en su sitio, quedó el nacimiento colocado sobre una gran mesa en el cuarto de estudio. Nunca vieron ojos de muchacho cosa tan bonita. ¡Qué *propio* estaba!

El peñasco, que tenía más de dos varas en cuadro, figuraba una serie de cerros hechos con corcho y cartón piedra, dispuestos en caprichosos declives con las cimas cubiertas de nieve y en la parte baja serpeados por un arroyuelo de agua verdadera que venía á morir en un estanque con surtidor de hoja de lata. En un picacho estaba el depósito y para ocultarlo veíase agrupado en torno del monte el caserío de cartón que fingía ser la ciudad de Belén, sobre cuyos minaretes de cartulina ondeaba la bandera española. Por unos vericuetos en que el vidrio molido hacía papel de escarcha, venían en sendos camellos sus reales majestades Gaspar, Melchor y Baltasar, seguidos de abigarrada servidumbre; al borde del arroyo había un grupo de lavanderas; en un atillito, junto á la hoguera de talco en que se freían las migas, los pastores apacentaban las ovejas de patitas de alambre, mientras los pavos de abermellonada cabeza y peana verdosa destacaban sobre el musgo aterciopelado y húmedo. De entre un mazo de follaje salía una pareja de guardia civil, cuyos tricórnios enfundados de blanco casi llegaban al campanario de una torre, y en la fachada de un ventorrillo de cartón se leía la palabra *vino*. El portal de Belén era grandiosa fábrica greco-romana de corcho con sus columnas estriadas: dentro estaba el pesebre guarnecido de verdadera paja y sobre ella el Niño Jesús enteramente desnudo y boca arriba, á sus lados el buey y la mula esculpidos con rigidez hierática, y delante, colocados en adoración, San José con traje amarillo, y la Virgen con manto más brillante y rojo que un pimiento, ambas cabezas coronadas por descomunales resplandores en que se habían derrochado panes de oro.

Pastores con pellicos de algodón en rama bailaban ante la Sagrada Familia, en tanto que otros rendían al suelo la carga de sus ofrendas, y del centro del frontón pendía la estrella de rabo, casi de tamaño natural, tan cuajada de ángulos y facetas que era maravilla de los ojos. Luégo, por todas partes ciñéndolo y adornándolo todo, ramas de palmera, de espiño, de abeto, de tomillo, de tuya, de romero, grandes trozos de musgo y un sin número de velitas y candelas amarillas, rojas, blancas y verdes, de cuyas llamas se desprendía un humo tenue y vaporoso, que envolvía el conjunto en una neblina misteriosa y poética . . .

Cuando el general vio el nacimiento, faltó poco para que cogiese un rabel: si no lo hizo fue porque no quedara mal parado el principio de autoridad.

A la tarde siguiente, Pepito salió de paseo con su madre. Cuando volvían oyó llorar en

el patio á uno de los chicos del portero y preguntó la causa.

—Envidia, nada más que envidia . . . señora—dijo dirigiéndose á su ama el criado adulador:—mis chicos han visto subir el nacimiento y se han emberrenchinado en que les compre muñecos.

La dama, sin hacer caso, subió lentamente la escalera y Pepito la siguió en silencio, con la cabezita baja y las manitas á la espalda, sintiendo cosas que no podía comprender, como un filósofo chiquitín.

De pronto, al llegar al recibimiento, echó á correr hacia su cuarto, y pocos momentos después bajó al portal por la escalera de servicio, llevando una cesta cuyo contenido ocultaba cuidadosamente.

A la noche, terminada la comida, el general quiso ver de nuevo el nacimiento por gozar con la alegría del niño.

La decepción fue horrible. El nacimiento estaba encendido; pero á pesar de las luces, triste y despoblado. Parecía que los muñecos de barro habían huído al sentirle llegar: faltaban más de la mitad. Los reyes magos reducidos á dos; de la pareja de civiles, un número; la mula del pesebre, ausente; los borregos, pastores y zagalas, en cuadro; el caserío de Belén, medio derribado para arrancar algunas fincas, y ¡oh cosa inverosímil! San José permanecía junto á su divino hijo, mas la Virgen había desaparecido.

—¡Pepito!! ¿Qué ha pasado aquí?—gritó enojado el abuelo.

El niño se presentó cabizbajo, pero sin miedo; no muy contento, pero sereno.

—¿Qué es esto? ¿Has roto ya todo lo que falta? ¿Es ese el aprecio que has hecho? . . .

—No he roto nada—repuso Pepito.—Los chicos de abajo lloraban mucho porque no tenían nacimiento . . . y les he dado la mitad. ¿No me están diciendo á todas horas y en todas las lecciones que todos somos hijos de Dios y que Dios da á los ricos para que den á los pobres? Pues ya está hecho . . . aunque no me compres más.

El general cogió á su nieto, alzándolo hasta sí, le dio no un beso sino un abrazo, como si fuese un hombre, y salió del cuarto juntamente enternecido y pesaroso.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó su hijo al verle entrar en el despacho con los ojos llorosos.

—Tengo . . . tengo que tú me has salido liberal y, á pesar de los pesares . . . tu chico me ha salido socialista.

## PAGINAS CORTAS

### A la luz

[ POR CLAUDINE JACQUET ]



ODO brota, todo reverdece. Se escapa la vida en todas sus formas, sube y desborda en todas sus criaturas. Es un exceso que necesita verter, acarcia da por las brisas tibias y los rayos del sol. Dad al pecho larga expansión, aspirad hasta el fondo esos sanos efluvios; ellos lanzan lejos y extirpan todos los malos gérmenes. La buena luz nos ha vuelto, allá salta alegremente en medio de las nubes grises; estalla, y

es un torrente que se extiende y manto blancos por los campos y sobre nuestras cabezas. Todo se anima, despierta, se hinche, estalla, los árboles de savia fuerte, los corazones de esperanzas felices. Hay en el cielo dilatado extensiones azuladas, y se mecen en ellas, como tierras floridas, nubes ligeras de luminosos contornos. ¡Qué flúida y rubia luz! ¡Qué ardor y juvenil bondad en ese sol nuevo! Todo tiene lejana resonancia; es una armonía seria y profunda. Es la vida, que se propaga por contigüidad y levanta á cada criatura; es la vida que salta á través de los campos saturados de luz. Su rumor creciente se escapa del seno de las altas hierbas, bulle entre las hojas y los tallos nuevos y resuena en las aguas corrientes.

Las hierbas crecen; los brotes nacientes van levantando los rudos troncos y las hojas secas. Las espinas se adhieren á los ramos, las lianas trepan y se mecen. Todas las gramíneas, satisfechas de sol y de rocíos, se mezclan, se oprimen, se lanzan, fuertes y vivaces al asalto de los taludes, y se precipitan al fondo de los fosos, y se agitan y se gozan cantando á la luz con sus roces sin número. Acá y allá se exhiben grupos, círculos vivos de flores de pascua, esas risueñas de las praderas. Sobre los riachuelos diáfanos reman gozosamente los insectos acuáticos entre los juncos y las hojas húmedas; van y vienen en grupos caprichosos, y algunos, adheridos á alguna hierba flotante se dejan arrastrar por la corriente. Las aguas corren, cantan y murmuran. Hay en ellas chispas, reflexiones, irisaciones; son corrientes que se hunden y chocan. Y los remolinos centelleantes devuelven esa luz que les viene de arriba, la hacen vibrar, cegando á los locos insectos del aire. Pronto estarán todos sin embargo bailando al sol y el buen calor.

Es la estación feliz. Las hojas tiernas se expanden, saliendo de su sueño abrigado y suave; se estiran al sol como vírgenes cansadas de dormir; tienen languideces trémulas, y mueven delicadamente sus débiles tallos. Al borde de los ríos, en las cuestas, á la orilla de los bosques, entre el seno de los grupos de arbustos, todas las vegetales se conmueven; es un movimiento, un ruido de activo hormiguero. Los unos están ya en hoja, otros más lentos están en brote; algunos parecen que esperan. Hay una dulzura, una bondad que se cierne en el aire. Los más tardíos adquieren confianza. Los troncos esbeltos se despojan de sus arrugadas cortezas; sus cúpulas, sus penachos, sus ramos inclinados se estremecen y se tñen con colores calientes, á las veces rojizos. De lejos parecen algunos estar rodeados de una muchedumbre febril de moscardones, y otros de follaje claro, parece que mecen una nube errante de mariposas blancas. De los ramos de los álamos del agua penden sedosos grupos, racimos delgados de un verde pálido; ya bajan, ya suben, y con todo no se confunden; semejantes á esas algas tenues y dentadas que ondean, resbalan y se enlazan en el fondo de los riachuelos transparentes. Pronto se escaparán de ellos las simientes lanosas y aéreas que arrastrará lejos el viento para cubrir los arbustos. . . . Por intervalos, se agita un árbol. . . . Se lo ve á lo lejos palpar unos tras otros, acariaciados por las brisas. Son estas las buenas mensajeras de amor, los aéreos vehículos de su polen fecundador y dorado, cuyas vibrantes semillas esparcen á lo lejos. . . . Y son vagos murmullos, quejas voluptuosas, gozo reconocido que corre.

Florece los arbustos, los sotos vivos, los árboles frutales. Rien y se mezclan los colores. Otros botones crecen cerca de las flores abiertas. Todas las floraciones rosadas y blancas lanzan á lo lejos sus aromas juveniles; algunos pétalos caídos esmaltan ya



los senderos y las hierbas. En este otoño tendremos los frutos por cestos llenos..... Las praderas y los verjeles se llenan de abejas en torbellinos, de abejorros entorpecidos y ebrios de perfumes. Un vago olor de miel caliente se derrama en el aire y los convida. También se apuran los pájaros del cielo; todos reaparecen y se muestran; aquella luz ardiente y aquellos rumores los embriagan. Se llaman de lejos, se reúnen, se escuchan un instante con la cabeza baja, sacuden las plumas ligeras y luego vuelven á partir á todo vuelo, y cantan aún, alto, muy alto. Allá lejos, hasta el fondo del horizonte azulado se extienden cuevas apacibles, de tintes claros. Anchas llanuras se dilatan muy lejos y se combinan en largas series fajas de rico cultivo matizadas con la mayor variedad. Y los pobres ojos oscurecidos por viejas nieblas, quemados por el invierno, vuelven á encontrar, fijándose en ellos, su vivacidad trasparente.

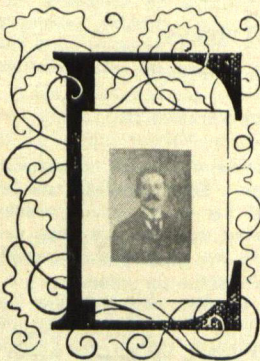
Hélos ahí de vuelta, cerca de los case- ríos, al rededor de los viejos campanarios, los queridos huéspedes alados, las esbeltas golondrinas. Despiertan á todas las criaturas desde los primeros destellos de la mañana, sus claras voces os animan. Activas y presurosas giran en el espacio y se mecen en él, os rozan de paso con sus gritos agudos, van á tocar el agua fresca del estanque, donde llevan la turbación á los grupos danzantes de los moscardones en delirio. En medio de los pastos vecinos galopan los potros con movimientos bruscos é irreflexivos, unos tras otros, sobre la hierba vigorosa, y luego se detienen de súbito para acariciarse la grupa, relinchando suavemente. Van delante de ellos las vacas, con sus grandes ojos pensativos, entorpecidas por la luz, ó bien, colocan la cabeza sobre la cerca para seguirlos por largo espacio con la mirada..... Los días se alargan, las noches se hacen más suaves, pronto quedarán por la noche los bueyes en su corral, al pasar á lo largo de los senderos se los verá moverse á lo lejos, echados y rumiando á la sombra. Van á subir las reinillas á los setos, y desde las copas de los arbustos cantarán á la luna. Sobre las puntas de la hierba se mecieran las luciérnagas, como pequeñas almas..... Las campiñas estarán pobladas por la noche.

Se siente uno renovado, refrescado. Todos los poros de la vida se dilatan, aspiran aquel gozo vivo que circula. La sangre corre alegremente por las venas ensanchadas, se agita y salta entre carnes palpitantes. Sonríe uno aun sin quererlo; y olvida. Los antiguos rencores, los viejos cuidados se disipan; los largos y silenciosos dolores estallan, y luego se desvanecen en lágrimas. La corriente de vida joven y ardiente os estrecha, os arrastra, os hace cantar y correr. Se tienen ímpetus de fuerza en el pecho henchido; es casi fiebre, pero una fiebre bienhechora que aleja las largas somnolencias, las lentas perezas. Está uno como más refinado, y sin embargo menos nervioso. Todo lo que tiene uno de malo se disipa, y aquella vida nueva tan buena, que sentís surgir en vosotros, os hace respetar esas mil pequeñas vidas, esparcidas acá y allá..... Todas las cosas perecen, en derredor vuestro, pequeñas criaturas sensibles, amantes y pacíficas. El alma se funde, el corazón se dilata, comprende y se hace humilde. Se siente uno benévolo para todo y para todos; para esas mariposas que pasan, para los pájaros que se persiguen allá abajo en los follajes; para las ranas que graznan suavemente entre los juncos, calentándose al sol, por todo lo que respira y goza con vosotros á la buena luz, por todos los que se disponen á hilar una vez más su vellón de vida.

## Notas Históricas

DESDE CUANDO SE USA BASTÓN EN CARACAS

PARA EL COJO ILUSTRADO



El uso del bastón en Caracas no data de lejana fecha; de modo que, el temido "araguaney" y el popular "pardillo," así como el utilísimo "chaparro," pueden figurar entre los próceres del ramo: por más que las susodichas ramas gocen de aparente juventud.

Y va de historia; historia en la que aparece enredado el antiguo Capitán General de Caracas, Don Juan Guillelmi, hombre de muchas campanillas, travieso y atrabiliario.

La Real Orden de 12 de julio de 1789, dictada para señalar el uniforme que debían usar los Contadores de los Tribunales de Cuentas de Indias, no concedió á estos el uso del bastón; mas sí á los Oficiales Reales ó Ministros de Real Hacienda que ejercieran las funciones de Comisarios de Guerra, y á los Superintendentes de las Casas de Moneda. La referida Real Orden negaba expresamente el uso del bastón á los Directores de Rentas.

Para el año de 1791, por celos y rivalidades en eso del mejor servicio al Rey, el referido Capitán General Guillelmi y el Oydor don Joseph de Ribera andaban á la greña, y no desperdiciaban ocasión para denunciarse mutuamente sus faltas é incorrecciones, ante el Consejo General de Indias.

Y sucedió, que el Oydor Ribera se empeñó tenazmente en usar bastón, sin contarse entre aquellos á quienes la Real Orden se lo permitía.

Súpolo, ó más bien, lo vio don Juan Guillelmi, y á la primera ocasión que le vino á mano puso el chisme, en són de consulta, ni más ni menos que al Consejo General de Indias.

Y no como quiera, sino que barajó desde los Ministros de la Real Hacienda hasta los Administradores Principales de Correos; y denunció á los que creyó denunciables, á tiempo que interpretaba en favor de sus amigos la Real Orden cuya explanation pedía, en nota dirigida con fecha 23 de febrero de 1791 al Conde de Campo Alange.

Hé aquí una de sus indirectas acusaciones:

"Estoy entendido que los Contadores de los Tribunales de Cuentas de Indias no usan bastón; sino los de esta capital....."

"De la Real Orden de 12 de julio citada, como "natural consecuencia" infiere el Capitán General Guillelmi, que "los Oficiales Reales ó Ministros de Real Hacienda honorarios no debían gastar bastón, respecto que sólo es concedida esta insignia á los propietarios que ejercen las funciones de Comisarios de Guerra."

Tampoco era del gusto de Guillelmi que los oficiales de las Oficinas ó Cajas Reales, que por algún motivo sustituyeran interinamente á sus Jefes, vistieran uniforme y usaran bastón; porque "parece irregular que por una ocupación momentánea ó accidental tomen la investidura con que el Rey condecora por sus Reales títulos á aquellos Ministros de su Real Hacienda."

Fajó con los Administradores Principales de Correos de Caracas que usaban bastón, siendo así que ni el de la Habana, que era General de los de América, ni el principal

de Cartagena ni otros de igual clase lo acosaban.

Como el corte debía ser por parejo para dar visos de imparcialidad á su queja-consulta, se salió de Caracas, y se fué á los pueblos para denunciar á los Administradores subalternos que antes del establecimiento de la Intendencia se denominaban Tenientes de Oficiales Reales.

De estos, dijo el celoso Capitán General, que "usan también bastón en los pueblos de su residencia aun concurrendo con los Ayuntamiento en que se les tiene declarado asiento."

No es preciso decir, que si así se atrevía con los altos empleados, cuáles no serían los mandoblazos que en su citada carta no tirara á los ciudadanos, mejor dicho á los simples súbditos de Su Majestad?

A estos infelices en poco llega á negarles el agua y el fuego.

Véase como á ellos se refiere:

"En el común ó general del pueblo veo muchos sujetos que aunque sin espada traen también bastón formal con puño de oro, equivocándose con los Ministros de la Real Hacienda y otros empleados que puedan usarlo, y por comodidad no llevan espada. Particularmente por las tardes para ir á paseo."

"Ya los mulatos y gente ordinaria han empezado también á usar bastón, y aunque uno ú otro sólo lo trae hasta aora con puño de plata, muy en breve será de oro, pues los mulatos en todo quieren imitar, igualar y aun sobrepujar á la clase de primera distinción; y conviene aun en lo menor reprimir el orgullo de que están poseídos."

Y después del consabido "Nuestro Señor guarde á V. E. muchos años como deseo" plantó don Juan Guillelmi su firma y rúbrica, ..... y á Madrid fue á tener todo ello!

No poco tardó el Conde de Campo Alange en dar respuesta al Capitán General de Caracas, pues su nota, un tanto democrática y liberal, por cierto, para aquellos tiempos, lleva la fecha de 8 de marzo de 1792, ó sea once meses después de hecha la consulta.

El de Campo Alange contestó y resolvió, lo que á la letra copio, para mayor brevedad, y no haya motivo á duda:

"Enterado de lo que U. S. expone en su carta de febrero del año próximo pasado n.º 136 en la que solicita declaración de los Empleos á quienes corresponde traer Bastón por la generalidad con que se ha introducido el uso de él en esa Provincia: tiene resuelto S. M. con toda claridad en las ordenanzas los Empleos que deben usar esta Insignia en el cuerpo del Ejército, la que hará U. S. cumplir exactamente; y por lo que pertenece á los demás empleados, si estos causasen desorden ó motivaran quejas, lo hará U. S. presente al Ministerio que dependa el Individuo: y en lo que toca á los paisanos, supuesto que lo traen sin espada y solo para mayor comodidad, nada se puede alterar en una costumbre, que en el día siguen y se halla introducida en todas partes, sin que por esto pierda U. S. de vista el ascendente que dice procuran adquirir los de color, ya sea con este ú otro motivo. De Real Orden lo comunico á U. S. para su inteligencia y cumplimiento.

"Dios guarde á U. S. muchos años.—Aranjuez 8 de Marzo de 1792.

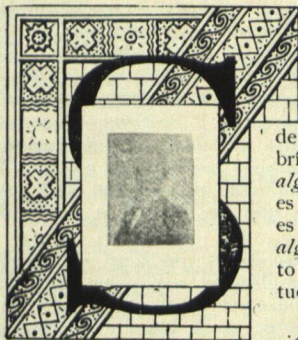
"El Conde de Campo Alange."

"Exmo. Sr. Capitán General de las Provincias de Venezuela."

Por lo visto, pues, no es el bastón administrativo cuyo uso alcanza remota fecha entre nosotros, cuando para 1791 el celoso Capitán General Guillelmi ponía el grito en Aranjuez por araguaneyes ó pardillos más ó menos.

## ¿Quién tuviera aptitudes!

[POR J. J. BRECA]



I yo tuviera el *quid divinum* que se desborda en este *mare magnum* de mi tierra, habría llegado á ser *algo*, pues sabido es que aquel que es *algo*, debe ese *algo á ese quid*, esto es, á las aptitudes.

Ninguna definición es adecuada

á la facultad del individuo para el desempeño de las funciones que se encomiendan á sus habilidades importantes.

Por sobre la definición está el ejercicio de esas facultades, lo cual significa, de una manera real, de una manera visible, de una manera práctica, que el que tiene á su cargo tales funciones está en posesión de eso que se llama aptitudes.

Disposición natural para alguna cosa, facultad especial para alguna ciencia, habilidad admirable para algún manejo, dote intelectual para ver la verdad, allí donde la oscuridad la guarda oculta: eso es la aptitud, cualidad ésta que admite plural, pues sabido se está que un solo individuo puede tener muchas aptitudes; aptitud para la mecánica, para la astrología, para las ciencias todas: esa, la pluralidad.

Pero esa pluralidad significa poco, si falta la aptitud para los destinos públicos: esa la aptitud de las aptitudes; con ella se conquistan altos puestos y algunas otras cosas.

Y aquel que la posee se ve siempre asediado por el voto popular que lo elige constantemente para el desempeño de funciones delicadas que no podrían confiarse al que no la tuviera.

Y en eso, como en todo, es muy sensato, y muy discreto y muy avisado y muy sabio el pueblo, que jamás titubea, ni duda, ni yerra en la elección de los ciudadanos á quienes ha de confiar el desempeño de este ó de aquel destino público.

De aquí que algunos envejecen encorvados sobre la mesa de tal ó cual oficina, sin encontrar, por más que lo deseen, quien venga á reemplazarlos en la obra patriótica de devengar crecido sueldo.

—¿Qué mérito le han encontrado á Fulano, preguntan los necios, qué le han encontrado para que lo tengan siempre de oficina en oficina, de empleo en empleo, de ganga en ganga?

—Qué han de encontrarle—contestan varios—qué han de encontrarle sino las facultades y las habilidades de que carecéis vosotros, hombres sin aptitudes? Fulano tiene muchas habilidades, y sobre todo, la aptitud para los destinos públicos, razón por la cual, el pueblo, que es el dispensador de todo galardón, lo mantiene allí en aquel puesto para que cuide y proteja y multiplique *sus* intereses.

Muchos hay que jamás han sido empleados públicos. ¿Por qué? Por falta de aptitudes.

No basta saber leer y escribir y contar, y saber gramática y lenguas muertas y lenguas vivas. Eso no vale nada, si no se tiene el dón de las aptitudes, ese *quid* que es, como si dijéramos, dón divino, ó sea dón de gracia. La aptitud es la filosofía que facilita el manejo, quiero decir, el desempeño de los puestos públicos.

Y siendo esta una verdad inconcusa, y siendo también otra verdad indiscutible que yo no tengo aptitudes de ningún género, claro es que yo no he podido llamar la atención del pueblo y que por ello no me ha honrado jamás con su designación para el desempeño de ningún destino.

Ha sido acertado y justo.

Por eso no he sido nunca nada en mi Patria.

No he sido nunca ministro, ni gobernador, ni concejal, ni comisario de policía, ni siquiera Presidente de la República.

Y esto, por falta de aptitudes.

Ah! Quién las tuviera!

## Tríptico

(POR SEVERINE)

EL CISNE AMANTE

Vense en la plácida noche las ondulaciones del misterioso lago. Toca á su fin un hermoso día, no cual los de la canícula ardiente y deslumbrador, sino uno de esos días velados como envueltos en enigmas é inaccesibles á la admiración vulgar.

Esas soledades no han sido turbadas por paso alguno; animadas tan sólo por los cánticos que á la distancia entona una viejecilla encorvada bajo el haz de leña, ó por la brevísima aparición de algún *turista* precoz que, después de visitar el castillo, y ya para subir al carruaje, dirige como por obligación una mirada distraída hacia aquel sitio señalado por Baedeker.

Semejante á una barca ó á una galera en el puerto, con bejucos por cables, y un hermoso sauce cuya inclinada copa parece ser la sirena de la proa, distingue el islote largo y angosto, unido á la tierra firme por los débiles arcos de un puente de madera.

A través de las hojas de un árbol, cerca de unas ramas de muérdago á él adheridas, obsérvase en el cielo todavía muy claro la dorada hoz, la hoz aguda, que va rozando ligeramente la yerba sagrada . . .

Profundo silencio reina en el espacio. Oye-se apenas levemente el paso lejano de los bueyes y el chirrido de los carros, que interrumpen á ratos la majestuosa serenidad del crepúsculo.

Mientras boga en el estanque un cisne atento al menor ruido, cuidadoso de todos los movimientos como un vigilante en la guerra. Hace un instante creyó ver entre los mimbres, hacia el punto por donde corre el arroyo, algo que se movía, algo que le pareció sospechoso; alargó el cuello, desplegó las alas, y con ronco grito se lanzó como una flecha guarnecida de plumas en dirección de lo que él imaginó un peligro.

Fulgurante, rápido como el rayo, tendió el vuelo á flor de agua, iluminando el espacio; mas al llegar reconoció su error y se deslizó mansamente sobre las olas con gesto altivo, lleno de inefable gracia. Bello, verdaderamente hierático era el cisne, digno de ser divinizado.

Tendió el vuelo en defensa de su amor; allí, entre los nenúfares y musgos se halla el nido; su compañera está echada, también soberbia y majestuosa en su trono de aulagas entrelazadas. Con la blancura de sus plumas cubre por completo el nido, como la nieve los campos. Su fino, flexible y delicado cuello con fulgores de plata por collar, se balancea muellemente, reflejando infinita languidez.

La nube de ópalo vuélvese zafiro. La hoz se acentúa, se anima, se aparta del árbol, y el muérdago, ya sin la brillante luz, parece haberse desprendido.

Prosigue el cisne altanero su curso, y con vuelo más rápido atraviesa el espacio, perdiéndose á lo lejos entre los cañaverales.

. . . Y parece que por la invisible extensión de los lagos, de las llanuras, las colinas y los bosques, sube, vibra, palpita y llora de ternura la frase nupcial de *Sigurd!*

EL COCHINILLO PRÓFUGO

El reloj marca las nueve. Desde mis ventanas veo el mercado en la plaza del Ayuntamiento. La plaza, aunque grande, no contie-

ne muchas cosas: seis carros, ocho en los días de fiesta; unas doce aldeanas que traen huevos, mantequilla y legumbres; cuatro ó cinco criadores con su cría; todas las cocineras, una multitud de muchachos . . . y nada más.

En el cielo un sol espléndido hace brillar los zarcillos de las mujeres, se refleja en los arneses de los caballos, pone resplandecientes los utensilios de cocina y da un color subversivo á los vestidos rojos, nuevecitos y flamantes como el estandarte de Saint-Denis.

Obsérvase de pronto un movimiento inusitado en la feria liliputiense, se oyen gritos y exclamaciones . . . ¡Dios santo! ¿Qué habrá sucedido?

Ningún peligro; no hay porqué angustiarse. Un lechoncillo tierno y rosado, con el hocico como una trompeta y la cola enroscada, ha cogido las de villadiego.

Lo primero es perseguirlo; luégo, la sabiduría de los ancianos tranquiliza el ardor de las nuevas generaciones. Fue preciso que la inexperiencia de la juventud cediera á la presunción y á la conmovedora ingenuidad de los viejos.

—Volverá, dijo el tío Mateo, el decano, sacando su caja de tabaco y tomando un polvo. Y todos se inclinaron.

Entretanto, el cochinito va triscando, contento con la libertad. Indiferente á los gritos, ya filósofo, echa á vagar; se fija en las exhibiciones de las tiendas, metiendo el hocico en lo que más le agrada. Cuando alguno trata de interrumpirle el paso se escapa con ligereza por entre las pantorrillas de las comadres, que gritan con púdico espanto.

El pobre animal, muy cortés, no lanza ninguna exclamación de sorpresa—motivo no le faltaría!

Indiferente, desengañado diremos, á pesar de su tierna edad, el cochinito acaba por echarse muy reposadamente contra la verja del parque.

Ladran alrededor los perros escandalizados. Yo que tengo tanta predilección por el perro, lo detesto en sus relaciones con los demás animales, especialmente como cazador. Es servil al amo, severo con sus compañeros, como algunos renegados que se enfurecen cuando alguien se opone á su adulación rastrera.

Los perros se han conformado con ladrar en esta ocasión; no muerden. Una bonita raposera llega á acomodarse no lejos del lechoncillo. Conmovidó éste con la situación, y muy sensible, se levanta, se acerca, le hace gracias, y es divertidísimo verlo con las orejas como un bonete atravesado. Con los ojos llenos de fuego y malicia gruñe sus cumplidos, acaso muy finos.

La perra, entonces, lo mira de arriba abajo con grande indignación—es inglesa y el galanteador no le ha sido presentado—se levanta y se aleja con soberbia.

El cochinito aturdido se aparta también; los perros le hacen burla. En ese momento el criador, aprovechándose miserablemente del estado de su ánimo, lo aprisiona para meterlo en la carreta.

Nuevo ejemplo que viene á recordarnos que . . . por amor se perdió Troya.

EL PÁJARO ASESINO

Ayer me trajeron un abejaruco, de esos que hay por aquí, con la cabeza azul, fieros y revoltosos.

Lo puse en una jaula, en la gran pajarera en que viven en paz todos mis pajaritos, cuidados, acariados, con agua pura, mijo muy fino y deliciosas hojitas.

También le dí las golosinas que más le agradan, y un pedazo de carne cruda por complacer su instinto carnívoro.

Hace un momento me acerqué á la jaula. ¡Dios mío! ¡qué destrozó! La arena teñida en sangre, los alambres llenos de plumas.

Mis tranquilos amiguitos, confusos, aterrizados, estaban reunidos en un rincón, estrechándose unos á otros detrás de la caja del alpiste; debajo de todos, mi canario más lindo, el más manso, con la cabeza rota y el pecho abierto; y por sobre todos ellos el abejaruco orgulloso, intrépido, me miraba como desafiándome con su pico ensangrentado, las uñas rojas y los ojos agresivos.

Lo agarré bruscamente; me temblaban las manos de cólera, tenía los dedos convulsos, y sentía que lo iba á ahogar sin darme cuenta de lo que estaba haciendo.

Entonces lo miré; tenía las pupilas ardientes, su débil cuello luchaba por sostener la cabeza. Todavía llevaba en el pico restos de antiguos combates en el *struggle for life* de los pajaritos; en las patas tenía cicatrices de otras luchas y callos formados por el trabajo cotidiano en busca de alimento para su compañera y sus pichones.

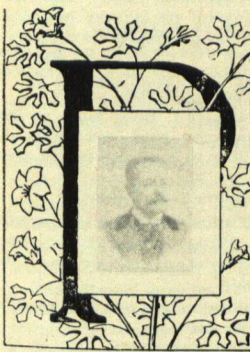
Alojé entonces el lazo, llegué á la parte más elevada del jardín, y saltando mi presa, dije:

—Véte, vuelve á ser libre, débil sér indomable que quise esclavizar. No fuiste creado para soportar esa existencia artificial de felicidad reducida. Tu crimen es mío únicamente; yo he sido la culpable. Tú vives en la plenitud de la verdad, señalando el error de los tiempos actuales y anunciando el espíritu de las futuras edades... que no podrán acomodarse á nada que no sea su feroz independencia y una absoluta libertad.

## Envidia

(CONFIDENCIAS DE UNA SOLTERONA)

(POR MARCEL PREVOST)



ARA mí, cuya vida transcurre triste y monótona, será este día uno de los más agitados; no he tenido, sin embargo, más que una visita; la de una antigua amiga, que vuelve á esta tierra después de treinta años de residencia en París; treinta años de dicha, de felicidad

inmensa, para ser víctima después en la más horrorosa catástrofe y encontrarse sola, inconsolable:

Hé aquí la historia de Germana Eyron; merece ser conocida.

Fuimos compañeras de colegio; hicimos la primera comunión el mismo día; nos examinamos juntas muchas veces, y siempre unidas nos presentaron en el mundo.

Este último acontecimiento consistía en asistir una vez por semana á las modestas reuniones musicales que daban alternativamente algunos funcionarios públicos.

Mi aparición fue más brillante que la de Germana; y puesto que desde entonces han transcurrido treinta años, puedo decir sin orgullo, que era yo la más bonita de las dos; la más bonita y la más rica, puesto que tenía una dote de veinte mil duros, y Germana tan sólo ocho ó diez mil.

Yo, morena, ella rubia, con una carita de gato, sin más atractivos que los pocos años.

Pero los hombres ven las cosas á su manera, y aunque me llamaban "la hermosa Luisa," hacían la corte á Germana, y no sentían hacia mí más que una admiración platónica... inspiraba respeto, en una palabra.

¡Cuántas veces llegaron á mi oído estas palabras: Luisa necesita por su belleza un Príncipe que se case con ella y la lleve á un palacio encantado...! Quizás tuvieran razón... Desgraciadamente los Príncipes se olvidaron de mí, pues nunca hicieron ningún viaje por aquella provincia.

El resultado fue que me quedé para vestir imágenes, mientras que Germana, agasajada por todo el mundo, se casaba á los veinte y tres años con un inspector de Aduanas.

A las pocas semanas se iba á París, habiendo conseguido que dieran á su marido un cargo en la administración central.

Germana llevó la suerte á su matrimonio y fue aun más festejada que lo había sido de soltera.

Adoró á su marido y á sus dos hijos—¡una niña y un niño, como en los cuentos de hadas!—y fue realmente un modelo de casadas. ¡Es tan fácil ser virtuosa cuando se posee la felicidad.

Mientras tanto la pobre Luisa envejecía... Cuando pienso en estos treinta años de mi vida, me parecen una interminable avenida de árboles, todos lo mismo... ¡Qué hice en estos treinta años, Dios mío! ¿y cómo pude soportar, sin morir de hastío, los innumerables días pasados en la misma monotonía? Pues bien, mentiría si dijese que he sufrido en mi soledad, y después de pasar los treinta, la crisis de las solteras, pasó la fiebre, y me desperté un día resignada con mi suerte, hasta riéndome de ella.

Feliz y contenta, en fin, de mi libertad, arreglé mi vida para no aburrirme; he aprendido lenguas que no hablaré nunca con nadie, he formado proyectos de viaje que tampoco conseguí realizar, y por fin, haciendo un poco de bien á mi prójimo, gané la amistad de algunas personas.

¡Qué existencia! ¿Pero no vale más que la de Germana, hoy?

Toda su felicidad, que parecía interminable, se vino abajo en dos años.

Una apoplejía se llevó á su marido. Su hijo, que ya era oficial, murió en la última expedición colonial.

Le quedaba á Germana una hija viuda, madre de una hermosa criatura: la madre y el niño murieron de difteria hace quince días...

Sola, con los pocos recursos que el Estado concede á las viudas de sus empleados, aquí está de vuelta como un ángel herido de muerte... Hoy trasladaron aquí los restos de sus seres queridos, donde podrá ir, al menos, á rezar sobre su tumba... Y esta será su vida en adelante: deshacerse en lágrimas entre los sauces del cementerio, hasta unirse, como ella desea, con los ausentes.

¡Cuántas veces, en mis años de soledad, al recibir cartas de Germana en que me hablaba de su marido, de sus hijos, tuve accesos de melancolía dolorosa, revolviéndome contra mi destino!

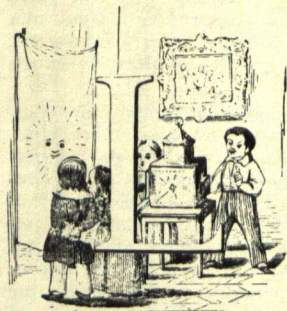
Henos ahora ella y yo en el mismo abandono, en la misma humillación; no tenemos más que nuestra mutua amistad... Y verdaderamente, ¿no es mejor mi suerte que la de esta infeliz, herida cuatro veces en lo que más quería?

Yo ahora desafío á la providencia á que me envíe una pena que me haga derramar esas lágrimas.

¡Cómo se miente una á sí misma! Escribo esto y las lágrimas me vienen á los ojos. Y lloro pensando que Germana me hablaba hace un rato de su casa, de su matrimonio, de su hermoso hijo y del otro precioso bebé que tenía en su agonía los brazos hacia ella.... Sí, ha sufrido; no es ahora más que un mar de dolores; pero ha amado, ha sido esposa y madre... Y ahora sí que tengo celos y envidia de sus tumbas, que son suyas, y sobre las cuales tiene el derecho de llorar, de llorar mucho...

## Tatou

(POR OCTAVE MIRBEAU)



A gruesa Mme. Bellord, volumen de carne informe, empleada en el ramo de colocaciones, se presentó un día en mi escritorio con su maliciosa é infame sonrisa, trayéndome para el cuído de mis vacas una

pobre muchachita, dulce, tranquila y callada, con movimientos graciosos y encantadores de cervatilla.

—Esta buena pieza ha visto mucha miseria, me dijo Mme. Bellord y sabe de todo.....Puede usted hacer de ella lo que guste.....

Aunque no me agradó mucho la expresión de la fisonomía de Mme. Bellord, determiné quedarme con la niña. Tan interesante era la criatura que no quise dejarla por mucho tiempo entregada á las duras labores del corral, y la instalé en la casa, cuidándola como objeto de lujo, como ave rara, ó como un perrito ó un gato curioso. Me daba gusto verla de acá para allá, admirar sus movimientos y contemplar sus bellos ojos; iba y venía por toda la casa, sin decir palabra: tenía la voz algo fuerte y casi nunca me hablaba; pero en cambio me veía, y en aquellos ojos cándidos, siempre fijos en mí, no leía más que una profunda y respetuosa adoración.

Llamábase Tatou.

Tatou! extraño nombre, nombre de países lejanos con olor á bananos y naranjos; no sabía ella por qué lo habían escogido ni quién se lo había dado, pues nada sabía de sí misma sino que se llamaba Tatou.

Aún no comprendo por qué la llamaban así, pues nada se descubriría en sus facciones que justificara tan extraño nombre, propio tan sólo de las criaturitas de tez bronceada que se bañan desnudas á la sombra de los paletuvios, allende los océanos y los ardientes mares. No era su rostro de expresión desconocida; tenía algo de nuestras jóvenes bretonas que conocen la tristeza de los bosques de pinos, de las playas quejumbrosas y de los gemidos en las landas. Mas ella ignoraba la existencia de los bosques de pinos, de las playas y de las landas. Pues no sabía otra cosa sino que se llamaba Tatou.

¿De dónde había venido? Tampoco lo sabía. Se acordaba—como un recuerdo incompleto de fugitivas imágenes—de que muy pequeñita la habían llevado á unas casas muy viejas, que no podía decir si eran prisiones ó hospicios, llenas de seres vagos como ella, de todos los puntos de la miseria humana. Muchos morían; todos los días se veían urnitas camino del cementerio entre cirios temblorosos y monótonas oraciones. De aquellos blancos lechos volaban almas todas las noches; pero llegaban de todas partes y á todas horas más seres desgraciados con sus blancas manecitas, sus ojos grandes y sorprendidos, y rostros en que se veía pintado el sufrimiento. Nunca estaban vacías las camas, ni las urnas tampoco.....y más y más se estrechaban cada día las cruces de madera en el cementerio. También había en aquellas casas mujeres severas de rostro pálido, y largos vestidos negros arrastrando por las lozas, con sus cofias blancas que les caían sobre la frente, y labios secos por el continuo

susurro de las oraciones, como los cuadros de flores con el viento del nordeste. De esas grandes casas donde se oía á todas horas el sonido de las campanas, de aquellos tristes corredores, de los patios enclaustrados, de las capillas, de las salas con paredes de tierra gris, conservaba Tatou una especie de terror vago, terror confuso como las imágenes que en su alma evocaban tales recuerdos.

A fuerza de preguntas acabé por comprender que, al salir de esas casas viejísimas había estado al servicio de algunas familias en las ocupaciones más repugnantes, trabajando más de lo que le permitían sus débiles fuerzas. Aquí, mancillada por un anciano; allá, maltratada por una horrible furia; pero sin manchar la pureza de su alma, sin conservar odio por los que tanto la hacían sufrir. Nada alteraba el puro cristal de su alma.

\*\*\*

Al cabo de un año, Tatou empezó á fastidiarse. En ocasiones la sorprendía llorando.

—¿Por qué lloras?—le preguntaba.

—Porque estoy triste.

—¿Y por qué tan triste?

—No lo se.

—Ya no me quieres, Tatou!

—Ah! sí.....sí.....os quiero mucho. Pero también amo mi patria!

—¿Tu patria? ¿Cómo puedes amarla si ni aun sabes cuál es?

—Tal vez por eso mismo la amo tanto..... quisiera volver á ella.

—No es posible regresar á un país de donde quizás no se ha venido.

—Sí, sí..... Y por eso estoy triste..... y por eso lloro.....

Otro día me dijo:

—Anoche tuve un sueño de mi país..... es un país completamente blanco..... país celestial..... país de música..... Oh, dejadme partir.

—¿Pero á dónde irás?

—Adelante, adelante, hacia el Oriente, hasta que encuentre mi país.....

Traté de distraerla: le dí cintas, telas; le dí una cabra blanca, con pelo tan suave como la seda..... Pero ni cintas ni telas tocó, y la cabra se perdió una noche en el bosque.

Tatou languidecía. Su rostro tomó una expresión rara, sus cándidos ojos estaban febriles. Tuvo que guardar cama.

Mi desesperación era grande.

Una noche, estaba yo á su lado, me tomó una mano y dijo con voz débil, con voz moribunda:

—¿Cuán bueno sois por haberme dejado partir..... Hace más de dos meses que voy andando, andando, andando en dirección de mi país.....

Ya no había fiebre en sus ojos..... sus facciones habían recobrado aquella gracia encantadora..... Pero yo sentía que era el fin de esa corta vida. Quise abrirla bien con las mantas, y le acaricié la frente.

—No hables, Tatou..... te hace mal..... duérmete..... le dije.

Mas no me obedeció, y continuó con voz todavía más débil, y pura como el soplo de la brisa sobre una flor en noche de estío.

—¿Cuán bueno sois..... y cuánto os amo!... Créala no llegar nunca..... Estaba cansada!... Figuraos que hace dos meses camino y camino día y noche..... hacia mi país!..... Pero, ayer, lo entreví..... allá..... Unos minutos más, y llegaré!..... Hermoso país!..... Blanco..... blanco..... y no tiene fin..... Qué bien estará allá!.....

Desgarrado sentí mi corazón y pronto á desfallecer.

—Tatou!..... Tatou!..... le dije con voz de súplica..... No hables así.....

—¡Completamente blanco!—me interrumpió Tatou. Sí..... Por fin..... llegué!..... yo.....

Y su cabeza cayó sobre la almohada. Muerta, sin un grito, sin una queja. Tan sólo había sentido en la mano que estrechaba la mía, como un ligero estremecimiento, el estremecimiento de la muerte que pasaba.



### Fragmento

de una revista de D. Emilio Castelar

“He leído con sumo interés, de un tirón, pues en los días consagrados á su lectura, imposible alternarla con otra ninguna, el volumen por Zola erigido á la Ciudad Eterna. Lo confieso: yo tengo con la escuela realista dentro de mi criterio estético empeñado un profundísimo combate con el antiguo de los clásicos empenados con la escuela romántica. Pero esta enemiga de mi espíritu al sistema se complace y armoniza con mi admiración al escritor, considerado por mí como un gran estilista. El asunto en este libro tratado, excede á todos los otros asuntos varios, sobre los cuales bordara Zola el cañamazo de sus libros, pues el pontífice realista escoge la materia de los escritos suyos, como escoge un diestro bordador los patrones ó modelos, puntuándolos para mayor comodidad con alfileres ante su aparejibido telar ó bastidor, que, montado como una máquina, marcha con regularidad maquina. A causa de la materia suya, este libro por un lado toca en el cielo de las ideas y por otro lado en el infierno de los proletarios. Dilucida la cuestión teológica y dilucida la cuestión social. Trata de los esfuerzos hechos por el Pontífice para unir la Iglesia griega con la Iglesia romana en unas encíclicas, y de los esfuerzos hechos para unir el capital y el trabajo en otras encíclicas. Mas lo que principalmente fija su atención, según lo dice al final de su obra, es la idea lanzada por el ilustre Brunetiere tras una entrevista con el Papa sobre la bancarrota irremediable del humano saber y de las ciencias humanas ante los dogmas y los consuelos religiosos. Lo ha comprendido así el gran crítico; y ha hecho que fulminaran desde su acreditado libro quincenal, *Revista de ambos mundos*, un anatema literario sobre la frente de Zola, llamándole industrial ante todo y sobre todo, más industrial que literato.”

### Las ocho horas

Las reformas que tan ruidosamente pretenden los socialistas no han sido todas de su propia invención. No es de ayer el programa de las ocho horas de trabajo, y sin duda les causará sorpresa saber que el de la primera idea fue Felipe II “el tenebroso solitario del Escorial.” En las instrucciones que dirigió al virrey de la India, ley VI, capítulo 14, dice así: “Todos los obreros de las fortificaciones y fábricas trabajarán ocho horas por día, cuatro en la mañana y cuatro en la tarde; los ingenieros distribuirán las horas en el tiempo más conveniente, de manera de evitar á los obreros el ardor del sol, para que puedan cuidar de su salud y conservación sin faltar á sus deberes.”

Esta primera ordenanza de las ocho horas de trabajo tiene fecha 20 de diciembre de 1593.

### Rapidez con que se propagan los temblores de tierra

Es difícil establecer de un modo cierto la rapidez de la ola sísmica en los alrededores y á poca distancia del centro de un temblor, por las grandes diferencias que pueden producir los errores más pequeños en la notación del tiempo del fenómeno; de lo cual resulta que se deben apuntar con gran cuidado todos los cálculos, tratando de que sean muy exactos. En el temblor que sacudió la región de Brescia el 27 de noviembre de 1894, determinaron bien el tiempo en diez estaciones situadas todas á menos de 445 kilómetros del centro. Suponiendo que la ola sísmica tenía la misma rapidez en todas direcciones, calcula el Dr. Baratta que era de 1.411 kilómetros por segundo, y considerada la naturaleza de los terrenos por los cuales pasó dicha ola, le atribuye una velocidad media de 782 kilómetros por segundo en las de aluvión y de 1.569 en los terrenos pedregosos más antiguos y de más cohesión.

### Parábolas orientales

I

#### LA GOTA DE MIEL

Huyendo de un rinoceronte feroz y como espantado con los rugidos del animal, no pudo un hombre tener su carrera al borde de un precipicio y cayó rodando hasta que pudo agarrarse á la rama de un árbol que allí crecía. Se empezaba á tranquilizar cuando vio más abajo dos ratones, uno blanco y otro negro, royendo la raíz del árbol, que estaba ya á punto de caer. Dirigió la mirada á lo más profundo del abismo y descubrió un dragón arrojando llamas y abriendo la formidable boca para tragárselo.

Con angustia buscó en derredor, y vio cuatro cabezas de serpiente saliendo de una roca é irguiéndose para caer sobre él. Pero al levantar la cabeza de nuevo cayó en su boca entreabierta una gota de miel que habían dejado las abejas en una rama más elevada; y sin pensar en los peligros que le rodean, en el monstruo que le persigue, en el dragón que le espera, en las serpientes que le amenazan, en la ruina inminente del árbol que es su apoyo, se entrega por completo el insensato á un placer momentáneo.

II

#### LA SABIA PREVISIÓN

En cierta ciudad tenían los habitantes la costumbre de elegir rey á un extranjero que no conociese sus costumbres, á quien dejaban hacer en un año cuanto deseaba; pero concluido éste, en medio de todos sus placeres y creyendo que su reinado no tendría fin, le despojaban de las vestiduras reales para pasearle desnudo por toda la ciudad, y enviarle luego á una isla lejana, donde perecía miserablemente sin vestidos ni alimentos.

La elección recayó una vez en un hombre de sano juicio que, en vez de dejarse arrastrar por el encanto de la vida presente como sus predecesores, se ocupó mucho de su destino; estudió las costumbres del país, y averiguó la situación del lugar de destierro adonde infaliblemente le llevarían. Luego, como señor absoluto que era, hizo abrir sus tesoros y envió á la isla los objetos de más valor, con algunos de sus más fieles servidores. Cuando le llegó su vez de ser conducido á la isla, lejos de morir de hambre y de pesar como los demás, vivió, gracias á su sabiduría y á las provisiones que había acumulado, con la mayor tranquilidad, sin temores ni inquietud por el porvenir.

III

#### EL HOMBRE Y EL PAJARILLO

Seducido por los trinos deliciosos de un pajarillo, quiso un hombre aprisionarlo. Iba ya á encerrarlo en una jaula, cuando el pajarillo le dijo.

—¿Qué vas á hacer conmigo? En la jaula no cantaré, y soy demasiado pequeño para servirte de alimento. Devuélveme la libertad y te daré tres consejos de valor inapreciable.

—Dámelos, dijo el hombre, y te soltaré.

—Oye el primero: *No trates de apoderarte de aquello que no puedas alcanzar.* Hé aquí el segundo: *No sientas lo que no puedas recobrar.* El tercero dice: *No creas lo que es inverosímil.*

Lo dejó el hombre, murmurando que los consejos no tenían nada de nuevo para él.

—Pero ya verás que has hecho muy mal en soltarme, pues tengo en el cuerpo una perla del tamaño de un huevo, que te habría hecho rico.

Enfurecido el hombre trató de coger el pajarillo por todos los medios posibles; pero éste se le escapaba siempre, y después que lo hubo cansado, le dijo:

—¿Ves como sí necesitabas mi primer consejo? No puedes alcanzarme: no trates de apoderarte de mí.

Sentóse el hombre al pie del árbol en que estaba el pajarillo, y en su desesperación no cesaba de llorar y de arrancarse los cabellos.

—Observa que mi segundo consejo también te era útil, dijo aquél: en vano te atormentas lamentando lo que no puedes recobrar. Y si hubieras comprendido el tercero, no te habrías fatigado tanto ni estarías tan pesaroso: cómo crees posible que yo tenga en el cuerpo una perla como un huevo, si todo mi cuerpo no es de ese tamaño?

Dijo y voló, dejando al hombre completamente desconcertado.

### Puente gigantesco

Se procede actualmente en Knoxville, Estados Unidos, á la construcción de un puente monumental de mármol rosa, que será una maravilla incomparable, tanto por su arquitectura como por lo atrevido de la concepción. Este puente de mármol sobre el Tennessee no tiene menos de 500 metros de largo; su elevación sobre el río pasa de 33 metros; el arco central tiene una abertura de 74 metros, lo que constituye un verdadero tour de force arquitectónico.

UN HOMBRE CONVENCIDO. — Cuento vivo, por Apeles Mestres



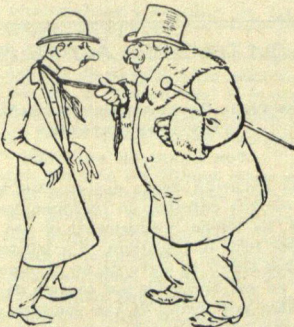
“Desde el primer empujón....”



hasta el último.....



todos carecen de energía! ; No hay resistencia!



El lazo de la familia está deshecho.....



Y si los hombres pacíficos no hacemos un esfuerzo sobrehumano....



; la anarquía nos aplasta!”

**El ciclismo en París**

El Eco de París ha dado una fiesta en el Bosque de Bolonia en honor de los ciclistas parisienses que pertenecen á la vida del arte.

Hé aquí como ha sido descrita:

“A las nueve de la mañana había NUEVE MIL bicicletas en el Velódromo. Y la calidad de las personas que venían montadas en sus máquinas era tal, que con nombrarlas bastará para que se vea á qué extremo ha llegado la moda y la costumbre de pedalear.

En bicicleta llegaron el Rey Milano de Servia, el conde de Beaufort, Mr. de Giers, el conde de Segur, el marqués de Montboisier, el barón de Weisweiler, el conde de Breteuil, los Della Rocca, Foulques de Maillé, de Dion, Lambertye, de Croze, Merolle, Príncipe de Broglie, Miramón, de León; ¡todo el Faubourg Saint Germain! Más de seiscientos poseores de los primeros títulos de Francia.

Los periodistas y literatos estaban todos. Todos los actores más conocidos y todas las actrices. Y las grandes damas, aquellas que por la noche en la soirée aristocrática arrastran dos metros de cola, estaban allí vestidas de hombres, con un lujo de medias y zapatos y blusas y sombreros, que los dibujantes y fotógrafos no se hartaban de tomar notas.

Es esta, indudablemente, una transformación de las costumbres, un modo de vivir nuevo, una sociedad que, ó acaba ó empieza, pero que ya no es la misma de diez años ha, gracias á las dos ruedas de caoutchouc que cortan el viento.

Setenta y tantas actrices célebres por la belleza ó por el lujo, tomaron parte en las carreras. Ellos, los actores, hicieron prodigios de velocidad á par de sus encantadoras colegas. Y el desfile, aquellas cuatro mil, cinco mil, seis mil bicicletas invadiendo paseos y boulevares campestres, igualando las condiciones y las clases, estableciendo grandes libertades en el modo de vestir de la mujer, dando impulsos al desarrollo de la salud y cambiando por completo el aspecto de la ciudad, que impone sus modas á Europa, nos daban mucho que pensar..... Porque, no hay que dudarlo, vivimos en tiempos de máquinas; la máquina de coser, la máquina de escribir, la máquina de hablar á distancia, la máquina de imprimir, la máquina de vivir al minuto.....”

**Los camellos**

En una revista sería leemos que el camello puede llegar á ser un peligro para América.

Cuando se descubrieron las minas de oro de Arizona hace treinta años, surgieron en aquellas regiones estériles, desprovistas de agua, rñuchas aldeas que de un modo ó otro tenían que abastecerse. Un empresario de

transportes calculó que las mulas no podían cargar más que el peso de su alimento para diez días, y tuvo la idea de emplear el camello, que tan valiosos resultados presta al “infortunado beduino,” por su reconocida sobriedad. Pero no había contado con las piedras volcánicas de estos países montañosos; el camello, acostumbrado á la arena fina del África, tiene las patas bastante anchas, pero muy delicadas; al poco tiempo estuvo inservible el rebaño que se llevó á América y fue preciso abandonarlo. Al verse libres aquellos hijos del desierto volvieron al estado salvaje; crecieron y se multiplicaron; la naturaleza se encargó de dar á sus patas una sustancia córnea excesivamente dura, y hoy está infestado el territorio Arizona de ágiles camellos que no se dejan domesticar.

**Faroles bizeos**

La condición ideal de las luces de las locomotoras sería la de que alumbrasen el mayor espacio posible en la dirección de la vía, cosa que de ningún modo se consigue, en las curvas, con los faroles actuales, cuyos rayos luminosos conservan invariablemente una dirección normal á la plancha delantera de la máquina. Para remediar este inconveniente, se ha pensado en construir linternas colocadas en plataformas móviles, cuyo movimiento obedezca al de las ruedas delanteras por medio de varillas articuladas.

Pero una Compañía americana, la *New Haven and Hartford Railway Co.* acaba de adoptar unas luces que hacen innecesario dicho proyectado mecanismo y que han recibido el nombre curioso de *cross-eyed* ó *bizeas* por ser de focos cruzados. Dado el cruzamiento de los haces luminosos, se comprende que la vía quedará siempre iluminada aun en las curvas más rápidas, por una de las linternas á lo menos. Las pruebas del sistema han sido tan satisfactorias que se proyecta establecerlo en todos los trenes rápidos nocturnos.

**Catástrofe artificial**

Raro espectáculo se preparó el 30 de mayo en Buckeye Park [Ohio], para divertir á 30.000 personas: la representación del choque de dos trenes.

Al efecto se dispusieron dos locomotoras viejas, formando dos trenes con vagones de carbón. Fueron puestos en movimiento con cuatro millas de distancia entre uno y otro, y avanzaron lentamente en el espacio de media milla; lanzaron luego los mecánicos sus máquinas á todo vapor; teniendo cuidado de tirarse al suelo en el mismo momento. Los trenes habían adq irido una velocidad de 55 mi las por hora cuando se produjo el encuentro: chocaron las máquinas con horrible estrépito, seguido de explosión fortísima, y quedaron hechas pedazos. Todos los vagones se destrozaron.

El ingenioso organizador del pasatiempo se acercó desgraciadamente al sitio de la catástrofe artificial, y se fracturó una pierna con un fragmento de caldera.

**Excavaciones en Tingad**

Las excavaciones efectuadas en Tingad en el corriente año han tenido resultados importantísimos. Se han abierto otras diez calles, encontrándose debajo de ellas todo un sistema de desagües completamente intacto; se han completado las Termas, el Capitolio y el famoso *Macellum*, monumento único en su género; se ha descubierto, por último, la catedral de Thaumgadi, llegando con ésta á siete el número de las basílicas cristianas. Los recientes trabajos dan lugar á creer que la fecha supuesta de la destrucción definitiva de la ciudad antigua debe llevarse á dos siglos anteriores; por lo demás está ya bien probado que los bizantinos no se conformaron, como en un principio se creyó, con sólo aprovechar los restos de la ciudad para levantar la fortaleza que domina el valle; ellos repararon los daños causados por los moros bárbaros, se establecieron en las habitaciones y restauraron el comercio de la ciudad.

Otro hecho digno de notarse es el aislamiento de las casas de Tingad; no están unidas unas á otras como las de Pompeya; cada una está sola entre cuatro calles. Es interesante recordar que en el año 64 después de Jesucristo, es decir treinta y seis años antes de la fundación de Thaumgadi, se resolvió que en la reconstrucción de Roma después del incendio de Nerón, no se hicieran paredes medianeras. El ejemplo de Tingad prueba que la nueva costumbre se extendió hasta las provincias.

**Fotografía perfeccionada**

Está escrito que cada día de nuestro siglo ha de traer una nueva invención ó un perfeccionamiento importante.

Conocidos son hace algún tiempo los resultados que ha obtenido M. Sippmann, miembro de la Academia de ciencias, en la fotografía de colores. Este sabio profesor ha logrado, por medio de ciertos procedimientos, clisés de color que dan el mismo color que representan, pero con los cuales no se pueden obtener sino pruebas negras. Esto era ya mucho adelanto; pero se ha hecho algo más.

Un sabio sostuvo que todos los colores estaban latentes en las pruebas fotográficas, se dedicó á buscar los medios para hacer que se presentaran y lo ha logrado.

Hace pocos días tomó el retrato de una señora á quien no conocía, hecho tres años antes por fotógrafo también desconocido, y después de sumergirlo en baños químicos según fórmula que ha descubierto, llegó á hacer aparecer el color del rostro y de los ojos, y también el del vestido, de los adornos y del cabello.

El problema está, pues, resuelto ó poco le falta.

### Pintura oriental

En el museo Guimet hállase expuesta una pintura oriental que representa las famosas "Torres del Silencio," monumento funerario de los Parsis, erigido en la costa de Malabar. En la parte más elevada de las seis torres, cada una de las cuales permanece abierta seis meses y cerrada diez y ocho, hay infinidad de buitres esperando los cadáveres que les dan por alimento; la inhumación está prohibida por las leyes de Zoroastro, para que no se manche la tierra con la descomposición. Después de los funerales introducen el cadáver, despojado de todo vestido, en una de las torres; en pocas horas lo dejan los buitres hecho un esqueleto, que permanece expuesto á los rayos del sol durante quince días, al cabo de los cuales bajan los restos al depósito que hay en el centro de cada edificio, siendo ésa la última etapa del fúnebre viaje. Los seis depósitos están rodeados por una triple hilera de compartimientos para los esqueletos, la primera para los hombres, la del centro para las mujeres y la más baja para los niños. Caben de ese modo doscientos diez y seis esqueletos en cada una de las lúgubres torres. Bajo la acción de los agentes de la naturaleza desaparecen en poco tiempo los restos mortales de los Parsis, sin llegar á manchar la tierra, gracias á un verdadero sistema de filtros: por conductos subterráneos, llenos de carbón vegetal recogen el agua de lluvia que ha estado en contacto con las osamentas, y la llevan á unas cisternas, con area permeable en el fondo, que la restituye purificada á la tierra de sus abuelos.

Es preferible sin duda ese procedimiento á la costumbre que observan otras castas indias de arrojar los cadáveres en los ríos sagrados; y hasta puede decirse que los occidentales que sitúan con tanta frecuencia sus cementerios en la proximidad de los lugares habitados, entienden menos que los moradores del Malabar las leyes de la sabiduría y de la higiene.

### Viaje de los Czares á París

La Prensa extranjera juzga muy probable que, á fines del presente mes el Czar de Rusia verificará, acompañado de la Czarina, una visita á las Cortes de Viena y de Berlín.

Algunos diarios de París están de tal manera persuadidos de que el viaje Imperial será extensivo á la capital de Francia, que discurren sobre el alojamiento del egregio huésped, para quien no hallan ninguno digno de él, á menos que el Presidente de la República no traslade su residencia á Versalles, ó que deje vacante la suya por algún tiempo el presidente de la Cámara de diputados.

### Muerte de la serpiente de mar

¡Que vengan todavía los escépticos á sostener que no ha existido tal serpiente de mar sino en la imaginación de un redactor del *Constitutionnel* ó en la de los propietarios de hoteles en las playas populares de Norte América! Si no lo quieren creer vayan á Tacoma [Estado de Washington], y podrán ver con sus propios ojos, y tocar con sus manos el esqueleto, ó mejor dicho las vértebras de una verdadera serpiente de mar, de treinta y siete pies de largo, encontrada recientemente en la costa de Treasure Harbor por la tripulación de la goleta pescadora *Wenomah*.

El capitán de la *Wenomah*, que llegó hace poco á Tacoma, quiso llevar la serpiente entera, como una curiosidad y también para convencer á los que pretenden que no existen monstruos de ese género. Pero la serpiente de mar estaba en tal estado de descomposición que fue imposible llevarla en la goleta. El esqueleto es prueba más que suficiente para confundir á los escépticos, y no se necesita ser gran naturalista para comprobar que no se parece al esqueleto del tiburón ni al de ningún otro monstruo marino de los ya conocidos.

### Bote submarino

Acaba de organizarse en Baltimore una compañía para construir un bote submarino, destinado á buscar y explotar los navíos que se hayan ido á pique. Dicho bote en forma de cigarro, hecho todo de hierro, sé moverá por vapor en la superficie y por la electricidad bajo el agua. Podrá llegar hasta la profundidad de 45 metros, y permanecer en el fondo cuarenta horas sin que sea preciso renovar el aire. La tripulación se compondrá de seis hombres y los buzos necesarios, los cuales podrán entrar y salir por unas aberturas especiales hechas en un costado del bote.

La máquina tendrá su hélice y también ruedas. El bote será pequeño para poder ser transportado en otro buque adonde quiera que se necesiten sus servicios, y será utilizado principalmente en la exploración de los navíos sumergidos que puedan ofrecer un buen provecho.

### Población del Japón

A fines de 1894 la población del Japón alcanzaba á 42 millones de habitantes.

Por el reciente tratado de paz, en el cual quedó declarada la anexión de la isla de Formosa, se aumentó la población en 3 millones.

La superficie del Japón (382,417 kilómetros cuadrados), es casi igual á la de las Islas Británicas, que tienen una extensión de 318,628 kilómetros cuadrados, con 38 millones de habitantes.

Pero comparado con Francia está el Japón mucho más poblado, pues aquélla en sus 536,000 kilómetros cuadrados, no tiene más de 38 millones de habitantes.

### El buey más gordo

Las revistas agrícolas extranjeras dan noticia de la apertura en Daistow [Inglaterra] de uno de los concursos agrícolas más importantes de los celebrados en el Reino Unido.

El granadero M. Trimble expone, en dicho concurso, un buey irlandés, de piel salpicada de manchas blancas y rojas, que es un verdadero fenómeno de desarrollo: mide 1,85 metros de alto y pesa 1.478 kilogramos, cerca de tonelada y media. Este animal excita la admiración de todos los ganaderos ingleses, y ha obtenido el premio señalado por el Tribunal para "el buey más grande y más pesado de todos los de Inglaterra."

### El piano con Pedalier

SISTEMA "CATEURA"

A mediados del siglo XVIII empezaron los estudios y ensayos para la creación del piano fuerte, cuyos precursores fueron el *Psalterio*, el *Timpanon* y el *Clavicordio* con sus variedades.

Desde hace un siglo viene trabajándose activamente en el perfeccionamiento del piano: Francia, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, hanse disputado con frecuencia el cetro de su fabricación, á cuyo último grado de adelanto creérase haber llegado, si se pudiera hacer caso omiso de la monotonía del sonido, deficiencia que en vano han tratado de llenar renombrados constructores, ideando una serie de instrumentos híbridos, que no otra cosa son el piano-arpa, piano-armonio, piano-quatuor y tantos otros que ningún fin artístico llenaron jamás. Todos los innovadores partieron de un principio falso: la imitación. Su propósito fue, sin duda alguna, hacer del piano, un instrumento expresivo y variado, y para ello creyeron indispensable desfigurarlo, alterando su naturaleza; hé ahí el escollo donde se estrellaron y del que con gran pericia se ha librado Cateura en su afortunado invento.

Y para lograr el éxito, ¡cuántas luchas! ¡cuántas decepciones! Toda empresa grandiosa tiene rémoras ineliminables, hasta llegar á los fines que la fuerza de voluntad se propone realizar.

El sistema Cateura consiste en la aplicación al piano de tres pedales denominados *sordina*, *claro* y *armónico*, que producen efectos tan nuevos, variados y sorprendentes que, á la verdad, han de causar vivísima impresión en el mundo musical. Los citados pedales se combinan perfectamente con los ya conocidos *fuerte*, *celestes* y de *retención*.

Existe en la música un grado de delicadeza de tan subidos quilates, de tan excelsa idealidad, que jamás ha podido alcanzar pianista alguno hasta la aparición del *pedal sordina*, que por sí solo constituye, en la historia del piano, un verdadero acontecimiento.

Sorprende el *pedal claro* por la frescura y variedad de los sonidos, cuyo timbre, maravillosamente dúctil, ofrece á cada paso contrastes inverosímiles y cambios no imaginados. Grave y majestoso en la música religiosa, juguetón y pintoresco en las escenas pastoriles, vibrante y argentino en las composiciones épicas, se anolda y caracteriza con propiedad singular á toda clase de música instrumental y descriptiva. Interpretando á los antiguos clásicos, evoca los sonidos históricos del *clavecín* ó la *espineta*, dando resuelto el problema del piano primitivo dentro del piano moderno, que tantos años ha se agita en Francia, Bélgica y otras naciones.

Llegamos al *pedal armónico*, que en sí mismo reúne dos efectos magistrales.

Es uno de ellos el *ligado de octava* que en el piano representa, lo que el *arrastre* en ciertos instrumentos de cuerda y que se produce con la exquisita perfección, con sólo bajar momentáneamente el pedal, después de pulsar una ó más notas á piano natural. En la nota no percutada, se observa una prolongación ó dilatación del sonido extraordinario, que á las veces, sosteniendo la tecla ó valiéndose del *pedal de retención* para quedarse con las manos libres, permite se puedan ejecutar al mismo tiempo una sucesión de acordes con sordina, consiguiéndose por este medio una fusión de colores de incomparable belleza.

La aplicación de los *armónicos* en el piano puede calificarse de portentosa innovación. Con este efecto conviértese en el más dulce, poético, tierno é ideal de todos los instrumentos, de tal suerte, que en punto á delicadeza, ni la misma *cajita de música*, podría compararsele. Su ejecución exige extraordinaria finura de pulsación y el empleo simultáneo de los pedales *celestes* y *fuertes*.

Aguramos al *pedalier* sistema "Cateura" un éxito universal. El arte músico debe á su inventor gratitud eterna. ¡Cuántas hermosas páginas le deberán la verdadera interpretación, sin faltarles el más mínimo detalle! En adelante los pianistas compositores poniendo en actividad su fantasía, podrán crear grandes obras clásicas, inspiradas en un instrumento rico en efectos y artísticos recursos.

La más hermosa recompensa para el eximio inventor es la victoria, el éxito de su sistema; que de hoy más queda como un nuevo florón de este siglo, iniciador por excelencia y como una página de oro en las glorias artísticas españolas.

BARONESA DE WILSON.

## MISCELANEA

### Introducción de cuerpos extraños en las vías respiratorias

(POR HENRI DE PARVILLE)

Es más frecuente de lo que se cree la introducción de cuerpos extraños en los bronquios. Numerosos casos ha citado últimamente el Dr. Godlee en la Sociedad real de Inglaterra. Un muchacho de diez y seis años aspiró el clavo de un trompo, que permaneció en sus bronquios por espacio de siete años, fue extraído por medio de una abertura en las cavidades bronquiales. Un niño conservó mucho tiempo en los bronquios una bolita de marfil que determinó una seria afección; se la dejaron hasta nueva orden. A otro niño se le fue al pulmón un huesito de conejo; fue preciso operarlo y aún no es completa la curación. Otro muchacho aspiró una espiga de trigo, y murió por gangrena del pulmón. A otro se le introdujo un diente en un bronquio y no pudo ser extraído; sobrevino la tisis y el enfermo sucumbió. Uno murió de una empiema; al hacerle la autopsia se reconoció que el mal había sido provocado por un hueso de carnero.

No es cosa nueva que se introduzcan objetos extraños por las vías respiratorias. Mucho tiempo ha fue citado por Monroe el caso de un sujeto que mientras clavaba un baúl, dejó que se le introdujeran tres clavos en los pulmones y murió nueve días después. Según parece el hecho es más fácil de lo que se cree.

M. Salomón Smith observó un niño de ocho años que conservó por dos meses un pito en el bronquio izquierdo, sin presentar síntomas de enfermedad. En un acceso de tos arrojó el pito y hasta quince años más tarde tenía sus pulmones completamente sanos al parecer. Dos niños que fueron tratados por M. Dickinson aspiraron, uno un guisante y el otro un pedazo de marfil; el primero murió asfixiado; al segundo no se le ha podido extraer el objeto extraño y no hay para qué decir que su salud es en extremo delicada.

No siempre producen accidentes graves los cuerpos extraños, aunque permanezcan mucho tiempo en las vías respiratorias. Un minero arrojó espontáneamente en una crisis de tos una moneda de doce centavos, que había permanecido en sus bronquios de cinco á siete meses, y por la cual tuvieron que hacerle al principio la traqueotomía. Hoy la respiración es normal, y la auscultación no descubre ningún indicio de lesión pulmonar.

Ya se ve, pues, que las vías respiratorias no se hallan tan resguardadas como se cree; y que no es de más recomendar á las madres de familia una gran vigilancia en lo que dejan en manos de sus hijos.

El niño introduce en la nariz todo lo que le cae entre las manos. De la nariz á los bronquios no hay gran distancia, y si en ocasiones la suerte es clemente, puede decirse sin embargo que las más de las veces la introducción de cuerpos extraños en los bronquios trae consecuencias gravísimas: asfixia, pleuresía, bronconeumonía y gangrena pulmonar. Es preciso tratar de extraer en un principio el cuerpo extraño por todos los medios posibles.

### Osificación de los músculos

Un caso de esta rara enfermedad tiene ocupados á los médicos franceses, después de ser estudiado en Alemania, Francia y Suiza.

El sujeto atacado por dicha enfermedad tiene hoy 31 años, y presentó los primeros síntomas del mal á los 20 años. Se le osificaron primero los músculos de la espalda y continuó la osificación por los miembros

inferiores de la derecha y los superiores de la izquierda. Hace cuatro años que se ha detenido la enfermedad, y aunque ya tiene ciertos músculos completamente osificados, el enfermo camina, y mueve los brazos con alguna dificultad.

Su vista hace el mismo efecto de una estatua.

### Producto y consumo del hierro

Según una estadística alemana el consumo de hierro es de 99 kilos por cada habitante en los Estados Unidos del Norte; 82 kil. 7 en Suiza; 73 en Alemania; 68,1 en Bélgica; 44,1 en Francia; 21,3 en Austria-Hungría; 14,8 en Rusia; y 11,9 en Italia. No ha podido fijarse el consumo de Inglaterra.

Si se relaciona el producto con la población, se encuentra que la Gran Bretaña produce 192 kilos, Bélgica 124, Alemania 105,5, Estados Unidos 98,1, Suecia 92, Francia 53,3, Austria-Hungría 23,1, Rusia 9,9, Italia 0,7, y Suiza 0,3.

### Academia

Algunas observaciones á propósito de las recientes elecciones académicas en París.

Cuando la Academia francesa haya elegido los dos miembros que han de suceder á los señores Alejandro Dumas y León Say, el número total de inmortales que ha habido desde 1635 será de cuatrocientos noventa y cinco, lo que da un término medio de dos académicos nuevos por año.

Sin embargo, durante los últimos cinco años se ha pasado del término medio, pues Emile Zola, que presentó por primera vez su candidatura el 1.º de mayo de 1890 para el sillón de Emile Augier, ha visto desfilar hasta quince elegidos: los señores Freycinet, Pierre Loti, I. A. J. J. Henri de Bornier, Thureau-Dangin, Challemeil-Lacour, Brunetiére, J. M. de Heredia, Sorel, Paul Bourget, Henri Houssaye, Jules Lemaitre, Anatole France, marqués Costa de Beauregard y por último Gastón Paris.

### La villa del emperador Adriano

Los autores latinos han descrito en muchas ocasiones la suntuosidad de la inmensa villa que el emperador Adriano se hizo construir á las puertas de Roma, para reunir en un sitio agradable recuerdos de los monumentos que había admirado en sus viajes á Grecia, Tesalia y Egipto. Mucho se ha escrito de esta villa y sólo quedaba una parte poco conocida hasta hoy: es el Canope, especie de templo y lugar de diversiones, construido á imitación del Canope de Alejandría, justamente célebre por los oráculos y las fiestas de los dioses Serapis. M. Sertais ha logrado, después de las excavaciones hábilmente dirigidas en 1893, rectificar varios errores de Piranesi y Canina, únicos que se habían ocupado antes de la restauración de estos interesantes vestigios.

Claramente demostrado quedó el error de Canina que atribuía al Canope un estilo egipcio. Era de arquitectura romana, no sólo por la estructura y la composición, sino por los elementos arquitectónicos; únicamente los atributos, vasos, estatuas y decorado eran egipcios, y no deja de reconocer el trabajo romano en esas reminiscencias exóticas.

M. Sertais pone á la vista el estado actual y la restauración. Trata especialmente del *Sacarium* consagrado á Serapis, ante el cual se extiende el gran canal, en que se celebraban las justas y fiestas, rodeado éste de gradas en anfiteatro, y de pórticos que daban acceso á los dos pisos donde estaban los cuartos destinados al séquito del emperador en su residencia de verano. Completan el conjunto de la composición los terrados, kioscos, exedras y jardines.

Poniendo á un lado la parte de imaginación necesaria en semejante trabajo, las fotografías, las excavaciones y los fragmentos expuestos demuestran la veracidad de los descubrimientos, ratificados además por documentos existentes en los museos del Capitolio y del Vaticano.

Tratándose de una obra que tuvo por objeto rememorar la gloria de Miranda en los días de su apoteosis, y siendo indudablemente esta producción del ingenio pictórico, la flor más preciada con que se exornó la corona del Precursor de la Independencia, resulta que el tributo al artista lo es también á Miranda y pone sello de consagración al martirio del ilustre prisionero de la Carraca.

Suponemos que el cuadro de Michelena va á ser bien pronto conocido en la América del Norte y en Europa, y entonces esos países donde Miranda dejó recuerdos imperecederos, acogerán la obra de Michelena con el mismo entusiasmo que nosotros. Y tendremos un artista de fama universal en aquel ramo del ingenio que inmortalizó á la antigua Grecia, á Italia y España.

Que sea todo para bien de la Patria, del Gobierno que creó la apoteosis y del artista que ha recibido tan noblemente expresado el homenaje á su mérito.

**“La Religión.”**—El día 17 del pasado julio, cumplió este importante diario de la capital el sexto año de su existencia.

Con este motivo saludamos con sinceridad y respeto á sus fundadores sobrevivientes, señores Pbro. Dr. Juan Bautista Castro é Ilustrísimo señor Antonio R. Silva, Obispo de Mérida, y á los Redactores activos, señores Pbro. Dr. N. E. Navarro, Rafael Lovera y Carlos Borges.

Descamos á *La Religión* largos años de vida, para honra de sus fundadores y Redactores y para bien de la sociedad.

**Sra. Carolina Lameda de Dugarte.**—Con profunda pena cumplimos el deber de registrar en las columnas de EL COJO ILUSTRADO, el fallecimiento de la señora Carolina Lameda de Dugarte, hermana de nuestro distinguido amigo y constante colaborador señor León Lameda. A él, en especial; á la señora Dugarte de Borrego; al señor Borrego Graterol, y á los señores Manuel Gil, Dr. Miguel G. Arroyo, Rafael A. Aguilar, y á los demás deudos de la finada señora, enviamos nuestra sincera expresión de condolencia.

**Gracias.**—Las damos muy cumplidas á nuestro respetable amigo el señor Pbro. Doctor Nicolás E. Navarro, por el ejemplar impreso que ha tenido la cortésia de enviarnos de su *Diccionario* en la función religiosa celebrada en Villa de Cura con motivo de la apoteosis del Generalísimo Miranda.

**General Juan Hurtado Manrique.**—En el número 36 de esta Revista, tuvimos la honra de publicar el retrato y los apuntes biográficos de este importante compatriota y notable arquitecto, cuya reciente muerte lamenta hoy nuestra sociedad.

Hurtado Manrique desempeñó con aplauso altos puestos en la administración pública.

La ciudad de Caracas debe á su talento muchas obras de gran importancia, que la han embellecido, entre las cuales citaremos la basílica de Santa Ana, el Templo Masónico, la fachada gótica de la Universidad, la Santa Capilla, el Palacio del Paraiso y otras muchas particulares que nuestros lectores han tenido ocasión de ver publicadas en EL COJO ILUSTRADO.

Con profunda pena damos el pésame á los deudos del señor Hurtado Manrique.

**Sr. José Agustín Level.**—El 21 del pasado julio falleció este apreciable señor. Enviamos nuestro sincero pésame á las respetables familias Level y Pacheco, y en especial á nuestro estimado amigo el señor Anfiloquio Level.

**La Sra. Carmen Pérez de Aramburu.** El 20 del mes próximo pasado falleció esta respetable señora. Enviamos á sus deudos nuestra expresión de condolencia, y en especial á las respetables familias Betancourt, Pérez y Aramburu.

**Gracias.**—Las damos muy cumplidas á los señores Pablo Ramella, Sucesores, por la muestra que han tenido la bondad de remitirnos del exquisito chocolate de su acreditada fábrica “La Sultana del Avila,” que es una de las industrias de la marca R, que ya hemos tenido ocasión de ver en el Concurso Agrícola é Industrial.

**Chanzas y Verdades.**—Está ya á la venta este nuevo libro, de nuestro colaborador señor Eugenio Méndez y Mendoza, del cual se ha ocupado con aplauso la prensa de la capital.

Llamamos la atención de nuestros lectores, al artículo que hoy publicamos del mismo autor, bajo el título “Gran Baile,” que formará parte de una nueva colección.

**Duelo.**—Ha rendido la jornada de la vida el señor don Santiago Sosa, respetable comerciante y padre de numerosa familia generalmente apreciada en el seno de la culta sociedad á que pertenece.

La muerte de este distinguido caballero sume en hondo dolor á los seres que le fueron queridos y sentimentado la han lamentado todos aquellos que en el señor Sosa reconocieron méritos y virtudes.

A su señora esposa y á sus hijos y demás deudos presentamos nuestro sentido pésame.

**Pésame.**—Lo damos, muy sentido, á la familia Chapellín, por el fallecimiento de la señorita Mercedes Chapellín Rojas, acaecido el 15 de julio último.

**“El Liberal.”**—Ha entrado este apreciable colega en el segundo año de su existencia. Saludamos atentamente á su incansable director, el señor Rómulo M. Guardia.

**Estado Zulia.**—Hemos recibido de Maracaibo los intaresantísimos documentos que pasamos á enumerar: “Ofrenda del Gobierno del Estado Zulia al Generalísimo Miranda,” en su apoteosis; “Anuario estadístico del Estado Zulia,” por José I. Arocha; “Lira Zuliana,” en la apoteosis del mismo héroe; “El Teatro en el Zulia,” reseña histórica por M. A. Marín, hijo; “Noticias sobre el nuevo mapa del Estado Zulia,” por el ingeniero Aurelio Beroes; y el mismo mapa nitidamente dibujado.

Todos estos documentos son de un mérito sobresaliente y confirman la opinión de que el progreso, así en lo intelectual como en lo material, se remonta cada día á mayor altura en las encantadas orillas del Coquivacoa.

Apreciamos en todo su valor este obsequio y junto con vuestras enhorabuenas enviamos al Gobierno y artistas zulianos nuestras más sinceras gracias.

## NUESTROS GRABADOS

### Monseñor Gregorio Rodríguez

Ocupa la primera página del presente número el retrato de este venerable Prelado, Obispo de la Diócesis de Barquisimeto.

El artículo que acompaña á la efigie de Monseñor lo debemos á la pluma de nuestro colaborador señor León Lameda.

### L. M. Urbaneja Achelpohl

Apuntes escritos por nuestro amigo señor Pedro Emilio Coll, acerca del retrato del joven compatriota señor Urbaneja, quien tiene puesto de honor en el seno de la nueva generación literaria.

### Estatua del Libertador

El grabado que en la presente edición la representa, es copia de la que se levanta en la plaza principal de la histórica Angostura, hoy Ciudad Bolívar, donde se reunió el célebre Congreso que inflamó el espíritu revolucionario hasta llevarlo al triunfo de sus grandiosos ideales. Allí, en ese Congreso, depositó el Libertador la suprema autoridad de que estaba investido por el mandato de los pueblos que bregaban su independencia; y allí, en humilde morada, levantó el inusual edificio de la Gran Colombia, como Rómulo, bajo el techo pajizo de una choza, trazó los fundamentos de su vasto imperio.

Vaciada en bronce la estatua ecuestre del Libertador, empufando en una mano la espada redentora y en la otra la Constitución del 17 de diciembre de 1819, se levanta sobre elegante y sólido pedestal de mármol blanco.

Fue decretada en 28 de octubre de 1867, por el Presidente del antiguo Estado Guayana, ciudadano Juan Bautista Dalla Costa; la costeó en B 100.000 el pueblo de aquella rica región; y se inauguró, con pompa patriótica y entusiasmo inusitado, el 28 de octubre de 1869.

La estatua del Libertador en Ciudad Bolívar, fue el segundo monumento que Venezuela reconocida consagró á la memoria del más Grande de sus hijos. El primero, esculpido en mármol, reposa en el Panteón Nacional y se inauguró en la Santa Iglesia Catedral el 28 de octubre de 1851.

### Germánico ante el desastre de Varo

Augusto había pensado en legarle el Imperio á Germánico y oponerlo á Tiberio; pero al advenimiento de éste, el hijo de Druso y de Antonia la Joven, que ya había combatido en Dalmacia y Panonia y estaba investido con la potestad consular, combatió generosamente la sublevación de las legiones de Germania que querían nombrarlo Emperador. Condujo á sus soldados contra los enemigos, y en muchas campañas difíciles, que Tácito refiere con entusiasmo, combatió á los marsos, bructeros, etc., y más particularmente á los cheruscos sublevados por Arminio quien, valiente, ingenioso y disimulado, acariciando siempre el proyecto de librar á su patria del yugo romano, se ganó la confianza de Varo, lugar teniente de Augusto en Germania, y le hizo caer en una emboscada, en los desfiladeros de Teutberg, donde fue asesinado junto con sus tres legiones. Poco tiempo después, Arminio fue vencido por Germánico en la sangrienta batalla de Idistaviso, en las orillas del Weser, y murió asesinado en la retirada. Antes de

## SUETOS EDITORIALES

**Homenaje á Michelena.**—El generoso pensamiento de honrar á nuestro distinguido artista Arturo Michelena, tuvo efecto el 18 del mes que espiró ayer, día fijado en el programa de la fiesta, y la ciudad entera fue testigo entusiasta de un homenaje debido al mérito legítimamente adquirido.

La prensa diaria en elegantes revistas y en cortos pero sustanciosos escritos, ha transmitido al porvenir los ecos de este acto artístico, dejando huella de honor para el obsequiado y para el pueblo obsequiante.

obtener esta victoria decisiva, Germánico había dado á los restos mortales de las legiones de Viro los honores de la sepultura.

El artista francés Leonel Royer se inspiró apasionadamente en esta página de la vieja Roma, para crear su cuadro y darle la vida y el movimiento que requería el asunto. El celebrado lienzo, que ofrecemos en fotograbiado en la página 589 de la presente edición, fué expuesto el presente año en el Salón de los Campos Elíseos.

**Pais ideal**

Bañados en suaves claridades están los horizontes; el agua tranquila y diáfana refleja en su espejo la serenidad del cielo; la naturaleza se sonríe al beso del primaveral crepúsculo; y propicios son el tronco del árbol y la ribera poblada de arbustos para soñar las almas y dirigir el pensamiento á la región lejana donde la esperanza se siente satisfecha y las aspiraciones se realizan.

Del cuadro de Chabas, expuesto actualmente en el Salón del Campo de Marte, hace grandes elogios la crítica artística.

**Puente Camarillo**

Esta construcción pertenece al ferrocarril de Sabana de Mendoza á Valera, Estado Los Andes.

Hay quien crea que de los ferrocarriles de la República, es este el más productivo. Sin exigir garantías á la Nación, fue construido por los señores Roncajolo de Maracaibo y favorece á los accionistas, según informes que se nos han transmitido con un interés de 27 por ciento. Los dichos señores Roncajolo acaban de terminar, debido también á su iniciativa particular, el ferrocarril de Encontrados á la Fría.

**Apoteosis de Miranda**

Como recuerdo de las patrióticas fiestas que la Nación agradecida consagró últimamente al Precursor de la Independencia, ofrecemos á nuestros favorecedores tres grabados que corresponden á aquel festival.

El primero representa la *Capilla ardiente* erigida en el Salón del Senado para exponer los restos mortales de los Ilustres Próceres Montilla, Blanco y Peñalver, obra de la Agencia Funeraria "La Equitativa"; el segundo, la *urna* en que fueron conducidos al Panteón Nacional, en procesión solemne, los sagrados despojos del venerable Padre Blanco, obra de la casa Boccardo & Ca; y el último, un grupo del *Cuerpo de Húsares* que se organizó para darle mayor realce á la Apoteosis del Generalísimo. En el próximo número publicaremos otras copias tomadas en el edificio en donde se efectuó el Concurso Agrícola é Industrial.

**Vistas tomadas en Apurito**

Apurito es un brazo del caudaloso Apure, y le da su nombre á la isla donde está ubicado el Hato del señor Carlos M. Palacio.

*Costa del Joral, Casa del Hato, Laguna del Paradero, Grupo de Vaqueros, Encierro de caballos y Las Pampas* son vistas que nos hacen conocer bellos paisajes, costumbres de nuestros llanos y procedimientos de la industria pecuaria tan desarrollada en las extensas llanuras del Estado Bolívar.

**Estudios de Michelena**

En el número de hoy seguimos dando á conocer los estudios con que nos ha favorecido el laureado artista, de quien nos ocupamos en la sección editorial con motivo de la merecida ovación que le tributó la sociedad de Caracas la noche del 18 del pasado julio.

**Río de Janeiro**

Llamamos la atención á las 24 vistas que ilustran en la presente edición el artículo que nuestro asiduo colaborador señor Eloy G. González nos ha enviado desde la opulenta ciudad brasileña.

**PERMANENTE**

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en EL COJO ILUSTRADO, hemos duplicado que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta empresa artículos de personas del interior de la República á quienes no conocemos. Esto nos hace un daño inmenso, primeramente porque nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y después porque se nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones. Aun siendo aquéllos buenos, es imposible publicar en una Revista quincenal cuánto á ella se envía. Unos, son malos y largos; otros tratan asuntos políticos y contienen juicios aventurados ó duros sobre personajes de la historia contemporánea; otros, en fin, materia baladí, que interesa sólo á sus autores.

Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo: QUE NO SE NOS ENVÍEN VERSOS, ARTICULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HAYAMOS PEDIDO, pues hemos resuelto definitivamente pasarlos á la cesta de papeles, sin previa lectura.

**DOS FIERAS**

Linda novela original

DE

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

EDITADA A TODO LUJO

A la venta en La Empresa El Cojo, en todas las librerías de Caracas y en las Agencias de "El Cojo" en toda la República.

**PRECIO**

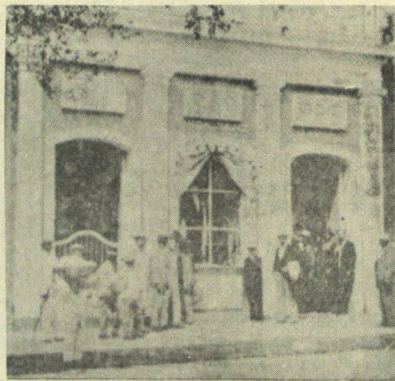
En Caracas.....B 1,50 el ejemplar.

En el Interior.....B 1,75.

**Establecimiento constantemente surtido**

— DE LAS —

ULTIMAS NOVEDADES EN SU RAMO



**SIMON SANZ**

CALLE DEL COMERCIO

SUR 4, NUMERO 28

TELEFONO VIEJO 908.

**LIBRERIA FRANCESA**

9-AVENIDA SUR-9

**Marcel Prevost:**

Demi-vierges, Confession d' un amant.

**Paul Bourget:**

Un Serupule, Steeple chase, Un Saint.

**Pierre Maël:**

Celles qui savent aimer.

**Alfred de Musset:**

Confession d' un enfant du siecle, Frederic et Bernerette.

**Flaubert:**

Education sentimental.

**Daudet:**

Contes du lundi, Frente ans de París, Rose et Ninette.

**Prevost:**

Le mariage de Juliette.

**Bourget:**

Nouveaux pastels.

**Biblioteca de ciencias contemporaneas**

**Biblioteca de filosofia id.**

**CHANZAS Y VERDADES**

(Artículos de costumbres ilustrados)

POR

EUGENIO MENDEZ Y MENDOZA

Impresos a todo lujo

En los talleres de EL COJO

De venta en Caracas: La Empresa El Cojo. En la Librería Española.

En La Guaira: Pedro A. Sosa.

En Puerto Cabello: Rafael Hernández.

En Valencia: M. Jiménez Solórzano.

Precio en Caracas..... B. 3

" en el resto de la República... B. 3,50

**Manual de Historia de Venezuela**

POR FELIPE TEJERA

Edición de la Empresa El Cojo

CON MAS DE 70 GRABADOS

ADOPTADA COMO TEXTO EN LOS COLEGIOS

A VENTA EN LOS SIGUIENTES ESTABLECIMIENTOS:

- Empresa El Cojo.....Caracas
- I. Puig Ros y Hermano..... "
- Chaumer & Ca..... "
- S. N. Llamozas & Ca..... "
- Urdaneta, Palangon & Ca... "

- Pedro A. Sosa..... La Guaira
- Rafael Hernández..... Puerto Caballo
- M. Jiménez Solórzano... Valencia
- J. Orsini é hijos..... Carúpano
- S. Dominici e hijos.... Barcelona
- A. C. Natera..... Ciudad Bolívar
- R. Nones é hijos..... Maracaibo
- Jesús María Graterol... Los Teques
- Luis Corrales & Ca.... Calabozo
- Gonzalo Picón Febres... Mérida
- Isaac Chapman..... Coro
- Francisco A. Bolaños... Barquisimeto
- Alejandro Benitz..... Ciudad de Cura
- J. M. Rausco Guerra & Ca. Río Caribe
- Clinaco Serrano..... Maturín

**VOLANDERAS**

POR

Miguel Eduardo Pardo

DIBUJOS DE A. PONS

A VENTA EN LOS SIGUIENTES ESTABLECIMIENTOS

- Empresa El Cojo.....Caracas
- L. Puig Ros y Hermano..... "
- Chaumer & Ca..... "
- M. I. Leicibabaza..... "
- Carlos Zuloaga..... "
- Eduardo Luis Pardo..... "

**6 REALES EL EJEMPLAR**

**PENTÉLICAS**

POR

ANDRES A. MATA

**3 bolívares el ejemplar**

DE VENTA EN

- El Cojo
- Librería Francesa
- J. Roccardo & Ca.
- La Competidora
- La Mejor



# FERRETERIA LA GARLOPA

Sur 2, Número 37. -- Pajaritos á La Palma

CARACAS

Completo surtido renovado constantemente de toda clase de herramientas para artes y oficios de las mejores procedencias.

PRECIOS MODICOS

Luis A. Documet & Ca.

## FABRICA DE CHOCOLATES SUPERIORES Y CACAO EN POLVO SOLUBLE

### PROPIEDADES DEL CACAO

#### EN POLVO SOLUBLE

El cacao en polvo soluble, marca *LA INDIA*, es un producto normal, sacado (extraído) de una mezcla de los mejores cacao de Venezuela, tan acreditados en el mundo entero, y elaborado cuidadosamente por medio de procedimientos científicos. En Europa y en los Estados Unidos goza este producto desde hace veinte años, de fama y consumo universal y donde casi sustituye el uso del Café y del Té, por sus propiedades nutritivas, corroborantes y digestivas, siendo un alimento inapreciable, especialmente para los niños, para las personas anémicas, débiles de estómago é inapetentes, que no soportan ni digieren la grasa que contienen los chocolates.

El Cacao en Polvo Soluble marca *LA INDIA*, no debiera faltar á ninguna familia.

### CACAO SOLUBLE



CARACAS - VENEZUELA

### MODO DE PREPARARLO

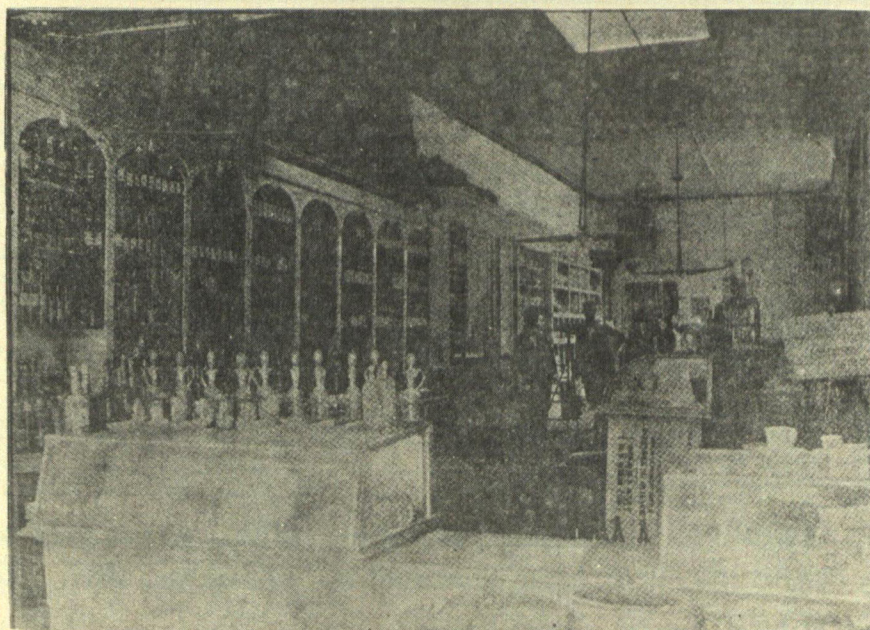
#### DOSIS PARA UNA TAZA

Mézclase bien dos cucharaditas de cacao soluble con igual cantidad de azúcar en polvo, agréguese un poco de leche ó agua caliente, y revuélvase bien hasta conseguir una pasta chocolate muy espesa, y en seguida puede usted llenar la taza con leche ó agua (mejor es leche) y obtiene usted una bebida theobromina superior al chocolate (hecho á la minuta) por ser ésta más digestiva é higiénica para las personas débiles de estómago.

Una latica de una libra de Cacao en Polvo Soluble marca *LA INDIA* vale 8 reales, y equivale á 5 libras de chocolate.

Avenida Sur, N. 2 y 4.—Fábrica: Calle de la Estación

Productos premiados en las principales exposiciones de Europa y de las Américas con 12 medallas de Mérito de Oro y de Plata



## LA OTRA CASA

Gradillas á San Jacinto, N. 17

La casa mejor surtida de Víveres  
Y LICORES FINOS

Especialidad en vinos generosos propios para enfermos.

Gran vino de consagrar con sus certificados.

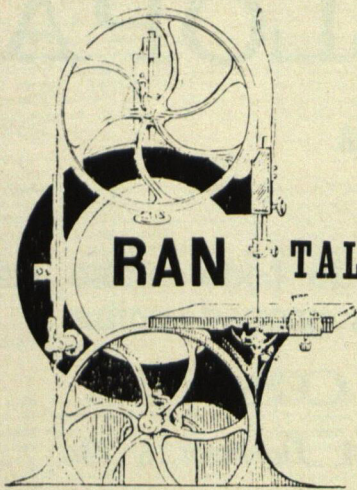
Espléndido surtido de porcelana, cristalería y cuchillería.

TODO GARANTIZADO

TELEFONO VIEJO N. 153

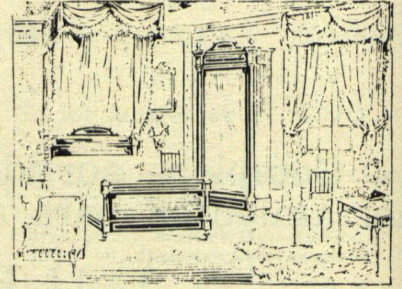
ENVIO A DOMICILIO

Lizarraga & Fleury.



## ARAN TALLER MECANICO DE CARPINTERIA

**MUEBLES DE TODAS CLASES.**—DEDICAMOS ESPECIAL ATENCION A MOBILIARIOS DE MADERA DE NOGAL. COMPLETA GARANTIA, PUES NADA SE PAGA ANTES DE ESTAR RECIBIDO A COMPLETA SATISFACCION.



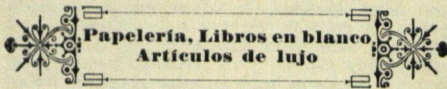
**ESPECIALIDAD:** RAMO DE FABRICAS COMO PUERTAS, VENTANAS, TECHOS, ROMANILLAS, ENTABLADOS, ETC., ETC. TRABAJOS EN LAS MAQUINAS COMO TORNEAR, CALAR, ACEPILLAR, ESCOPLAR, ACERRAR, ESPIGAR, TALADRAR, ETC., ETC.—**PRECIOS EQUITATIVOS.**

**EDO. BRAASCH & CA.**

Conde á Padre Sierra N. 12—Teléfonos: Viejo N. 1273, Nuevo 47

“LA ESTRELLA DEL TUY”

### MERCANCIAS DIVERSAS



### NOVEDADES

LA CASA QUE VENDE MAS BARATO EN TODO EL TUY

### AGENCIA DE EL COJO ILUSTRADO

Romero Rocha & Ca.

OCUMARE DEL TUY—VENEZUELA



# LA TRASATLÁNTICA

## Capital responsable

# B\$ 37,500,000.

Acepta seguros contra incendio bajo condiciones muy módicas

**CESAR MÜLLER**

Agente General en Venezuela

**ANEMIA** **HIERRO QUEVENNE** **DEBILIDAD**

Único aprobado por la Academia de Medicina de París, contra **OLOROSIS, FIEBRAS, FALTA de FUERZAS** Esencia Verdadero.—14, R. BEAUX-ARTS, PARIS

# ARON WALTZ & CA.

No. 43 - De Pajaritos á La Palma - No. 43

Ofrece al público el más completo surtido de artículos finos para regalos, tales como estatuas de bronce, vasos de la China, paravents, abanicos, etc., etc.

A PRECIOS MUY BARATOS

EDMUNDO DE GONCOURT

El cable acaba de transmitir al mundo la muerte del insigne literato que llevó este nombre, con el cual ha dado á la Francia, su patria, lustre y celebridad.

Vio la primera luz en 1822 en Nancy (Bourgogne) y actuó por consiguiente en la vida material 74 años, y en la escena de las letras más de cincuenta. En colaboración con su hermano Julio ofreció al mundo las primicias de su talento en una larga serie de obras que llamaron la atención y le conquistaron el aplauso público. El nombre de Goncourt representa una doble personalidad, pues la conformidad de sistema, de ideas y de estilo entre los dos hermanos, así como la circunstancia de firmar ambos todos sus trabajos, hizo que se les designase juntos sin distinción de nombres.

Muerto Julio en 1830, Edmundo continuó solo, dando ejemplos de una actividad intelectual, tanto más admirable cuanto que la originalidad de sus ideas le apartaba de la comunicación íntima con los escritores de su época.

Muchas fueron las obras notables que produjo este ingenio francés y que publicó con su nombre; entre ellas pueden citarse: *l'Œuvre de Watteau*, catálogo razonado; *l'Œuvre de Prud'hon*; *la Fille Elisa*; *les frères Zengano*; *la Maison d'un artiste*; *la Faustin*; *las Actrices del Siglo XVIII*; *Madame Saint Hubert*; *Chérie*; *Mlle. Clairon*, etc. Para el teatro escribió Edmundo el drama titulado *La Patrie en danger* que fue rehusado en la Comedia francesa y después representado en otro teatro.

Todas estas obras, así las que fueron escritas en colaboración, como las que escribió Edmundo solo, son exageradamente realistas; y es natural que levantaran graves censuras.

Pero es justo recordar que los innovadores han tenido siempre por premio la hostilidad de su época; y que en medio de los aplausos que despierta la novedad, se oyen las protestas de la rutina ofendida. Los Goncourt no podían eximirse de esta ley general, y ellos lo sabían. Sin embargo continuaron más y más adheridos á sus ideas, y produjeron obras maestras.

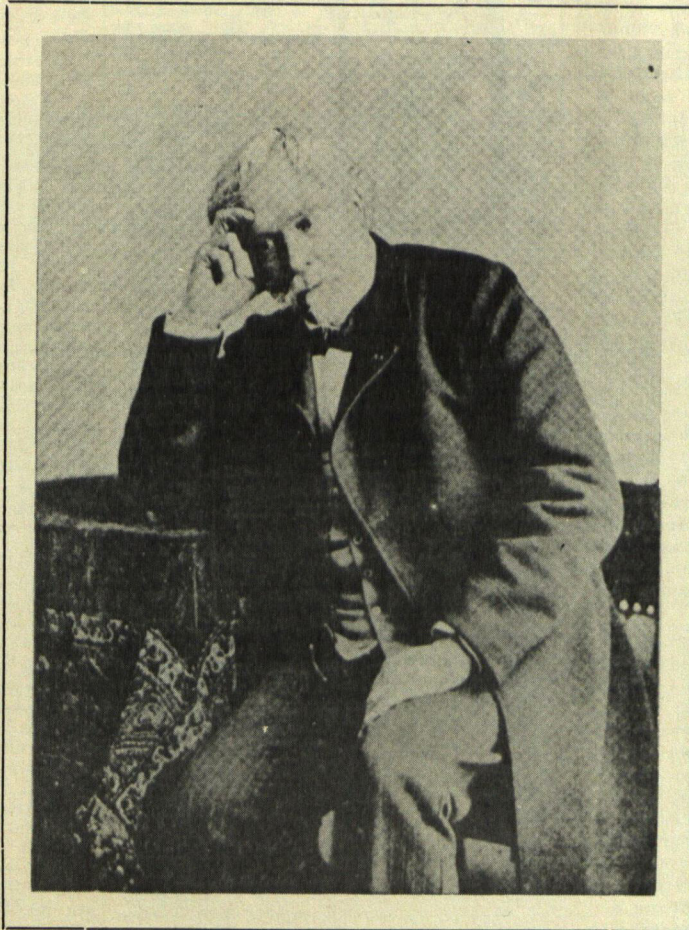
En el concepto de muchos, los Goncourt son considerados como fundadores de la escuela realista en Francia, ó por lo menos como gananos ó ingeniosos renovadores de ese bello arte que sabe hallar la verdad en sí misma y pintarla con colores naturales y á la vez poéticos, sin el auxilio de hipótesis puramente imaginativas.

Este que acaba de pagar su tributo á la madre tierra deja tras sí fulgores que no se apagan y memorias que los tiempos guardan por admiración y por gratitud.

Nuevos horizontes abren campo á nuevas ideas y dejan ancho espacio á las disquisiciones y comprobaciones. En esos ho-

rizontes se inspira la posteridad, y la tumba con su muda pero irresistible elocuencia completa la obra del pensamiento y descubre los secretos de la verdad.

Es sensible para el mundo literario la desaparición de Goncourt; por ello *El Cojo ILUSTRADO* rememora su nombre y graba su retrato, al frente de estas líneas.



EDMUNDO DE GONCOURT

OFELIA

Mi Ofelia no es la inglesa. La de Shakespeare es lo que hoy llamamos una semi-virgen. Pero vaya usted á luchar contra las preocupaciones de la turba. ....

Paul Meurice.

Cuantas veces surge ante mí la visión de Ofelia en las lejanías del recuerdo. Hueven en mi pensamiento flores para ella: la digo las palabras que la reina madre de Hamlet la decía deshojando rosas sobre su féretro, "suavidades para la suave," y siento que el ambiente ideal de la meditación trasciende, cuando ella se acerca, á azahares en botón y á las violetas que, colmando el voto de Laertes, han crecido sobre la tumba de la blanca novia infortunada.

Cuando leí las líneas que van de epígrafe me pregunté alarmado si al rendir ese tributo á la gentil escandinava era yo víctima no más de un engaño vulgar, de una sugestión de la multitud! Había oído llamar loco á Hamlet, que viene á ser como tratar de loco á Shakespeare, pero; desoída á la virgen soñadora que á nuestros sentimientos nos aparece cual madona incomparable, ensueño hecho mujer por milagro del

arte! ¿Y esto dicho por alguien que se arroga el derecho de decir *mi Ofelia*, de anteponerse á quien "por el pleito homenaje unánime de los reyes de la idea ha sido proclamado emperador en el dominio de las letras".....

Asombrado y confuso he vuelto á hojear el drama sin par, y de nuevo encuentro la peregrina beldad de Ofelia, y vuelvo á aspirar el suave frescor de manantial que su inocencia exhala, en su redor esparce y deja tras sí cuando se aleja. No! no somos nosotros, los de la incontable multitud que la ama, los que andamos en error. El equivocado es él, M. Paul Meurice, traductor de Hamlet bajo la dirección de Dumás padre, secretario de Víctor Hugo, semi-celebridad á quien la proximidad de los grandes ha sugestionado con la ofuscación de la grandeza.

\*

Durante los ensayos de Hamlet en la Comedia Francesa, M. Meurice hizo cierta indicación á Mounet-Sully á propósito de la interpretación de una escena. El artista hizo como si no lo oyera.

—Le habla el autor, dijo alguien.

—El autor de Hamlet! En dónde está? Yo no conozco sino uno: Shakespeare.

Yo soy de la opinión de Mounet-Sully. Y ahora me explico la cristiana intención del reverendo Padre Garasse al escribir: "El galardón de las obras excelentes es la pública alabanza; pero cuando un ingenio pobre no alcanza á obtenerla, á fin de que su laboriosidad no quede sin recompensa, Dios le da una satisfacción personal que sería bárbara injusticia criticarle. Por eso Dios, que es justo, les da á las ranas la vanagloria de su canto."

\*

Ese buen jesuita era un sabio.

Ofelia, como todos los personajes de Shakespeare, respira naturalidad; pero entre todas las creaciones del poderoso vate, ella, que es la más ideal, representa el candor, la inocencia tal cual ella se presenta en la vida. Apollarla virtuosa es desconocerla. La virtud, justo medio entre la pasión y el deber, excluye la inocencia que es privilegio virginal, frágil y delicioso equilibrio de santas ignorancias y de divinas curiosidades. La naturaleza, la apasionada por excelencia, gran romántica, ha puesto lo más puro, lo más cálido, lo más misterioso de su romanticismo, no en la juventud que es su obra maestra, sino en la virginidad, su creación predilecta, antesala del amor y de la eterna primavera del sér. Las vírgenes no son virtuosas, sino puras: novias candidas que presienten el altar é ignoran el tálamo, mientras juegan con sus rizos y hacen temblar sus velos, tibias auras acariadoras que les traen ecos de canciones de nidos y rumores epitalámicos.

La semi-virgen es producto ficticio de ciertos medios sociales: anormal deformación monstruosa que Shakespeare no tuvo ocasión de estudiar.

\*

CRONICAS PARISIENSES

La vida artística—Un libro de mañana—Indiscreciones y confesiones—Los pintores literatos—Rafaelli—El pintor de los miserables—Los pintores hebraicos.

París: junio 1896.



El cronista parisiense tuvo, hace cuatro ó cinco años, la ingeniosa

idea de preguntar á cada uno de los cien escritores más famosos de Francia, lo que pensaba de sus maestros y de sus camaradas. El conjunto de las respuestas formó un libro que ya es raro, pero que fue, á su aparición, un verdadero escándalo literario.

Ahora, otro cronista del boulevard ha hecho una *enquête* idéntica en el mundo de los pintores célebres; y aunque sus *interiores* no han sido aún reunidos en volumen, la prensa comienza á hablar de ellas como de una de las publicaciones que más han de llamar la atención de los curiosos de arte.

Así, pareceme oportuno consagrar hoy mi revista quincenal de París, no á juzgar, sino á extractar esos diez ó doce estudios indiscretos que dentro de poco compondrán un nuevo breviario de las impertinencias autobiográficas.

\*\*

El que más ha hablado, es Benjamín Constant, gran pintor de escenas orientales, retratista agradable, miembro del Instituto, etc.

«Nosotros, los pintores—ha dicho—tenemos muchos envidiosos porque ganamos mucho. Pero los grandes industriales y los grandes banqueros ganan más.»

Indudablemente.

Lo que ya es menos indudable, es lo que sigue:

«Si yo ocupase en la literatura el puesto que ocupó en la pintura, sería, á no dudarlo, mucho más rico de lo que soy.»

Y para probar que está seguro de conocer los asuntos literarios y los que á la literatura atañen, abre los cajones de su escritorio, saca dos grandes manuscritos titulados: *Pensamientos sobre mi arte* y *Pensamientos que no se refieren á mi arte*, y permite al *interviewer* que copie algunas de sus páginas.

Esas páginas contienen todas ideas tan brillantes, tan originales y tan delicadas, como las siguientes:

1º «Un hombre de Estado es un hombre que gobierna ó que parece gobernar.

2º «La buena fe es la salud del alma.

3º «La música es un arte celestial.

4º «La crítica esteriliza.

5º «Los pacientes no son siempre sensibles y los impatientes son á veces demasiado sensibles.» (*sic*)

¿No es verdad que sería una lástima que semejantes máximas no llegasen á la posteridad? El maestro, que carece de falsas modestias, lo piensa así, y termina diciendo: «Una de las tradiciones que no debieron nunca haber desaparecido, es la de que los pintores hiciesen libros. Nosotros tenemos mucho muy interesante que decir; pero no lo decimos por temor de que los profanos crean que sólo tratamos de llamar la atención.»

\*\*

Roche-grosse, el hijo adoptivo de Teodoro de Baulville, el autor de *Finis Babilonia* y del *Caballero de las Flores*, también tiene veleidades literarias.

«Yo—dice—soy un pintor literario.»

Y como el cronista le preguntase por qué, el pintor respondió:

«Porque tengo muchos amigos que son literatos.»

La razón es muy sencilla.

Otra de las razones muy sencillas de Roche-grosse, es la que da para explicar por qué Dehodenq fue un admirable artista. «Dehodenq—dice—fue mi maestro.»

En cuanto á las ilustraciones que prepara para *Saltambo*, naturalmente, serán lo mejor que haya hecho en su vida. Serán lo mejor de lo mejor, por una razón tan sencilla como las anteriores.

Óid:

«Porque cuando yo estaba muy chico, Flaubert solía decirme: «Cuando seas grande, me harás unos monos para *Saltambo*.»

\*\*

Y la lista de los que manejan «ora la pluma, ora el pincel,» ora mil cosas más, no es tan corta como mis lectores pudieran figurárselo. Wislens asegura que sus conferencias son superiores á sus lienzos; Jules Bretón ha abandonado la pintura para consagrarse á la literatura. Carolus Durán suele hacer sonetos, y el mismo Rafaelli, cuya seriedad artística es un dogma, acaba de decir:

«Yo tengo en mi activo seiscientos cuadros, cincuenta composiciones musicales, muchas esculturas, muchas aguas fuertes y muchas conferencias entre las cuales algunas están escritas en inglés!»

Rafaelli ha dicho, en otras ocasiones cosas más interesantes. La historia de su voluntad es una de las lecciones más gráficas de energía que contiene el *Diario* de los Goncourt. «A los catorce años de edad, yo no tenía un cuarto. Crecí en la pobreza, en la tristeza, en el pesimismo, y mis cuadros de juventud son crueles. Pero mi pesimismo de los veinte años se ha trocado, á los cuarenta, en optimismo, gracias á mi viaje por los Estados Unidos, en donde ví que la gente no duda del porvenir y no desesperan nunca de triunfar en la lucha por la vida. Mi amigo Marc Twain, el célebre humorista, es un ejemplar perfecto de la raza yankee. A los sesenta años se encontró sin dinero y lleno de deudas; sus acreedores no le dejaban vivir; él los llamó y les dijo: «Os pido cinco años de plazo; dentro de cinco años podré pagarlos y además tendré una fortuna.» Así lo hizo. Yo también me creo capaz de hacer lo mismo, porque me he vuelto americano de carácter.»

\*\*

Otra confesión agradable, sin pretensiones, sin literaturas, sin máximas vacías, es la del grande y buen artista de los desheredados, de la del genial y sensitivo pintor de los mendigos, la de Lelej.

«Nada es tan difícil—dice—como encontrar modelos para representar la miseria. Yo iba por todos lados, siempre buscando, siempre buscando; al fin encontraba uno, comenzaba á hacer mi cuadro; ya mi cuadro estaba á la mitad y de pronto mi modelo no volvía porque se había muerto de hambre ó de cansancio..... Entonces era necesario comenzar de nuevo, ir de nuevo á los barrios bajos, pasar los días en las callejuelas perdidas de los suburbios; ir más lejos aún; entrar en los hospitales, en los asilos nocturnos, y todo para encontrar un modelo que me abandonaba antes de que mi obra estuviese terminada. Los niños son más pacientes y más agradecidos que los ancianos. De los niños casi no tengo queja alguna. Me acuerdo de uno de ellos, el que me sirvió de modelo para mi cuadro de *Los Irreconciliables*. Cuando mi lienzo estuvo terminado, tuve que dejarlo de ver. El se puso muy triste y algunos días después vino á pie, sin comer, desde la aldea en que vivían sus padres; se acostó junto á la puerta de mi taller y al día siguiente, cuando yo llegué, me dijo sonriendo: «vengo para tener el gusto de verle á usted y para ver el cuadro.» ¡Querí chillarlo! Los viejos al contrario. Uno de ellos á quien yo le daba todo lo necesario para vivir, me hizo pasar muy malos ratos. Cuando yo no llegaba á la hora justa, él se sentaba en la puerta de casa y pedía limosna de una manera insolente á los que venían á verme. Un día le pregunté por qué lo hacía y él me respondió: «¡y usted por qué no llega á la hora?»

\*\*

Las pintoras son, en general, menos modestas que los pintores. Para ellas los incidentes principales de la vida son los recuerdos de los triunfos. Luisa Abbema no recuerda más que una cosa de sus años de aprendizaje, y es que una tarde su maestro Chaplin, después de haber visto lo que habían hecho sus compañeras, se detuvo ante lo que ella pintaba y le dijo:

«Eso parece de Manet; usted pinta mejor que yo; más vale que no vuelva usted aquí porque en vez de aprender, olvidará.»

Magdalena Lemaire, también ha olvidado todo lo que á su juventud se refiere. Lo único que no ha olvidado es su primer triunfo. «Yo pintaba por afición—dice—un día mandé uno de mis cuadros á casa de un vendedor de molduras para que me hiciese un marco; Alejandro Dumas llegó poco después á comprar algo y viendo mi cuadro dijo al comerciante: «esa es una verdadera joya y si el propietario quiere deshacerse de ella, yo la pago á precio de oro.»

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

En Ofelia no hay artificio. Ama á Hamlet y confiesa tiernamente que le ama porque «á sus juramentos iban unidos cuantos votos pueden dirigirse al cielo.» Hamlet la apostrofa cuando sabe, en su fingida insensatez, que sus palabras y sus gestos son espíados; pero á ella es á quien, en el primer instante de su dolor, acorre delirante, cuasi insano, y pues que ya él no es sino ministro de horribidas venganzas y le está vedada la ternura, de lo profundo de su angustia sale la muda plegaria de su adiós á la infeliz amada: «Me estreché violentamente una mano, dió un paso atrás y posando sobre su frente la mano libre, fijó sus ojos en mi rostro y lo miró como si hubiera querido espíarlo. Largo tiempo se estuvo en esa actitud y, al fin, sacudiéndome ligeramente el brazo, levanta y baja por tres veces la cabeza: arranca de lo íntimo del pecho un suspiro tan triste, tan quejoso que no parecía sino que su cuerpo todo iba á romperse y á exhalar el ánima. Entonces se retira, y, vuelto hacia mí el rostro se aleja como si no necesitara de los ojos para guiarse. Sin verla franqueó la puerta y ni un instante apartó de mí la mirada.»

A ella es á quien, al advertirla, dice muy quedo, que ella misma no lo oiga: «Oh virgen! que mis faltas no sean olvidadas en tus piadosas oraciones.» Al borde de su fosa es que acepta el reto de Laertes y clama: «Yo la amaba! La ternura suada de mil hermanos no iguala á mi amor.» Su fe en Ofelia perdura y sobrenada en el deshecho temporal en que naufragan su fe en la humanidad y el amor á la madre que le dió el sér.

En un teatro todo lleno de crudezas, Ofelia aparece purísima, guardada por el amor y el respeto que sólo la inocencia ó la alta virtud inspiran. Loca, vestida de blanco, en desorden la rubia cabellera, coronada de flores, «el infierno mismo y su horror cambian de naturaleza expresados por ella, y se transforman en encanto y gracias.» Cuando «mantenida sobre las ondas como una náyade, cantando fragmentos de antiguas baladas» las aguas se entreabren para sepultarla, la muerte «deja su melodiosa canción interrumpida.....» y, más que un sér humano, lo que desaparece es un almo ritmo de amor, una santa ilusión que se nos arranca del alma, una amada nuestra que se va, sueño de ventura del que se nos despierta bruscamente.....

En la eterna lucha de Atenas con Jerusalem, del Parnaso con Sión, de que nos habla Heine, esa vaporosa beldad que vive no más que un día soñando amor, cáliz intocado que el dolor rompe en la cerrazón de la locura, es santa en el cielo de la idea, igual que el más sagrado mármol de la Grecia. Habla y conmueve; anda y la nube angélica, la nube de las celestes ascensiones se forma á su paso y se condensa bajo sus plantas: sonrío y el nimbo apunta en torno á sus sienas; *gratia plena!*

*It is we who are Hamlet*, dijo un crítico, Hamlet somos nosotros. Toda mujer es, un instante al menos en su vida, Ofelia, y ese instante es el más humano, el más intenso y el más puro de su existencia: penumbra de aurora, crisálida de amor, de donde surge, al reclamo imperioso de Eros, roja ó blanca, la mariposa ideal, María, la de Efraim, ó Julieta, ó Margarita.....

Semi-virgen? Nó!

Salve, virgen! Ofelia! don supremo del cantor de Hamlet á los mortales, luna solitaria en los estrellados cielos del arte.

Junio—1896.

CÉSAR ZUMETA.

